

LUMK VIVO.

.AUTORGANIZACIÓN ANTIIMPERIALISTA.



Juanlu González «La guerra antiimperialista hoy» (p. 5) · **Iñaki Gil de San Vicente** «El antiimperialismo como lucha permanente: retos históricos y desafíos actuales» (p. 21) · **Henry Boisrolin** «Los orígenes del antiimperialismo: teoría y praxis e importancia de América Latina y el Caribe» (p. 65) · **Christian Nader** «Eclósión, apogeo y declive del imperialismo estadounidense» (p. 75) · **Laura Taffetanni** «Niños y niñas soldados: ¿una construcción social peligrosa para los proyectos revolucionarios? (I)» p. 119) · **Max Lioce** «¿Qué hacer?» (p. 133) · **Vicente da Veiga** «Marx y Engels, fractura metabólica e imperialismo» (p. 145) · **Kwame N'Krumah** «Introducción a “Neocolonialismo - última fase del imperialismo”» (p. 169) · **Daniel Seixo** «América latina frente el Imperialismo: independencia ou dependencia renovada?» (p. 183) [total: 192 páginas]

LUMÉ VIVÉ #0

AUTORGANIZACIÓN ANTIIMPERIALISTA

ANTIIMPERIALISTAS.COM

Lume Vivo #0

Publicado 01/09/25

Director: Daniel Seixo

Realización técnica: republical.gal

Este proyecto germinó en el seno del colectivo antiimperialistas.com dirigido por Txema Sánchez; a él y al politburó nuestro debido agradecimiento por su apoyo incondicional.

Esta traducción y trabajo editorial pertenecen a la comunidad y están publicados bajo una licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual-NoComercial 4.0 Internacional (CC-BY-SA-NC). Por ejemplo, esta licencia permite difundir copias de este trabajo, incluidas las modificadas, para la formación de la militancia, siempre que se mantenga esta misma licencia y no tenga fines lucrativos.

Agradecemos tu contribución a la comunidad: si encuentras cualquier error, sugerencia de mejora o añadido, envíanoslo a info@republica.gal.

Este volumen ha sido realizado íntegramente con software libre.

<i>La guerra imperialista hoy: tácticas de dominación y resistencia</i>	
Juanlu González.....	7
<i>El antiimperialismo como lucha permanente: retos históricos y desafíos actuales</i>	
Entrevistamos a Iñaki Gil de San Vicente.....	21
<i>Los orígenes del antiimperialismo: teoría y praxis e importancia de América Latina y el Caribe</i>	
Por Henry Boisrolin.....	65
<i>Eclosión, apogeo y declive del imperialismo estadounidense</i>	
Christian Nader.....	75
<i>Niños y niñas soldados: ¿una construcción social peligrosa para los proyectos revolucionarios? (I)</i>	
Laura Taffettani.....	119
<i>¿Qué hacer?</i>	
Entrevistamos a Max Lioce.....	133
<i>Marx e Engels, fractura metabólica e imperialismo</i>	
Vicente da Veiga.....	145
<i>Introducción a «Neocolonialismo — última fase del imperialismo»</i>	
Kwame N’Krumah.....	169
<i>América Latina frente el Imperialismo. ¿Independencia o dependencia renovada?</i>	
Daniel Seixo.....	183

La guerra imperialista hoy: tácticas de dominación y resistencia

Juanlu González

El término imperialismo, en su acepción común, se refiere a las acciones de un Estado para expandir su dominio sobre otros Estados mediante el uso de la fuerza militar, la política, la economía o la cultura. En el ámbito de la politología, a principios del siglo XX, Lenin describió la naturaleza del imperialismo basándose en las tesis marxistas sobre la evolución del capitalismo a través de procesos de concentración progresiva del capital, lo que lo convirtió en un concepto con una carga marcadamente economicista.

Del contraste o la confrontación entre las visiones informales y académicas, emergen diversos malentendidos en el análisis político de la realidad. Entre ellos, se encuentra la popularización del concepto de «interimperialismos contemporáneos», que, si bien puede resultar atractivo en conversaciones de andar por casa, carece de rigor científico en el ámbito del análisis geopolítico. Aplicando la sistemática leninista, actualmente existe un solo imperio a nivel global y no hace falta decir cuál es. El mero hecho de que una nación aspire a la expansión territorial no la convierte en un imperio, de la misma manera que un Estado que busca resolver una disputa territorial histórica con un vecino no puede ser considerado imperialista. Como se ha mencionado, académicamente se trata de una cuestión más económica que política. Ya lo dijo Mayer Rothschild: *«Dadme el control de la moneda de un país y no me importará quién hace las leyes»*.

Donde ambos enfoques coinciden es en el uso de la coacción como método para imponer el control sobre los Estados atacados por las naciones imperialistas. Sin embargo, la coacción no es monolítica,

abarca desde la fuerza militar convencional hasta estrategias más sutiles y menos visibles, usadas cuando la transparencia puede resultar contraproducente para evitar reacciones populares contrarias de carácter soberanista frente a la acción imperial. Es en este contexto donde surgen los conceptos de poder blando (soft power) e incluso de poder inteligente (*smart power*), este último acuñado por Suzanne Nossel, asesora de Hillary Clinton en el Departamento de Estado y, posteriormente, directora de operaciones de Human Rights Watch y directora ejecutiva de Amnesty International USA en 2012 y 2013. Para que luego digan que las ONG son un «contrapoder»...

Si bien estos tipos de poder «modernos» buscan disfrazar el factor fuerza ante la población a la que se pretende someter, es innegable que el poder blando sigue siendo una forma de coacción para alcanzar un objetivo de dominación. El poder inteligente, promovido por nuestra pacifista y defensora de los derechos humanos, se presenta como una combinación del poder blando, junto con la amenaza latente del poder clásico en las relaciones internacionales, recurriendo a este último si el primero no logra sus fines de manera expeditiva.

Tácticas de dominación imperialista

1. Intervenciones militares directas

Las intervenciones militares directas han constituido un instrumento recurrente en la estrategia de Estados Unidos para consolidar su poder y control a lo largo del siglo pasado. Estas acciones implican el uso explícito de la fuerza armada para invadir y ocupar territorios, con el objetivo de asegurar el acceso a recursos, mercados o posiciones geopolíticas estratégicas. Con frecuencia, estas intervenciones se han justificado bajo pretextos como la protección de intereses nacionales, la promoción de la democracia, la protección de los derechos humanos o el combate al terrorismo, aunque sus motivaciones siempre han estado ligadas a la expansión económica y la explotación de los recursos y materias primas del país intervenido.

Ejemplos notables incluyen la invasión de Afganistán en 2001, la de Irak en 2003, o los numerosos golpes de Estado apoyados por Estados Unidos en América Latina durante el siglo XX. Estas intervenciones generan consecuencias devastadoras: conflictos prolongados, desplazamiento masivo de poblaciones, destrucción de infraestructuras y la imposición de gobiernos dependientes de potencias hegemónicas.

2. Intervenciones militares encubiertas y cooperación con élites locales corruptas.

El imperio y sus aliados han aprendido que las invasiones directas conllevan costes humanos, políticos y económicos sumamente elevados y prolongados. En consecuencia, cada vez con mayor frecuencia recurren a estrategias indirectas: organizan golpes de Estado, financian grupos rebeldes o paramilitares, entrenan fuerzas locales y, en lugar de ejércitos regulares, emplean mercenarios (denominados eufemísticamente «contratistas privados») y organizan operaciones encubiertas.

Se trata de estrategias sutiles pero eficaces de control imperialista, que evitan la ocupación abierta y optan por operaciones clandestinas. Estas acciones buscan desestabilizar gobiernos independientes, facilitando su sustitución por regímenes títeres. Un aliado fundamental en este proceso son las élites locales corruptas, que, a cambio de beneficios económicos o políticos, colaboran con potencias extranjeras para perpetuar una dependencia que asegure el acceso a recursos estratégicos o mercados.

El mecanismo de funcionamiento es bien fácil de comprender, por eso se suele revestir de propaganda y palabrería vacía. Una vez controlado el país, las multinacionales imperiales firman convenios de extracción de recursos naturales (hidrocarburos, litio, tierras raras...) a precios muy por debajo del mercado, destinando una pequeña parte de las ganancias para el estado colonizado y otra para los vende patrias colocados en el poder desde el exterior, que se mantienen de mantener el *statu quo* de la colonia a base de violencia y represión.

Un ejemplo paradigmático son las revoluciones de colores en el espacio postsoviético, como la Revolución de las Rosas en Georgia (2003), la Naranja en Ucrania (2004 y 2013) o la Tulipán en Kirguistán (2005). Si bien se presentaron como movimientos ciudadanos por la democracia, contaron con instrucción, dirección, apoyo financiero y logístico de organizaciones occidentales, con el objetivo de debilitar la influencia rusa y expandir la OTAN y la UE. Más recientemente, las Primaveras Árabes mostraron cómo el *hegemón* imperial y sus aliados organizaron protestas para impulsar cambios de régimen en países como Libia o Siria, dejando tras de sí guerra, caos, migraciones masivas, etc.

3. Las sanciones económicas como arma de guerra

Las sanciones económicas, cuando se aplican unilateralmente sin mandato de la ONU, infringen el derecho internacional y se transforman en instrumentos de guerra encubierta. Bajo las «medidas coercitivas unilaterales», potencias como Estados Unidos imponen bloqueos financieros, restricciones comerciales y congelaciones de activos con el objetivo de desestabilizar gobiernos que cuestionan su hegemonía. Actualmente, son más de 30 países los que sufren este tipo de prácticas ilegales. De acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas, únicamente el Consejo de Seguridad, puede autorizar sanciones colectivas; sin embargo, Washington y sus aliados las utilizan como herramienta de chantaje, priorizando intereses geopolíticos sobre la soberanía nacional.

Un ejemplo paradigmático es el embargo a Irak (1990-2003), que, según estudios de The Lancet (2000 y 2006), provocó más de 650,000 muertes infantiles por desnutrición y enfermedades evitables, debido al colapso de la importación de alimentos y medicinas. La ex secretaria de Estado Madeleine Albright admitió en 1996 que el costo humano «vale la pena», revelando la hipocresía de quienes justifican estas medidas como «no violentas». En la actualidad, sanciones similares afectan a Rusia, Venezuela, Irán, Cuba y Nicaragua, entre otros muchos estados. Las sanciones no solo afectan a los partidos de gobierno de los estados, sino también a la salud pública, la educación y la infraestructura, lo que las convierte en verdaderas armas de destrucción masiva no convencional.

El poder del dólar como moneda global refuerza esta táctica: al controlar sistemas financieros como SWIFT, Estados Unidos obliga a bancos y empresas neutrales a cumplir sus sanciones bajo amenaza de multas o exclusión de su mercado. Un ejemplo de ello es el caso del banco francés BNP Paribas, que en 2014 fue multado con 8,900 millones de dólares por operar con países sancionados. En consecuencia, las sanciones no solo constituyen un arma económica, sino también un mecanismo para perpetuar un orden global desigual, donde la hegemonía financiera se convierte en una herramienta de guerra silenciosa.

4. Dominación financiera y dependencia económica

Vladimir Lenin ya identificó la dominación financiera como un instrumento central del imperialismo contemporáneo. A través del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, se establecen relaciones de dependencia con países del Sur Global, que acceden a préstamos bajo condiciones estrictas que suelen implicar políticas neoliberales: reducción del gasto público, privatización de servicios estratégicos y apertura comercial. Estas medidas afectan la autonomía económica de los Estados y priorizan los intereses de las potencias y corporaciones extranjeras por encima del desarrollo local.

Un ejemplo paradigmático de esta dependencia, aunque protagonizado en esta ocasión por Francia, una de las potencias imperialistas subordinadas a Estados Unidos, es el Franco CFA (actualmente Franco XOF y XAF), moneda impuesta en 14 países africanos francófonos. Controlado por el Elíseo, este sistema obligaba a estos países a depositar el 50% de sus reservas en el Tesoro francés, sin que le generase ningún interés, manteniendo así su economía subordinada de forma permanente a la metrópoli.

Otra forma de control es la imposición obligatoria de depósitos de ingresos por materias primas en bancos occidentales. Tras las sanciones impuestas a Moscú por Occidente después del inicio de la guerra de Ucrania, más de 300 mil millones de dólares en reservas rusas fueron congeladas en instituciones financieras europeas y estadounidenses,

evidenciando cómo el sistema financiero internacional puede convertirse en un instrumento geopolítico. Actualmente, solo se están apropiando de los intereses de esos depósitos, pero la intención de Occidente, manifestada en múltiples ocasiones, es apropiarse de la totalidad del monto para, supuestamente, cubrir los costos de la ayuda militar a Kiev o las futuras reconstrucciones.

Asimismo, el depósito de oro de países periféricos en bancos centrales extranjeros simboliza esta dinámica. El caso del oro venezolano retenido ilegalmente por el Banco de Inglaterra, a pesar de las resoluciones judiciales internacionales, muestra cómo se viola la soberanía económica, incluso en el ámbito legal.

En conjunto, estas prácticas refuerzan una estructura global desigual, donde los países del sur son sistemáticamente marginados en el sistema financiero mundial, mientras que las potencias centrales utilizan mecanismos económicos como herramientas de dominación.

5. Guerras culturales y hegemonía ideológica

El imperialismo no solo actúa en el terreno económico o militar; también busca imponer una visión del mundo. A través de los medios de comunicación globales, redes sociales, industria del entretenimiento y sistemas educativos influenciados por ideologías occidentales, se promueve un modelo cultural homogéneo que legitima el orden existente.

Esta guerra cultural busca erosionar identidades locales, fomentar valores individualistas y consumistas, y presentar como «modernos» los modelos políticos y económicos propuestos por los centros imperiales. Las narrativas mediáticas juegan un papel central: criminalizan a líderes independientes, glorifican movimientos opositores respaldados por el exterior y justifican intervenciones bajo el disfraz de derechos humanos o democracia.

A la luz de la propaganda de Hollywood y las creencias populares, fue EE. UU. quien ganó la guerra contra el nazismo y el fascismo en la II Guerra Mundial, a pesar de que los datos del campo de batalla digan lo

contrario, a pesar de que es conocido que los científicos nazis encontrarán una nueva vida en los Estados Unidos o que la OTAN fuera una puerta giratoria para los mandos de Hitler.

Resulta curioso cómo cualquier país que se oponga a la dominación imperial norteamericana se convierta invariablemente en una dictadura, en un «régimen» violador de los derechos humanos. O en un Estado donde se conculcan los derechos de las mujeres a pesar de ser uno de los países más igualitarios del mundo, como sucedió con Nicaragua.

Para impulsar este tipo de imágenes, el imperio cuenta con una legión de periodistas a sueldo en todo el mundo, tal y como se demostró cuando se publicitaron algunos documentos de la USAID. Y no solo eso, además financia a una red de ONG con las que socava gobiernos independientes y las utiliza en caso de necesidad para fines violentos a modo de células durmientes, algo similar en concepto a la RED Gladio que organizó tras la Gran Guerra Patria. ¿Quién sabe, por ejemplo, que el líder que gobierna Siria ni es sirio y es un terrorista de Al Qaeda al que van a rendir pleitesía los gobiernos occidentales?

¿Quién sabe que EE. UU. creó el terrorismo islámico y lo usa a diario para lograr sus fines geopolíticos? Tras el velo de ocultación de la realidad se encuentra la guerra cultural norteamericana compartida por sus vasallos occidentales.

6. Control tecnológico y cibernético

En la era digital, el control de la tecnología se ha convertido en una nueva frontera del imperialismo. No hay guerra que no tenga una vertiente cibernética para neutralizar defensas aéreas, paralizar plantas energéticas, conocer el emplazamiento de armas y tropas, etc.

Países como Estados Unidos intentan dominar sectores estratégicos como la inteligencia artificial, el 5G, la biotecnología y el espacio cibernético e intentan evitar que otras naciones tengan acceso a esas tecnologías utilizando herramientas contrarias al libre mercado que tanto dicen preconizar. Las empresas tecnológicas vinculadas al Estado estadounidense, como Google, Facebook, Apple o Microsoft, tienen un

peso desproporcionado en la economía global, facturando a veces mucho más que el PIB de la mayoría de países del Sur Global.

Además, el espionaje cibernético, el sabotaje digital y el control de datos personales permiten a las potencias imperialistas monitorear y manipular información crítica. Con herramientas como la inteligencia artificial y la explotación del Big Data es perfectamente plausible tener controlada a la población propia o a las ajenas para hacerlas diana de cualquier tipo de operaciones de ingeniería social como las que describimos en el epígrafe anterior.

De ahí vienen gran parte de las sanciones dictadas contra China, como la prohibición del despliegue del 5G en Occidente, las amenazas permanentes contra Tik-Tok, o la prohibición de exportación a Pekín de chips por debajo de 14Nm (nanómetros) y después de 7 y 5Nm, a pesar de que empresas como Huawei ya han logrado construirlos a 3Nm con tecnología propia. La carrera por la computación cuántica también se entiende dentro de este contexto, ya que permitiría modelos predictivos complejos en cuestión de segundos, un desarrollo prácticamente ilimitado de la IA con todo lo que ello conlleva y la capacidad de descifrado de cualquier clave utilizada para proteger datos críticos.

Resistencias al imperialismo en el siglo XXI

No hay acción sin reacción ni ataque sin defensa. Frente a una renovada ofensiva imperialista, surgen nuevas formas de resistencia. En estos momentos, el imperio está en franca decadencia frente al auge de las nuevas potencias regionales y globales. Estados Unidos no solo ha perdido el liderazgo tecnológico militar, sino que también lo ha hecho en el plano económico, mostrándose realmente débil en las capacidades de acceso a materias primas vitales para la industria tecnológica y de defensa, como las tierras raras.

Para colmo, muchos de los países sancionados por el Estado estadounidense se han ido organizando entre ellos para enfrentar el impacto de las medidas coercitivas unilaterales, tratando de sobrevivir sin acceso a los dólares, al crédito internacional o a los sistemas informáticos de intercambio bancarios (SWIFT) que posibilitan el

comercio global. Las recientes derrotas en Afganistán y Ucrania han socavado la imagen de la superpotencia y su potencial disuasorio.

Veamos someramente algunas maneras de enfrentar al imperio que se han puesto en marcha en todo el planeta:

Gobiernos antiimperialistas

La punta de lanza tradicional en el antiimperialismo es un grupo de países que han mantenido tradicionalmente su independencia y soberanía nacional frente a las ansias depredadoras de EE. UU., a pesar de sufrir ataques directos y múltiples intentos de desestabilización. Países como Venezuela, Bolivia, Nicaragua, Irán, Siria, Corea del Norte, Cuba... han implementado programas de nacionalización de recursos, integración regional y alianzas estratégicas fuera del ámbito occidental que le han valido el calificativo de dictaduras, de estados parias, de gobiernos a derrocar en aras de un supuesto bien universal. A ellos se unieron nuevos países del Sur Global, especialmente en África que, poco a poco, está tomando las riendas de su destino al margen del imperio y sus potencias imperialistas subordinadas, gracias al apoyo popular interno y a alianzas con otras naciones libres y en desarrollo.

Pero si las posibilidades de liberación nacional son hoy más factibles que en años pasados en países en vías de desarrollo, es gracias al poderío militar de Rusia, a sus materias primas y a la pujanza económica y tecnológica de China.

Movimientos sociales y resistencia popular.

La resistencia no se limita a los gobiernos. En todo el mundo, movimientos sociales, sindicatos de clase, comunidades indígenas, grupos altermundistas, internacionalistas, antiimperialistas... están en primera línea global de la lucha contra las políticas impuestas por el imperialismo. Cada año, millones de personas en las calles exigen justicia social, soberanía y autodeterminación en sus protestas. Estos movimientos, aunque diversos y a veces contradictorios, comparten un rechazo al sistema capitalista global y a las formas de opresión asociadas al imperialismo.

Aunque enfrentan represión y criminalización, estos movimientos representan una forma crucial de resistencia desde abajo, cuestionando las estructuras de poder global y proponiendo alternativas basadas en la justicia social, la soberanía nacional y el respeto al medioambiente.

Integración regional y cooperación Sur-Sur

Un aspecto clave de la resistencia antiimperialista es la construcción de alternativas económicas y diplomáticas al orden imperialista. De entre todas ellas merecen destacarse iniciativas como los BRICS y su Banco de Desarrollo. En constante crecimiento y con largas listas de espera para su integración, camina lentamente hacia un sistema financiero propio e independiente. También son dignos de mención el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB) y el Sistema de Pagos Internacionales SPFS (ruso), que ofrecen opciones fuera del control del dólar y del SWIFT occidental.

Con ellos, hoy día es posible vivir al margen del control occidental, del Banco Mundial, del FMI y del resto de los resortes económicos de dominación imperial.

Asimismo, bloques regionales como ALBA (América Latina), CELAC, ASEAN, la Unión Africana, la Unión Económica Euroasiática (UEE) y la Organización para la Cooperación de Shanghai, trabajan para fortalecer la cooperación económica y política sin la intervención de potencias imperiales.

Descolonización cultural y recuperación de identidades

Otra forma de resistencia antiimperialista es la recuperación de identidades culturales, lenguas originarias, conocimientos ancestrales y modos de vida sostenibles. Esta descolonización cultural busca contrarrestar la hegemonía ideológica del imperialismo y reconstruir subjetividades colectivas basadas en la dignidad, la comunidad y la relación armónica con la naturaleza. Este proceso implica cuestionar la visión eurocéntrica de la historia, promover sistemas educativos propios, revitalizar lenguas indígenas y proteger expresiones artísticas y espirituales tradicionales. Asimismo, se opone a la apropiación cultural y

al mercantilismo que convierte las identidades en productos de consumo global.

La recuperación de identidades propias fortalece la autonomía de los pueblos y contribuye a construir sociedades más justas e incluyentes, donde la diversidad cultural sea reconocida como un valor fundamental frente al imperialismo global, homogeneizador y unidimensional.

Lucha en el terreno informativo y comunicacional

La lucha en el terreno informativo y comunicacional contra el imperialismo es clave en la era de la información. Consiste en enfrentar la manipulación, la propaganda y el control mediático ejercido por potencias imperiales y sus aliados. Esta resistencia se manifiesta como una auténtica guerrilla comunicacional, donde colectivos, medios alternativos, periodistas independientes y activistas utilizan herramientas digitales, redes sociales y plataformas propias para difundir información veraz, combatir la desinformación y visibilizar las luchas populares que los grandes medios ignoran o tergiversan.

Se trata de construir una especie de frente mediático de la resistencia antiimperialista, capaz de contrarrestar la narrativa dominante con historias, imágenes y discursos que den cuenta de la explotación, las intervenciones encubiertas y las violaciones a los derechos humanos impulsadas por el imperialismo. Este frente debe articular experiencias de comunicación comunitaria, generar contenidos en distintos formatos —audiovisuales, gráficos, radiales— y usar el humor, el arte y la creatividad como armas simbólicas. Su objetivo no es solo informar, sino formar conciencia, movilizar y construir identidad colectiva frente al poder imperial.

En este sentido, la comunicación se convierte en arma de liberación: cada video, nota o transmisión en vivo puede ser una barricada informativa contra el orden dominante. La guerra imperialista del siglo XXI no siempre se libra en campos de batalla con tanques y soldados. Sus frentes están en los parlamentos, en los mercados financieros, en las redes sociales, en los satélites espaciales y en las conciencias colectivas. Pero donde hay dominación, también hay resistencia. Y si bien los

desafíos son enormes, la historia nos enseña que el imperialismo puede ser vencido cuando los pueblos se unen en torno a proyectos de liberación, justicia y solidaridad.

La lucha contra el imperialismo no es solo una cuestión de soberanía nacional, sino de supervivencia humana. En un mundo marcado por la crisis climática, la desigualdad extrema y la concentración del poder, construir alternativas genuinas es una tarea colectiva que involucra a todos los habitantes del planeta.

El antiimperialismo como lucha permanente: retos históricos y desafíos actuales

Entrevistamos a Iñaki Gil de San Vicente

El estruendo de los cañones de la OTAN en Ucrania, el desgarramiento de un genocidio televisado desde Palestina, la sombra de la intervención militar que se cierne sobre el Sahel y las crecientes tensiones geoestratégicas en el Mar de China Meridional no son fenómenos aislados ni caprichos de la historia. Son las manifestaciones más evidentes y brutales de una lógica sistémica que, lejos de desaparecer, define con una virulencia renovada el mapa del siglo XXI. Esta lógica tiene un nombre que durante décadas ha sido relegado al desván de la historia por el pensamiento hegemónico, pero que hoy retumba con una urgencia ineludible: el imperialismo.

Tras el colapso del bloque soviético, se nos anunció el «fin de la historia». En ese nuevo orden, el concepto de imperialismo fue vaciado de su contenido científico y político, convertido en una reliquia o, en el mejor de los casos, en un insulto vago. Las corrientes posmodernas, con su desconfianza hacia los «grandes relatos», contribuyeron a este desarme teórico, fragmentando la crítica y dificultando para la clase trabajadora la comprensión de la globalidad capitalista. El resultado fue una desorientación estratégica, una incapacidad para conectar los puntos entre la explotación económica, la opresión nacional, la guerra y la destrucción ecológica.

Es precisamente para combatir esta desorientación que nace el proyecto *Lume Vivo* («Fuego Vivo»). No surge de un vacío académico ni de una iniciativa editorial convencional —no es el lucro económico o el prestigio lo que nos mueve. Es la decantación natural de un proceso colectivo, forjado en las tertulias y debates del colectivo

antiimperialistas.com durante los días inciertos de la cuarentena. En aquel encierro global, mientras el sistema mostraba sus costuras más frágiles, un grupo de militantes sintió la necesidad imperiosa de rearmarse teóricamente, recuperando las herramientas críticas para entender un mundo en convulsión. *Lume Vivo* es, por tanto, la materialización de esa necesidad: una publicación que aspira a ser una llama para el debate, un faro para la acción.

No es casualidad que su andadura comience con la publicación de esta entrevista en profundidad con Iñaki Gil de San Vicente. Para inaugurar un proyecto que busca sentar las bases de un debate antiimperialista riguroso y actual, era necesario recurrir a una de las voces más lúcidas y comprometidas del marxismo contemporáneo. Pensador y militante de una vastísima trayectoria, enraizado en la lucha más comprometida del Movimiento Nacional de Liberación Vasco, Gil de San Vicente encarna la síntesis entre el estudio profundo de la teoría y el compromiso inquebrantable con la praxis. Su pensamiento, afilado en el análisis de *El Capital* y forjado en las luchas del pueblo vasco, no es una reflexión abstracta, sino una herramienta para la intervención política.

La conversación que se despliega a continuación es mucho más que una simple entrevista, supone un seminario intensivo, un recorrido exhaustivo por la genealogía, la anatomía y el porvenir de la lucha antiimperialista. El diálogo arranca sentando las bases, explorando cómo Marx y Engels anticiparon una teoría que sería desarrollada plenamente por generaciones posteriores. Se sumerge en el aporte monumental de Lenin, analizando *El imperialismo, fase superior del capitalismo* no como un texto sagrado e inmutable, sino como un método de análisis vivo, cuya esencia sobre la fusión del capital bancario e industrial, la exportación de capital y el reparto del mundo sigue siendo una clave maestra para descifrar el presente.

Desde allí, nuestra conversación avanza para mostrar cómo la teoría se enriqueció y transformó al calor de las luchas concretas. Se examina el papel crucial de la III Internacional en su intento de forjar un frente mundial que trascendiera las fronteras de Europa y, sobre todo, se da el

protagonismo merecido a las aportaciones decisivas de los movimientos de liberación del mal llamado «Tercer Mundo». La grandeza de esta entrevista reside en su capacidad para tejer un hilo rojo que conecta la teoría europea con la praxis descolonizadora de África, Asia y Nuestramérica.

Y discurriendo la senda de nuestras más profundas tradiciones de lucha y resistencia, nos adentramos en el pensamiento de Frantz Fanon, para quien la violencia revolucionaria no es solo un acto táctico, sino un proceso catártico de desintoxicación psicológica y de rehabilitación del colonizado. Exploramos junto a Ngũgĩ wa Thiong'o cómo la «bomba cultural», la imposición de la lengua y la visión del mundo del opresor, constituye un arma tan letal como las bayonetas y cómo la lucha por la memoria y la cultura propia se convierte en un frente de batalla indispensable.

El resultado es un mapa conceptual de una riqueza extraordinaria. Gil de San Vicente, con su característica pedagogía militante, desentraña la dialéctica indisoluble entre lucha de clases y liberación nacional, demostrando que un pueblo que oprime a otro no puede ser libre. Nos ofrece las claves para entender por qué la autodeterminación de los pueblos no es una concesión abstracta, sino una condición material para debilitar al imperialismo. Y finalmente, nos interpela sobre las tareas del presente: qué tipo de organización, qué formas de contrapoder y, fundamentalmente, qué internacionalismo político necesitamos para enfrentar a un capital que en su fase senil y cada vez más destructiva nos arrastra hacia la barbarie.

Este texto, por tanto, no es solo el brillante número inaugural de *Lume Vivo*. Es un documento fundamental, una brújula precisa para navegar la tormenta de nuestro tiempo. Es una invitación a pensar dialécticamente para actuar, en consecuencia, una herramienta para todos aquellos que entienden que el antiimperialismo no es una opción, sino una necesidad histórica. Una llama viva para iluminar los caminos de la emancipación en un mundo que clama, con urgencia, por ser transformado de raíz.

1. ¿Cómo definirías el antiimperialismo desde una mirada marxista?

El antiimperialismo es la síntesis profunda de todas las luchas contra el capital, es el hilo rojo que conecta a las resistencias que se enfrentan directa o indirectamente al capitalismo y, sobre todo, lo es de las que superan la fase de resistencia democrático-radical para avanzar a la de construcción de fuerzas comunistas. En el capitalismo actual no existe ninguna situación ni área social que esté libre del control —abierto o encubierto, cercano o lejano— del imperialismo, como veremos, lo que hace que cualquier reivindicación local y aislada que parezca serlo tiene, sin embargo, un contenido objetivo antiimperialista al margen de la capacidad subjetiva de sus participantes, incluso si estos no niegan y rechazan.

En el capitalismo actual, el antiimperialismo tiene muchos más frentes de lucha por el socialismo y la independencia de los pueblos que nunca antes, de los que existían en 1916, hace 109 años, cuando Lenin escribió —y autocensuró— su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo* para burlar la represión zarista. No es que estemos bajo otro capitalismo cualitativamente diferente, algo parecido a la moda reaccionaria que parloteaba sobre la «globalización», la «nueva economía», la «economía inteligente e inmaterial», o sobre el «imperio» y la «multitud» negrista, o sobre los «significantes vacíos», etc. No, no existe ningún «nuevo» capitalismo que anule definitivamente el valor teórico y político de la teoría marxista del imperialismo.

El capitalismo actual sigue siendo esencialmente el mismo que el de 1916, que el de 1900 cuando empezó a estudiarse qué era aquella novedad que llamaban «imperialismo», que el de 1894, cuando Engels constató la importancia que había adquirido el entonces llamado «capital-dinero» —y ahora «capital financiero»—; el mismo que el de 1867, cuando se editó en *El Capital* y en sus borradores que se publicarían en 1885, 1894 y 1905. El núcleo del capitalismo no es otro que la explotación de la fuerza de trabajo para acumular capital, que será reinvertido en ampliar esa acumulación. Las crisis genético-estructurales del capital surgen precisamente cuando se ralentiza y luego se detiene

esa acumulación por diversas razones. Como veremos, el salto de la fase colonialista a la fase imperialista fue precisamente una consecuencia de las medidas burguesas para salir de la crisis de acumulación de la primera Gran Depresión de 1873-1899 mediante una serie de medidas que, en su conjunto, muestran lo que era el imperialismo en el primer tercio del siglo XX.

Desde la Segunda Guerra Mundial, desde 1945, el imperialismo, como veremos, desarrolla nuevas formas sin por eso dejar de ser imperialismo —de la misma forma que a una escala cualitativa superior, el capitalismo sigue siendo el mismo en esencia desde los siglos XVI-XVII, aunque haya transitado por expresiones, formas y fases sucesivas adecuadas a las diversas áreas explotadoras mediante las que se intenta expandir la acumulación. Es cierto que la categoría de esencia es fundamental aquí como en todo, de la misma manera que lo es la unidad de contrarios de esencia e fenómeno— pero no podemos desarrollarlas ahora más que en lo básico.

La esencia es lo que identifica un proceso, lo que distingue a una cosa frente a las demás, lo que determina su cualidad específica y diferente de las demás cosas y procesos. El fenómeno es la expresión externa que va adquiriendo la esencia en su movimiento y complejización crecientes. El fenómeno expone algunas de las características de la esencia a la que está unida y de la que es inseparable, y puede llegar el momento en el que esencia y fenómeno se unan y luego se separen, de modo que el fenómeno se transforme en la esencia de otro proceso nuevo y viceversa.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo empezó a mostrar fenómenos, formas y continentes nuevos que reflejaban la complejización de su esencia, es decir, que, por un lado, se agudizaban sus características esenciales y, por otro lado, en su interior se desarrollaban otras nuevas no existentes hasta entonces. Es muy fácil recurrir a la invención de la bomba atómica como ejemplo del inicio de la nueva fase del imperialismo, lo cual es cierto, pero insuficiente porque la bomba es solo la expresión más brutal de unas transformaciones del capitalismo que se iniciaron a raíz de la segunda Gran Depresión de

1929, una crisis genético-estructural surgida de las entrañas del imperialismo. A lo largo de las páginas que siguen iremos viendo lo que va envejeciendo, lo que es permanente y las formas nuevas en las que se presenta el capitalismo y el imperialismo.

2. ¿Cómo anticiparon Marx y Engels una teoría antiimperialista? ¿Cuáles son las raíces teóricas del imperialismo dentro del marxismo?

Buena parte de la obra de Marx y Engels se elaboró mientras no existía aún la palabra «imperialismo» o apenas era utilizada desde 1860 en adelante tanto en políticos franceses como, sobre todo, por ingleses ya lanzados abiertamente a expandir su capitalismo a costa de los pueblos del mundo, sobre todo de los que habían sufrido poco o nada el saqueo colonialista, tal como lo explicaba brutalmente el primer ministro británico Disraeli en 1878. Pero, para entonces, Marx y Engels ya habían leído, criticado y superado las ideas de Hegel sobre la universalidad, y ya habían hablado de la tendencia del capital a la mundialización de sus fuerzas productivas, e incluso en 1852 utilizan el término «imperialismo» pero en su connotación de dominio político de Napoleón III. Desde 1860, Francia, EE. UU. y más tarde Alemania empiezan a proteger sus economías frente a la potencia británica.

Marx y Engels ya habían criticado ferozmente el colonialismo y estudiaban con ahínco la creciente resistencia de los pueblos precapitalistas a las invasiones occidentales. Ya se habían posicionado abiertamente por la independencia revolucionaria de Irlanda y Polonia, por la justeza de la rebelión anticolonial india de 1857 —inhumanamente aplastada—, así como la de otros pueblos. Es muy ilustrativa su opinión de que la independencia polaca e irlandesa exigía una radical reforma agraria que devolviera el poder al pueblo, y en el caso irlandés esta tesis se concreta aún más: Irlanda necesita independizarse políticamente de Inglaterra, y a la vez necesita una revolución agraria y una protección aduanera que proteja su economía de los tentáculos ingleses. Hoy estas propuestas engarzan directamente con las luchas de independencia antiimperialista y socialista de los pueblos.

También son muy importantes para el tema que nos ocupa, sus ideas sobre la capacidad de resistencia anticolonial de los pueblos y Estados con propiedades comunales, con comunas campesinas, pueblos que las defendían tenazmente, resistencias que adelantaban muchas de las luchas antiimperialistas actuales en defensa o en recuperación de sus recursos colectivos. En la década de 1870, Marx y Engels llegaron a la conclusión de que las revoluciones ya no empezaría por y en Europa, sino que lo harían en Asia y especialmente en Rusia. Su visión de la lucha de clases mundial se estaba enriqueciendo al estudiar las resistencias anticoloniales de pueblos precapitalistas, y el impacto en la capacidad de alienación, soborno e integración del proletariado occidental gracias a que las sobre ganancias obtenidas con el colonialismo le permitía hacer algunas pequeñas reformas y concesiones sociales. En 1916, Lenin llamaría «aristocracia obrera» a estas capas sociales integradas en el orden burgués.

Estas y otras opiniones de Marx y Engels eran inseparables del desarrollo teórico que, para lo que ahora nos interesa, podemos sintetizar en la teoría de las crisis, o más concretamente en la ley general de la acumulación de capital y en la ley tendencial de caída de la tasa media de ganancia. La necesidad ciega del capitalismo para aumentar sus ganancias —necesidad que sufre crecientes obstáculos por el descenso de los beneficios— lo lleva a expandirse por el mundo a cualquier precio. Marx expuso las contramedidas que frenan a medio y largo plazo la tendencia a la caída de las ganancias que ahora podemos actualizar así: aumentar la explotación; abaratar los costos; aumentar la productividad; ampliar mercados; aumentar la demanda; deslocalizar empresas y exportar capitales, etc., pero en última instancia, provocar guerras con dos fines básicos: saquear, expoliar, robar, y destruir fuerzas productivas, destruir competencia, para intentar reiniciar otra fase económica expansiva de acumulación de capital, que es lo decisivo.

Estas y otras reflexiones críticas surgían de la urgente necesidad de descubrir las causas socioeconómicas de las atrocidades que cometían las grandes potencias que transitaban del colonialismo y la fase imperialista que estaba a punto de irrumpir definitivamente. La crítica teórica iba unida a la crítica práctica, y desde 1884 se endurece en

Alemania el debate sobre el gasto militar y sobre el colonialismo. En 1885, a los dos años de muerto Marx y mientras Engels estaba sumergido en el desciframiento de sus «jeroglíficos», el socialista E. Belfort Bax, publicó un libro pionero sobre imperialismo y socialismo que fijó ideas centrales como la de que el imperialismo buscaba países que invadir con sus excedentes. A finales de esa década de 1880, el norteamericano Wilshire, socialista radical, empezó a estudiar el origen y el desarrollo del capital monopolista en EE. UU. como efecto de las leyes de concentración y centralización descubiertas por Marx unos años antes, y en 1901 publicó otro libro pionero al respecto.

Mientras tanto, Engels escribió *La bolsa* en 1895 en el Prólogo al Libro III de *El Capital*, un textito que es una de sus últimas obras, donde explica en 7 puntos cómo ha evolucionado el capitalismo desde la primera edición de *El Capital* casi treinta años antes cuando la bolsa era un «elemento *secundario*» en cursiva por el autor, como indica en el punto 2 en comparación con el decisivo papel de la banca a finales del siglo XIX. En el punto 6, Engels sostiene que todas las inversiones extranjeras son en acciones y en el punto 7 dice que el colonialismo de entonces es «una simple sucursal de la bolsa» al servicio de la cual las potencias se reparten el mundo.

La bolsa es una crítica radical de las nuevas formas del capitalismo, lo cual no podía ser aceptado por la corriente reformista que crecía en la II Internacional. Que Engels iba por delante de los economistas burgueses lo vemos en que uno de sus más importantes, el yanqui Paul Reinsch, publicó en 1900 una investigación que corroboraba lo que Engels había dicho cinco años antes: el papel de la Banca en la financiación de proyectos en el extranjero. Una de las cualidades de Lenin fue la de recoger lo bueno de este autor e integrarlo en su obra.

Mientras tanto, en 1896, Bernstein atacó la teoría marxista defendiendo el «colonialismo bueno», «civilizador», el que lleva la paz y el bienestar a los «atrasados y salvajes». La discusión sobre el colonialismo se intensificó desde entonces. En 1900 se celebraron dos debates sobre el imperialismo: el SPD, en Alemania, y la Internacional Socialista en París. En ambos, Rosa Luxemburg destacó por su profunda

crítica al militarismo como una de las nuevas características del capitalismo del momento. Todavía faltaban 12 años para que escribiera su obra *La acumulación del capital*, como veremos, y ya empezaba a ser señalada como una de las representantes más sólidas de la izquierda marxista. Para 1901, Kautsky había concretado algo sobre el avance del colonialismo y las tareas sindicales al respecto, insinuando algunos puntos que luego se multiplicaron con el imperialismo.

En 1902 Hobson, que no era marxista, sino una especie de socialdemócrata que quería reformas en beneficio del pueblo popularizó definitivamente el término de «imperialismo» que, según él, surgía sobre todo de la necesidad de los países enriquecidos para colocar sus capitales excedentarios en otros países, reduciendo así la posibilidad de crisis internas. Lenin leyó a Hobson en ese mismo año en su viaje a Londres y guardó las citas realizadas hasta que las recuperó en 1915. Por aquel entonces Hobson fue poco conocido por los estudiosos de la economía. Para Lenin, este autor era «útil en general» —porque ofrecía en su tiempo una visión teórica que aunaba muchas visiones parciales.

Los debates sobre el colonialismo, el militarismo, la guerra, y en menor medida aún sobre el imperialismo en concreto, se iban endureciendo y en 1905 Kautsky —al que volveremos— atacaba directamente a la corriente de Bernstein al estudiar la victoria de Japón sobre Rusia. También en 1905 y 1907 Otto Bauer, teórico austro-marxista, publicó dos textos sobre colonialismo y opresión nacional en los que hablaba explícitamente del imperialismo y el derecho de las nacionalidades a la autonomía nacional y cultural, aunque sin romper con el dogma del Estado unitario, centralizado política y culturalmente descentralizado. Mientras tanto, el primer genocidio registrado con tal nombre fue el del pueblo herero, en Namibia, realizado por Alemania, encrespando aún más el debate en la II Internacional en 1907 —año en el que también se realizaron otros congresos y debates en lo que ya el imperialismo y el militarismo se equiparaban totalmente al colonialismo. Por su importancia, volveremos a ellos en la respuesta a la siguiente pregunta.

Por debajo de estas discusiones cada vez más tensas bullían contradicciones esenciales del capitalismo desde su embrionario origen, por ejemplo: a partir de la opresión etno-nacional inhumana del esclavismo portugués en África desde la mitad del siglo XV y de la invasión de Nuestramérica desde finales de ese siglo. De estas brutalidades al genocidio de los hereros en Namibia por Alemania, pasando por la ensangrentada historia intermedia, hay un largo trecho cada vez más violento marcado por la dialéctica entre la lucha de clases interna y las guerras de expansión colonialista. La revolución de 1905 mostró crudamente el devenir de las contradicciones y a la vez abrió una nueva dinámica práctica y teórica sin la cual no entenderemos parte del impacto de Lenin.

3. ¿Qué aportó Lenin con su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*?

Las contradicciones agudizadas por la revolución de 1905 dentro de la II Internacional estallaron en 1910 al enfrentarse quienes defendían la huelga general revolucionaria para tomar el poder, y quienes, al contrario, defendían el parlamentarismo burgués como la única y excluyente vía pacífica y gradual al socialismo. Si bien en aquellos momentos no se discutió exclusivamente sobre el imperialismo, sí empezaron a marcarse las posiciones que chocarían más adelante. La parte reformista representada por Kautsky sostenía que el imperialismo no era una necesidad socioeconómica ciega, objetivamente necesaria, que surgía de la esencia del capital para superar sus crisis mediante la sobreexplotación y guerras injustas, sino que era una salida parcial, limitada al momento, que podía ser revertida con acuerdos contra el desarme y a favor de convenciones internacionales que lo prohibieran. La parte revolucionaria representada por Rosa Luxemburg sostenía que al imperialismo solo se le podría vencer mediante la revolución socialista, la destrucción del ejército burgués, la creación del pueblo en armas, etc.

La importancia crítica del debate sobre la militarización imperialista se vio en 1911 al rozarse la guerra entre Francia y Alemania cuando el

barco alemán Panther —curiosamente el mismo nombre de un tanque nazi de 1943—, estuvo a punto de disparar contra otro barco francés en el puerto marroquí de Agadir. Una situación menos tensa se había producido en 1906, resuelta con cierta facilidad, pero la de 1911 rozó el estallido. Ambas potencias se enfrentaban por dominar áreas estratégicas a partir de las que penetrar en el Sahara y para el control el Mediterráneo Occidental. Aquella crisis azuzó el debate en la II Internacional porque se hizo evidente la proximidad de una guerra. La derecha y el reformismo de la II Internacional, representadas por Bernstein y Kautsky, insistieron en sus respectivas tesis, y la izquierda precisó aún más las suyas que, en el plano teórico, aparecieron publicadas en 1913 en el libro *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg cuyo subtítulo —suprimido en muchas ediciones— es *Una contribución a la explicación económica del imperialismo*. Las últimas páginas de este libro impresionan.

Hemos dicho arriba que el libro lleva la fecha de 1912, y es cierto, lo que ocurre es que la burocracia socialdemócrata presionó para que no se publicase porque su mensaje era inconciliable con el reformismo. Tras muchas gestiones, pudo editarse en 1913, justo un año antes de la Primera Guerra Mundial. Las respuestas reformistas fundamentales a Rosa Luxemburg fueron de dos austro-marxistas: Eckstein y Bauer, ambos partidarios de la guerra imperialista a favor de Austria-Hungría, aliada de Alemania. El primero murió en 1916 y el segundo en el exilio en 1938, mientras que Rosa fue torturada y asesinada por la alianza de sus excompañeros socialdemócratas y los *Freikorps* proto nazis en 1918, junto a miles de revolucionarios. Cuando Lenin escribió *El imperialismo...* en 1916, algunas de las tesis de Rosa estaban superadas por las nuevas realidades impuestas por la Primera Guerra Mundial. Tras su asesinato, Lenin la llamó «Águila» a pesar de haber tenido con ella nada menos que cinco grandes debates en menos de dos décadas.

Otro estudioso al que se leía mucho era Hilferding y su *El capital financiero* de 1910. Su autor fue asesinado por la Gestapo en 1941 en París. Su método de pensamiento apenas tenía en cuenta la dialéctica, ya que primaba «lo económico», el equilibrio y el desarrollo normal del capitalismo; su concepción política era socialdemócrata cercana a la de

Kautsky, priorizando como este el «análisis económico» sobre el resto de componentes de la totalidad marxista. Es a partir de Hilferding que se populariza el concepto de «capital financiero» como fusión del industrial y del bancario, algo que ya iba siendo adelantado por otros investigadores. Nada de esto fue obstáculo para que Lenin extrajera lo bueno de su obra, como también de la de Hobson y tantos otros, incluida Rosa Luxemburg con la que, sin embargo, mantenía interesantes debates.

Se dice que Lenin no aporta casi nada propio, original, en *El imperialismo fase superior del capitalismo* de 1916, lo cual es cierto, aunque a la vez totalmente erróneo. Desde el sentido común y desde la lógica formal es cierto, desde la lógica dialéctica y desde la teoría marxista del conocimiento, es erróneo. La insuperada aportación de Lenin a la comprensión del imperialismo fue, y sigue siendo, pese a los 109 años transcurridos, la visión de la totalidad concreta del imperialismo, movida por sus contradicciones internas que, a su vez, nos remiten a la ley del valor que es el motor del capitalismo.

Pero analizar el imperialismo como totalidad concreta exige verlo a su vez inserto en otras relaciones que aparentemente no tienen nada que ver con él, pero que; sin embargo, y desde esa perspectiva, se descubren sus conexiones internas. Una virtud de Lenin es la de pensar dialécticamente y el exigir que lo haga todo marxista. ¿Qué es pensar dialécticamente? Es penetrar hasta la unidad y lucha de contrarios que mueve la realidad, lo que exige un gran esfuerzo teórico basado en el estudio de la mayor cantidad posible de información sobre la realidad que queremos revolucionar. Sorprende la masa de información que Lenin con 25 años utilizó para escribir *El desarrollo del capitalismo en Rusia* en 1895-96, en el cual ya se habla de la rentabilidad obtenida mediante la dura explotación en las colonias, con lo que se abre el sendero hacia la teoría del imperialismo en la actualidad, no solo en 1916. También sorprende la cantidad de textos que sostiene su obra *Materialismo y empiriocriticismo* de 1909. ¿Y qué decir de los 148 libros, 232 artículos y 49 revistas especializadas rigurosamente estudiadas en poco tiempo para escribir *El imperialismo...* en 1916?

Pero hay que decir que esta última obra es parte, además de un tremendo esfuerzo de creatividad teórica en años cruciales —los que van de 1913 a 1917, es decir, en la Primera Guerra Mundial. Desde esta perspectiva, *El imperialismo...* es una parte más de las cuatro fundamentales bases que forman la totalidad concreta teórica que sostendrá la oleada revolucionaria internacional que ya se insinuó en 1916, siendo las otras tres expuestas aquí en su devenir histórico. Una, las luchas de liberación de los pueblos, reforzada desde 1913 y que en 1914 materializa en *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, que a su vez será enriquecido permanentemente hasta pocos días antes de su muerte en enero de 1924. Dos, el método dialéctico, lo que le llevó a bucear en decenas de libros sobre filosofía y ciencia, deteniéndose en la *Ciencia de la Lógica* de Hegel. Y tres, el fundamental problema del Estado y de la violencia, tema que llevó a Lenin a estudiar, entre otros, a Clausewitz y su *De la guerra*. Lenin intensificó sus estudios de la teoría de la guerra desde 1905 y desde 1914, lo que le permitió captar en la creciente inquietud de un sector de la oligarquía ya en marzo de 1915 de que la guerra podría terminar provocando un «caos revolucionario».

En julio de 1915, mientras Lenin estaba sumergido entre miles de páginas y un sinfín de debates, Bujarin publicaba *El imperialismo y la economía mundial*, que le aportó ideas importantes para su obra, saltando las diferencias que mantenían en otras cuestiones. Dos tesis de Bujarin ayudaron sobre todo a Lenin después de adaptarlas a su pensamiento: una era la tesis del *trust* capitalista de Estado, que expresaba la capacidad del Estado burgués para poner orden y centralizar la vida sociopolítica y económica —tesis que ayudaría a Lenin en sus estudios sobre *El Estado y la revolución*; y la otra, el problema de las relaciones entre, por un lado, la ciudad y la lucha obrera y por otro, el campo y la lucha campesina—, problema básico en la historia de las revoluciones anticapitalistas que sigue siendo actual en varios continentes. Esta segunda aportación también ayudó a Lenin en sus estudios sobre el Estado, la lucha de clases, los soviets de soldados, obreros y campesinos, etc.

Como vemos, Lenin llevaba a cabo un estudio totalizante del capitalismo, es decir, no dejó de analizar ninguna de sus contradicciones

fundamentales que entonces se expresaban en forma de una atroz guerra mundial: la opresión nacional, la quiebra de la lógica formal y la necesidad del método dialéctico; la irrupción más inhumana y salvaje del imperialismo —como, por ejemplo, el gas venenoso en las batallas—; y el papel del Estado como la forma político-militar del capital. Analizar el imperialismo como la forma total concreta en la que se presentaba el capitalismo, le permitió a Lenin estar muy por encima del nivel teórico del momento.

Esa superioridad le permite tener una más larga y profunda visión histórica con su correspondiente estrategia revolucionaria. Por ejemplo, aunque tomó y adaptó ideas de Bujarin; sin embargo, tenía sobre este una aplastante superioridad de visión histórica y, por tanto, de praxis revolucionaria, ya que para Lenin el imperialismo anunciaba que la sociedad capitalista había entrado en su fase declinante, ya no era un modo de producción progresista sino brutal y en decadencia, mientras que Bujarin insistía en la tendencia a la centralización y concentración del capital en grandes *trust* estatales lo que dejaba abierta la posibilidad de que el capitalismo se recuperara gracias a la omnipotencia del Estado burgués. En el fondo, lo que aparece aquí es el abismo que los separa en la comprensión y en empleo de la dialéctica, muy pobre y limitada en Bujarin como afirmó Lenin al final de sus días.

Llegados a este punto, debemos resumir lo esencial de *El imperialismo...*:

Primero. Los monopolios se han formado por la concentración del capital y de la producción, adquiriendo tanto poder que son decisivos en la vida económica con claras implicaciones políticas. Hemos visto que esta característica ya se venía teorizando desde comienzos del siglo XX, pero reafirmada en plena Primera Guerra Mundial mostraba toda su fuerza. Pero leamos directamente a Lenin refiriéndose a Alemania, «¡Menos de una centésima parte de las empresas consumen más de las tres cuartas partes de la cantidad total de energía eléctrica y mecánica! ¡Y las 2.970.000 pequeñas empresas (con menos de 5 trabajadores), que son el 91% del total, consumen solamente el 7% de dichas energías!

Unas decenas de miles de grandes empresas lo son todo; millones de pequeñas empresas no son nada».

Segundo. El nuevo papel de los bancos, se fusionan el capital bancario y el industrial, creando el capital financiero y su facción burguesa:

«A medida que las operaciones bancarias se van concentrando en un número reducido de entidades, los bancos dejan de ser los modestos intermediarios que eran antes y se convierten en monopolios poderosos que tienen a su disposición casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños hombres de negocios, así como la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de muchos países. Esta transformación de los numerosos intermediarios en un puñado de monopolistas es uno de los procesos fundamentales en la evolución del capitalismo al imperialismo capitalista. Por ello debemos examinar, en primer lugar, la concentración bancaria... [...] Los bancos pequeños van siendo desplazados por los grandes, nueve de los cuales concentran casi la mitad del total de depósitos. Y dejamos de lado algunos detalles importantes, por ejemplo, la transformación de numerosos bancos pequeños en simples sucursales de los grandes, etc., [...] el viejo capitalismo, el capitalismo de la libre competencia, con su regulador absolutamente indispensable, la bolsa, está pasando a la historia. En su lugar ha surgido un nuevo capitalismo, con los rasgos evidentes de algo transitorio, que representa una mezcla de libre competencia y monopolio. Se desprende una pregunta: ¿en qué desemboca el desarrollo del capitalismo moderno? Pero los estudiosos burgueses tienen miedo a hacérsela. [...] Así, pues, el siglo XX marca el punto de inflexión entre el viejo capitalismo y el nuevo, entre la dominación del capital en general y la dominación del capital financiero».

Tercero. Oligarquía financiera:

«Debemos señalar que los estudiosos burgueses alemanes —y no solo alemanes—, como Riesser, Schulze-Gaevernitz, Liefmann, etc., son todos unos apologistas del imperialismo y del capital financiero. En vez

de poner al descubierto los “mecanismos” de formación de una oligarquía, sus métodos, la cuantía de sus ingresos “lícitos e ilícitos”, sus relaciones con los parlamentos, etc., etc., los adornan y disimulan. Eluden las “cuestiones polémicas” mediante frases pomposas y vagas, apelaciones al “sentido de la responsabilidad” de los directores de los bancos, alabanzas al “sentido del deber” de los funcionarios... [...] Ninguna regla de control, de publicación de balances, de normas para los balances, de auditoría de las cuentas, etc., ninguna de esas cosas con que distraen al público los profesores y funcionarios bien intencionados —es decir, imbuidos de la buena intención de defender y embellecer el capitalismo— tiene la menor importancia, pues la propiedad privada es sagrada y a nadie se le puede prohibir comprar, vender, intercambiar o hipotecar acciones, etc. [...] El capital financiero, concentrado en muy pocas manos y ejerciendo un monopolio virtual, obtiene beneficios enormes y crecientes del lanzamiento de sociedades a bolsa, la emisión de valores, los préstamos al Estado, etc., fortalece el dominio de la oligarquía financiera y le cobra un tributo a toda la sociedad en provecho de los monopolistas».

Cuarto. La exportación de capital:

«Característico del viejo capitalismo, cuando la libre competencia dominaba, sin rival, era la exportación de bienes. Característico del capitalismo moderno, donde manda el monopolio, es la exportación de capital. [...] El capital financiero ha creado la época de los monopolios. Y los monopolios llevan siempre consigo los principios monopolistas: la utilización de las “relaciones” para las transacciones provechosas reemplaza a la competencia en el mercado abierto. Es muy corriente que entre las cláusulas del empréstito se imponga la inversión de una parte de este en la compra de productos al país acreedor, particularmente de armas, barcos, etc. [...] Los países exportadores de capital se han repartido el mundo entre ellos en sentido figurado. Pero el capital financiero ha llevado a cabo el reparto real del mundo».

Quinto. El reparto del mundo entre capitalistas y grandes potencias:

«Las asociaciones monopolistas de capitalistas (cárteles, consorcios, *trusts*) se reparten entre ellas, en primer lugar, el mercado doméstico, haciéndose de forma más o menos total con la producción del país. Pero, bajo el capitalismo, el mercado interior está ligado inevitablemente al exterior. Ya hace tiempo que el capitalismo creó un mercado mundial. Y a medida que se acrecentaba la exportación de capitales y que se expandían las “esferas de influencia” y las conexiones con el extranjero y las colonias de las grandes asociaciones monopolistas, el rumbo “natural” de las cosas ha conducido al acuerdo internacional entre estas, a la formación de cárteles internacionales. [...] Algunos escritores burgueses (a quienes ahora se les ha unido Kautsky, que ha traicionado completamente su postura marxista de, por ejemplo, 1909) han expresado la opinión de que los cárteles internacionales, siendo como son una de las expresiones más destacables de la internacionalización del capital, permiten abrigar la esperanza de una paz entre los pueblos bajo el capitalismo. Desde un punto de vista teórico, esta opinión es totalmente absurda, y desde un punto de vista práctico es sofista [...] El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter, y realmente somete, incluso a los Estados que disfrutaban de la más completa independencia política, como pronto veremos. Por supuesto, el capital financiero encuentra mucho más “conveniente” y ventajosa, una forma de dominación que implique la pérdida de la independencia política de los países y los pueblos sometidos. A este respecto, los países semicoloniales son un buen ejemplo de “fase intermedia”. Es natural, por tanto, que la lucha por esos países semidependientes haya llegado a ser particularmente cruda en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo ya está repartido».

4. ¿Para qué sirve hoy la teoría de Lenin sobre el imperialismo para entender el mundo? ¿Cómo ha cambiado el imperialismo desde Lenin hasta hoy?

Al final del Prólogo de julio de 1920 a las ediciones alemana y francesa, Lenin escribe: «Si no se comprenden las raíces económicas de

este fenómeno ni se aprecia su importancia política y social, es imposible dar ningún paso hacia el cumplimiento de las tareas prácticas del movimiento comunista y de la inminente revolución social. El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado a escala mundial desde 1917».

Aquí está la respuesta que Lenin da a la cuarta pregunta. El antiimperialismo leninista es la mejor y más plena forma de lucha contra el capitalismo porque, como veremos ahora mismo, ese antiimperialismo nos lleva directamente a la lucha contra la ley del valor y por el comunismo. Para 1920 Lenin ya había precisado en un debate con Bujarin en 1919 que la base del imperialismo es el capitalismo, que el imperialismo es una «superestructura» del capitalismo y que la ley de la competencia seguía determinando el «viejo capitalismo». Recordemos que la ley de la competencia nos remite a la ley del valor-trabajo, que, junto a otras leyes como la de la productividad, la de la plusvalía, etc., son fundamentales en el modo de producción capitalista. Esta reafirmación por Lenin de la importancia objetiva de las contradicciones y leyes tendenciales del capital —que son su esencia— es necesaria para contextualizar en el presente, lo que definió como países «semicoloniales» y «semidependientes» en el marco de 1916.

En 1916 el capital financiero se estaba imponiendo sobre el bancario y más aún sobre el capital mercantil, pero ahora son las muchas formas que adquiere el capital financiero, así como el desarrollo incontenible de la especulación de alto riesgo, de las masas inmensas de capital ficticio sin base material, de las formas de «limpiar dinero» proveniente, por ejemplo, de la «economía criminal» que, según informes de junio de 2025, supera más de 19 billones de dólares —más que el PIB de China Popular. El PIB estadounidense de 2024 era de poco más de 29 billones de dólares. La inmensa mayoría de esas sobre ganancias, sobre todo las «sucias», van a parar al imperialismo. La «economía criminal» también genera poder reaccionario, terror, crimen y sumisión, y es una mafia militar que refuerza al imperialismo y a la acumulación de capital —que es el punto crítico en el que insiste Lenin.

Más aún, los monopolios, los *trusts* y otras expresiones superiores del capital financiero han saltado ya a los *holdings*, a las alianzas más estrechas y poderosas de los antiguos *trusts* y monopolios gracias entre otras cosas al impacto de la desregulación y casi desaparición de los controles estatales al capital financiero, así como a las nuevas tecnologías informáticas que permiten mover masas inmensas de capital a tiempo real, saltándose y burlando la soberanía y controles fiscales de gran parte de los Estados. En la época de Lenin nada de esto era siquiera imaginable. No hace falta decir que la gran impunidad de los holdings y de las muchas formas de «negocios en gris» multiplica la explotación de las naciones y de los Estados, aunque muchos de ellos sean formalmente independientes.

Por tanto, el imperialismo ha de ser visto no solo en lo económico, como hacen la inmensa mayoría de estudiosos, sino a la vez en lo social y en lo político, es decir en y para todas las formas de la lucha de clases, también y sobre todo —en la mayoría de los casos— en y para las luchas de liberación antiimperialista. Más aún, desarrollando las indicaciones de Lenin, debemos estudiar el imperialismo como una totalidad concreta porque es una exigencia práctica del movimiento comunista y de la revolución social, dado que: «El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado». La historia le ha dado la razón, como veremos.

Un estudio político, social, económico y praxístico de *El imperialismo...* exige integrar en un todo militante, como mínimo, las luchas de liberación antiimperialistas, la lucha contra la metafísica y el idealismo burgués desde el método dialéctico, las luchas contra todas las brutalidades del imperialismo y contra su esencia explotadora, y las luchas implacables contra el Estado como forma político-militar del capital. Esta visión totalizante va integrando en sus estudios nuevas formas de explotación que viniendo de lejos —explotación patriarcal, racista, esclavismo en sus varias formas, explotación cultural y científica, etc.— se van intensificando e interrelacionando conforme aumentan las dificultades de acumulación del capital. El imperialismo actual ha sido reforzado y fortalecido, sobre todo en lo militar, para garantizar el orden explotador necesario para superar la crisis.

Desde esta perspectiva, las críticas que se hacen a *El imperialismo...*, centradas sobre todo en cuatro cuestiones que nos remiten a su supuesto olvido de la ley del valor, son parciales. Veámoslas:

Una, ahora la competencia está mucho más exacerbada y que, por tanto, los monopolios no tienen ya tanto poder. Al contrario: el poder de los monopolios se ha reforzado con el aún mayor de los *holdings*, poderes multifacéticos estrechamente relacionados con el Estado imperialista y los intereses de sus diversas empresas. La tendencia de fondo descrita por Lenin se confirma día a día en muchas cuestiones: la guerra arancelaria lanzada por EE. UU. es la más reciente. La negativa de Brasil a que Venezuela se integre en los BRICS es otra de ellos, porque están en juego múltiples niveles no solo económicos, sino también políticos, sociales, nacionales, culturales y, desde luego militares, los cuales irán aumentando su importancia.

Dos, el concepto de capital financiero es válido en parte porque hay muchas grandes empresas en las que la fusión entre su capital industrial y su capital bancario está poco desarrollada. Esta crítica es muy parcial y mecanicista, solo cuantitativa, porque no ve la cualidad del imperialismo y menos aún no ve que el capitalismo sigue existiendo por debajo del capital financiero —o que explica por qué hay empresas en las que el capital industrial aún no se ha fusionado con el bancario. Pero en realidad, la razón de Lenin y de la teoría general marxista sobre el imperialismo, con sus matices y diferencias obvias, está siendo confirmada en 2025 con el proyecto de Amazon, Apple, Walmart, PayPal y otras megacorporaciones que quieren crear sus propias criptomonedas para multiplicar sus ganancias construyendo algo parecido a un «monopolio político-financiero» que encadene a los clientes. Estas megacorporaciones llegarán así a ser más poderosas en todos los sentidos que muchos Estados empobrecidos con PIB muy inferiores al de estos gigantes.

Tres, ahora la exportación de capitales sigue teniendo importancia, pero está aumentando mucho la inversión extranjera para crear industrias en el país afectado. Esta crítica también es parcialmente cierta, es cuantitativa como la anterior, pero yerra en la visión cualitativa

del imperialismo como parte supeditada a la ley del valor que mueve al capitalismo. Es esta ley, aceptada por Lenin como base del imperialismo, la que explica por qué después de 1916 la burguesía occidental empezó a invertir en crear industrias para aumentar la transferencia del valor utilizando su fuerza político-militar y cultural para asegurar la obediencia y pasividad de esos países ante la sobreexplotación multiplicada por la creación de industrias extranjeras. Es la ley de la competencia, expresión de la ley del valor, la que lleva al imperialismo a crear industrias en el llamado Tercer Mundo. Además, crear industrias era y es una decisión político-militar para desactivar las luchas antiimperialistas y el avance socialista, creando un colchón colaboracionista con el imperialismo interesado en mantener sus sueldos superiores a la media muy baja existente en su país empobrecido.

Y *cuatro*, no ha vuelto a haber grandes guerras entre potencias imperialistas para repartirse el mundo, aunque sí hay cada vez más «guerras menores». Esta crítica olvida el cambio total que se produjo en el capitalismo —que no solo en el imperialismo— con la victoria de la revolución bolchevique en 1917 y todas las luchas posteriores. Este cambio absoluto en lo político-militar y sociocultural para derrotar al comunismo es la causa de que desde 1949, con la creación de la bomba atómica por la URSS, no estallaran más guerras mundiales «clásicas» pero proliferan «guerras menores» de un salvajismo imperialista atroz. La bomba nuclear soviética ha impedido guerras nucleares unilaterales, lanzadas solo por EE. UU. y sus aliados contra pueblos casi indefensos. Pero la implosión de la URSS y el agravamiento extremo de la crisis capitalista desde 2007 en adelante, han puesto a la orden el salto de lo posible a lo probable de una nueva guerra mundial que para muchos pueblos ya ha empezado.

Pero hay otra crítica a la totalidad de la teoría general marxista del imperialismo y específicamente a la de Lenin, que sostiene que tanto los conceptos de ley del valor como de imperialismo ya no sirven para comprender el capitalismo del siglo XXI porque han surgido semipotencias y hasta potencias que también se han hecho imperialistas como Rusia, Brasil, China Popular, India, etc., es decir, el núcleo de los

BRICS serían imperialistas que obtienen ganancias explotando a otros países y, por tanto, las guerras que «Occidente» lleva tiempo lanzando contra estos y otros países, serían «guerras interimperialistas».

Aquí lo que se niega directamente no es solo el imperialismo, sino la esencia misma del modo de producción capitalista, que es la teoría del valor —con lo que entramos en un debate decisivo. Por ejemplo, las diferencias dentro de los BRICS se plasman en sus diversas y hasta contradictorias alianzas geopolíticas a favor o en contra del imperialismo, pero esas opciones solo reflejan el dominio estratégico de la clase social que tiene el poder en esos países, lo que nos lleva a su postura con respecto a la ley del valor: unos la combaten con mayor o menor intensidad como son los pueblos que intentan el tránsito al socialismo según sus condiciones; otros la intentan controlar con políticas sociales que frenan y/o revierten la tendencia innata del capital a endurecer la explotación obrera, y los hay quienes le impulsan descaradamente para fortalecer a sus burguesías. En lo que sigue, iremos analizando en concreto estas diferencias, oposiciones y contradicciones que pueden hacer estallar a los BRICS.

Muchas son las pruebas de la validación histórica del antiimperialismo leninista. Para no alargar esta respuesta, vamos a citar una sola de ellas: las «cadenas de oro» de la deuda contraída con el imperialismo. Grandes imperios como el zarista y el otomano, por ejemplo, estallaron a inicios del siglo XX porque, entre otras cosas, no podían pagar las deudas que los asfixiaban, llevándolos a una política de sobreexplotación salvaje interna y de las naciones que ocupaban. La revolución bolchevique de 1917 rompió la «soga de oro» negándose a pagar la deuda y publicando las aberrantes cesiones burguesas para conseguir más empréstitos, entre ellas la de seguir participando en la guerra mundial. La guerra de liberación turca contra las potencias europeas que habían ocupado Constantinopla en 1920 buscaba crear una República, democratizar el país y renegociar de forma ventajosa el pago de la deuda que ahogaba al país, pero no quería destruir el capitalismo.

Ahora, la deuda es una de las más poderosas y efectivas armas para sobreexplotar a los pueblos que tiene el imperialismo, arma con muchos filos —FMI, BM, OMC, leyes especiales contra la deuda, sanciones, amenazas y ataques político-militares en forma de «golpes blandos», parlamentarios, judiciales y hasta militares cuando es necesario. En esta enrevesada red de araña tejida por el capitalismo, existen también otras armas del imperialismo como las que justifican el robo a Rusia de 300.000 mil millones de dólares, los más de 1.000 millones de dólares en oro robados a Venezuela y un largo etc.

En la actualidad, se están multiplicando las presiones imperialistas para que los países empobrecidos paguen las deudas que han contraído sus burguesías corruptas porque el agravamiento de la crisis genético-estructural desde 2007 en adelante, más el aumento irracional de los gastos militares para preparar el estallido definitivo de la Tercera Guerra Mundial, obliga al capital a estrechar al máximo la cuerda del ahorcado. En los años 70 el imperialismo se comprometió a dedicar el 0,7% de su PIB a la «ayuda al desarrollo», hoy casi nadie la cumple. En 2023, los países empobrecidos pagaron 25.000 millones de dólares más por sus obligaciones financieras que lo recibido por nuevos préstamos, o sea más endeudados que en 2022. En 2024 han pagado al imperialismo 921.000 millones de dólares.

En este mismo año, las grandes potencias —EE. UU., Gran Bretaña, Estado francés y Alemania, fundamentalmente— redujeron las «ayudas al desarrollo» en más de un 7% con respecto a 2023, mientras que el gasto militar se incrementó en un 2,5%, más de 12 veces el gasto de la «ayuda al desarrollo». EE. UU. es la potencia que más ha recortado esta «ayuda» y la que más aumenta el despilfarro en la industria de la matanza humana. África es el continente más estrujado, vampirización que aumenta al disminuir las «ayudas» que recibe: en 2013 percibió el 38% de las «ayudas» mundiales, desplomándose al 27% en 2023. Para este 2025 se prevé que la «ayuda» baje entre un 9% y un 17% a nivel mundial, mientras que ya son 45 países que tienen que pagar más en la devolución de la deuda que en la sanidad de sus pueblos.

Semejante inhumanidad inherente al desenvolvimiento de la ley del valor y a la tarea que tiene el imperialismo para —entre otras cosas, obligar a cualquier precio, el que sea, a que devuelvan las deudas de sus corruptas burguesías— solo se comprende desde la teoría leninista del imperialismo y solo puede ser destruida mediante el antiimperialismo leninista, aquel que se negó a pagar la deuda zarista y burguesa en 1917 —valerosa decisión humana que fue una de las excusas para que en 1918 invadieran la URSS 14 ejércitos imperialistas.

5. ¿Cómo conecta la lucha de clases con el antiimperialismo en el marxismo? ¿Qué aportaron los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo a la lucha antiimperialista? ¿Cómo cambió la teoría del antiimperialismo después de la descolonización de África y Asia? ¿Qué papel tuvo el Komintern en armar una teoría antiimperialista mundial?

La conexión entre antiimperialismo y lucha de clases es interna al marxismo —es decir, es una unidad en sí misma que a su vez está dentro de la totalidad revolucionaria. Dado que la lucha de clases gira en esencia alrededor de la destrucción de la propiedad burguesa y de la plusvalía, por eso mismo favorece objetivamente a la lucha antiimperialista— y viceversa: la emancipación de los pueblos oprimidos es un acicate material a la lucha de clases en las sociedades capitalistas. Dionisio Inca Yupanqui, representante de naciones originarias en las cortes de Cádiz de 1811, afirmó que un pueblo que oprime a otro pueblo nunca será libre.

Dionisio no podía ser marxista porque en aquel capitalismo mercantil aún no existían las condiciones objetivas para el surgimiento de la teoría comunista, pero su experiencia vital le había enseñado una verdad que el marxismo asumiría como propia al decir que la independencia de Irlanda era el primer requisito para la revolución en Inglaterra. Luego, la teoría leninista del derecho a la autodeterminación de los pueblos —incluido el de la independencia— daría un paso más al rechazar radicalmente la tontería reaccionaria de un sector amplio de la II

Internacional sobre el «colonialismo bueno», con lo que actualizaba las ideas de Inca Yupanqui ya en el contexto imperialista.

Las luchas antiimperialistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial minaban desde dentro la euforia del desarrollismo de 1945-75, siendo uno de los motores de la crisis socioeconómica profunda y duradera que con altibajos y formas diferentes se ha agravado desde 2007. La victoria de Vietnam sobre el imperialismo demostró cómo una larga guerra de liberación azuza y lleva al extremo las contradicciones capitalistas, intensificando la lucha de clases en su interior y agravando la crisis socioeconómica.

La razón de esa dialéctica es muy simple: Marx insistió en que la lucha obrera y popular —específicamente la lucha sindical— debía orientarse hacia la destrucción del sistema salarial, es decir, la destrucción de la ley del valor. Hemos recurrido a la función histórica de la lucha sindical contra la esencia del capital, porque recorre toda la lucha de clases, sea dentro de los Estados enriquecidos como en los pueblos explotados por el imperialismo. Hemos hablado arriba de África, el continente más sacrificado en el altar del dios dólar, que desde verano de 2024 nos alegra la vida con una tendencia al alza de las luchas contra cualquier forma de opresión y dominación.

La lucha de clases a la que se refería Marx también se libra en el interior de África, por seguir con este ejemplo. Sus pueblos han entendido que deben crear un panafricanismo que multiplique su fuerza antiimperialista, pero de la misma forma en que en Europa y todas partes, el bloque burgués se enfrenta al bloque revolucionario —también en el panafricanismo existe la unidad y lucha de contrarios. Iniciadas las guerras de liberación, las burguesías de los pueblos oprimidos que proponían y proponen simples reformas que atenúan la opresión, pero no acaban con ella, más temprano que tarde optan por el imperialismo excepto muy honrosas excepciones individuales, porque su propia existencia como clase explotadora depende de la continuidad del capitalismo mundial.

Esta experiencia antiimperialista recurrente confirma lo esencial de la lucha de clases en el capitalismo, pero a la vez aporta lecciones muy válidas que surgen de la historia no occidental de estos pueblos. Las palabras de Dionisio Inca en 1811 eran la síntesis de la experiencia de lucha de las naciones andinas que iba más allá de Tupac Amaru de 1781 para engarzar muy probablemente con la resistencia mapuche a incas y españoles, sin olvidar las rebeliones desde 1492. Nuestramérica no es una excepción. El pueblo amazig del norte de África resistió y resiste la invasión árabe desde la segunda mitad del siglo VII, en defensa de sus normas sociales comunales, en la que destacó la reina guerrera Dahia. En 1830, el pueblo argelino se levantó como un resorte contra la invasión francesa hasta recuperar su independencia en 1962. La lista es casi inagotable.

Una cosa que une más o menos al grueso de ellas es la lucha por la defensa de los restos de la propiedad comunal en sus diversas formas, y/o por la defensa de sus normas sociales que de algún modo mantenían niveles de reciprocidad y ayuda mutua. El colonialismo y el imperialismo llevaron una explotación más dura, la enfermedad y el hambre, así como la expropiación forzada —muy violenta en la mayoría de los casos— de sus tierras, rebaños y recursos naturales. Los invasores occidentales buscaban el apoyo de caciques, grandes familias, castas y élites enriquecidas, y de las clases propietarias cuando ya existían.

En uno de sus primeros textos, Marx salió en defensa del derecho consuetudinario que reconocía la legitimidad del campesinado para usar colectivamente los bienes comunales según normas sociales justas — todo lo cual era inconciliable con el derecho burgués a su propiedad privada. Las aportaciones de las luchas antiimperialistas en el plano teórico y político se basan en la defensa de lo comunal, además de otras aportaciones que iremos viendo. Célebres utopías anteriores al socialismo utópico se basaron en la lectura acrítica e idealizada de las formas sociales de cooperación y en el mito del «buen salvaje» de pueblos de Nuestramérica. Pero Occidente las abandonó cuando vio que ese mito ocultaba la realidad dura de resistencias armadas tenaces, de desobediencia pasiva, de rebeliones sangrientas. El racismo anuló al

«buen salvaje» convirtiéndolo en un criminal enemigo de la civilización al que había que exterminar.

Sin embargo, las feroces críticas al colonialismo de Marx y Engels desde 1851 hasta su muerte, de las que hemos hablado, más el desarrollo teórico general, los llevaron al estudio del papel de los pueblos precapitalistas en, al menos, cinco cuestiones decisivas:

Una, mostrar realidades sociales nuevas que destrozaban la dogmática occidental y que aún estaban incrustadas en todas las visiones de izquierda, también en el marxismo. La impresionante participación de masas y clases indígenas, campesinas, artesanales y hasta de algunos sectores de la pequeña burguesía en las luchas de liberación —con la destacada participación de mujeres— demostraba que los debates europeos sobre las relaciones entre el campesinado y el proletariado aún no habían llegado al núcleo. Desde entonces, el concepto de clase trabajadora mundial se está enriqueciendo día a día, al integrar en su seno a millones de mujeres, pueblos originarios, artesanos y hasta franjas de antigua pequeña burguesía arruinada, proletarizada.

Dos, descubrir el impacto negativo o positivo de las luchas anticoloniales sobre la lucha de clases en el centro colonial e imperialista. Relativamente pronto, Marx y Engels comprendieron que el colonialismo, además de las sobre ganancias, también idiotizaba a sus clases explotadas al darles una muy pequeña parte del botín, atándolas material y moralmente al capital y a sus ejércitos públicos o privados, esquirols, rompeshuelgas, bonapartistas, fascistas, mafiosos, criminales... y sobre todo «votantes democráticos». Pero a la vez comprendieron que las luchas anticoloniales facilitaban la radicalización obrera si la izquierda les explicaba cómo debilitaban a los explotadores burgueses, y que, por tanto, era imprescindible apoyarlas mediante el internacionalismo que debía superar las fronteras europeas para expandirse por el mundo.

Tres, uno de los debates que todo ello provocaba trataba sobre la posibilidad de que estos pueblos se librasen de los horrores capitalistas, dando un «salto al socialismo» acelerando también la revolución en

Occidente. El debate se intensificó con la experiencia de la comuna campesina rusa al final del siglo XIX y desde entonces no ha parado de crecer. La verdad es que se trata de un problema múltiple porque afecta a las formas básicas de las resistencias populares, desde la solidaridad cotidiana en la ayuda mutua, hasta la autoorganización popular y obrera, sindical, política e incluso parlamentaria en determinadas condiciones, para mantener o conquistar derechos colectivos que tienen una relación con los antiguos bienes comunales y con el derecho consuetudinario.

Cuatro, analizar los efectos de todo ello en y para la elaboración teórico-política del socialismo y del internacionalismo, no solo a escala eurocéntrica sino fundamentalmente planetaria. A escala eurocéntrica, las lecciones que se extraían y extraen del mal llamado Sur Global siguen chocando con muchas resistencias, frecuentemente insuperables, porque la progresía y el reformismo tienen una mezcla de rechazo psicológico y hasta racista, a la vez que lúcidamente egoísta por las poltronas de todo tipo que les garantizan una vida cómoda. Pero la brutalidad imparable del imperialismo hizo que, desde los 70, izquierdas eurocéntricas —generalmente pequeñas— integrasen en su militancia las lecciones aportadas por el antiimperialismo. Sin embargo, el debilitamiento cuando no la extinción de muchos de esos pequeños grupos, unido a otros factores, hizo que entre finales del siglo XX y comienzos del XXI cayera en picado el aprendizaje de esas lecciones en el llamado Occidente. Aun así, las contradicciones actuales no solo han reactualizado aquellas lecciones, sino que aportan nuevas y muy actuales lecciones.

Y *cinco*, después de lo visto era inevitable que tal explosión de novedades empíricas era inevitable que enriqueciera el materialismo histórico superando el mecanicismo lineal y determinista de la sucesión obligada de modos de producción —lo que condenaría a los pueblos a sufrir los horrores del capitalismo occidental. Todas las luchas de liberación antiimperialistas se han guiado desde entonces por esa posibilidad tan difícil de imaginar a finales del siglo XIX, pero cada vez más factible desde 1917, la primera revolución triunfante, la bolchevique. «Ahorrarse el infierno capitalista» que está a punto de llevar a la

humanidad a la sexta extinción es imposible sin dar un «salto histórico al socialismo».

Las luchas de liberación nacional de Asia y África confirman en líneas generales la valía de los cinco puntos arriba enunciados brevemente, también confirman la valía de la defensa marxista del derecho consuetudinario, aunque los pueblos no europeos no utilizaran ese término, sino que lo practicaban en su esencia social dándole diferentes nombres.

La III Internacional o Internacional Comunista —*Komintern*— se fundó en 1919 para acelerar el «salto histórico» en un contexto absolutamente nuevo en la historia capitalista: una oleada revolucionaria que se propagaba por las sociedades capitalistas y que cogía rápidamente fuerza en los países colonizados y aplastados por el imperialismo. Desde su misma fundación, la *Komintern* prestó cada día más atención a los crímenes imperialistas. Queremos ejemplificar esa práctica con tres ejemplos hasta mayo de 1943, momento de su disolución.

El primero es la decisiva —y por ello ocultada— reunión de Bakú organizada por la III Internacional en septiembre de 1920 entre bolcheviques y musulmanes de Turquía, Kurdistan, Armenia, Persia, India, China, Palestina..., con alrededor de 2850 delegados. El imperialismo británico hizo lo imposible para abortar la reunión internacional, atacando a cuantos delegados pasaran por los territorios ocupados por Londres, o cercanos a ellos. En un ambiente de plena libertad de expresión y con traducción simultánea, se debatieron las relaciones entre el islam y el marxismo, la emancipación de la mujer y la *hiyad* o velo, la ocupación sionista, la justicia social según el Corán y el socialismo, la opresión nacional y colonial, etc. Hay que decir que en ese 1920 Lenin ordenó devolver a las mezquitas todos los objetos de culto musulmán saqueados durante siglos por el zarismo, así como otros bienes, terrenos, casas, etc.

El segundo hace referencia al avance de la III Internacional en subcontinente indio y Asia Oriental, países que comprenden al instante

que la revolución bolchevique es un «atajo» que puede permitirles un «salto histórico». En India, y gracias a la efectividad práctica y teórica de militantes como M. N. Roy, nacionalista radical, defensor de la lucha armada antibritánica, exilado desde 1916 en EE. UU. y México donde ayudó a fundar el Partido Comunista Mexicano (PCM), y donde conoció a dirigentes de la Internacional Comunista como Borodin. Presente en el Congreso de 1920, debatió ampliamente con Lenin sobre la opresión nacional y fue encargado para la organización del comunismo en la India, país inmenso y complejo al máximo en el que los comunistas sufrirán momentos de ilegalización. En China y en Mongolia, sobre todo, la III Internacional tuvo que superar no sin tensiones las tesis sobre las clases sociales basadas en el capitalismo europeo, hasta comprender que en aquellas sociedades el campesinado era el grueso de la fuerza revolucionaria.

El tercero y último ejemplo cogió fuerza justo después de la Segunda Guerra Mundial, pero gracias a la tarea previa realizada por la III Internacional al trabajar en la formación de varios miles de cuadros en África, que vieron en sus luchas cómo el socialismo creado en Europa tenía semejanzas de fondo con ideales de justicia de la cultura africana. La propiedad colectiva de la tierra era la forma dominante de propiedad existente en África antes de las invasiones europeas. Las tradiciones culturales y los mitos de los orígenes eran en su gran parte igualitaristas, aunque también existían formas jerarquizadas, gerontocráticas y de prestigio ganado con la edad. Si a esto unimos la gran autonomía real de las mujeres africanas, podemos comprender por qué prendía y prende fácilmente el «socialismo africano» entre las masas explotadas cuando Senghor, Día, Nkrumah, Nyerere, Amílcar Cabral, Sekou Touré, Lumumba, Sankara, Traoré y muchos más, lo explicaban y lo practican atendiendo a las condiciones sociohistóricas.

Por razones de espacio, dejamos al lado la tarea de la III Internacional en Nuestramérica y también su papel en el capitalismo imperialista.

6. ¿Cómo conecta Fanon la violencia con la teoría revolucionaria del antiimperialismo? ¿Qué vínculo hay entre lucha cultural y antiimperialismo en autores como Ngũgĩ wa Thiong'o?

Para responder con rapidez a la pregunta sobre la visión de Fanon de la violencia antiimperialista hemos escogido cuatro citas breves de *Los condenados de la Tierra*, su obra fundamental:

Una: «Cada estatua, la de Faidherbe o Lyautey, la de Bugeaud o la del sargento Blandan, todos estos conquistadores encaramados sobre el suelo colonial no dejan de significar una y la misma cosa: “Estamos aquí por la fuerza de las bayonetas...”». Fanon dice mucho con pocas palabras. El arte imperialista existe, no es arte a secas, neutral, sino arte atroz que ensalza a asesinos en masa franceses para que el pueblo invadido termine admirando al invasor. Además, es el empleo del urbanismo como arma de intimidación y de orden vigilado no solo por las fuerzas invasoras, sino por el terror simbólico concentrado en sus estatuas. Pero lo decisivo aparece en esta frase: «Estamos aquí por la fuerza de las bayonetas...».

Dos: «El desarrollo de la violencia en el seno del pueblo colonizado será proporcional a la violencia ejercida por el régimen colonial impugnado». Fanon nos recuerda aquí uno de los principios de la teoría marxista de la violencia: la dialéctica entre fines y medios. El capital, el imperialismo, la OTAN... aplican la máxima violencia injusta contra cualquier lucha justa para imponer tal terror que nadie más vuelva a desear la libertad. El pueblo mide su violencia defensiva con valores antagónicos a los del invasor: la violencia justa busca expulsarle y a la vez aumentar la conciencia popular, por lo que ha de rechazar todo exceso, toda arbitrariedad, midiendo la dosis justa e imprescindible, hablando claro y pedagógicamente al pueblo, sin mentirle nunca. Verdad y violencia revolucionaria forman una unidad.

Tres: «Para el pueblo colonizado, esta violencia, como constituye su única labor, reviste caracteres positivos, formativos. Esta praxis violenta es totalizadora, puesto que cada uno se convierte en un eslabón violento

de la gran cadena, del gran organismo violento surgido como reacción a la violencia primaria del colonialista. Los grupos se reconocen entre sí y la nación futura ya es indivisible. La lucha armada moviliza al pueblo, es decir, lo lanza en una misma dirección, en un sentido único».

La «violencia primaria del colonialismo» hace que, en respuesta defensiva, el pueblo se organice y se centralice para expulsar al imperialismo. No se puede vencer al ocupante con una guerra a medias, una semi-guerra, sino que sólo es posible lograrlo con la guerra total, con la «praxis violenta totalizante» en cuyo decurso el pueblo se autoconstruye, se crea a sí mismo caminando «en un sentido único». Pero es una creación que se realiza con novedades cualitativas, ya que la guerra de liberación genera por ella misma realidades antes desconocidas, crea y potencia sentimientos de solidaridad imbricada en el «sentido único» de la liberación nacional y de clase.

Cuatro: «La violencia desintoxica. Libera al colonizado de su complejo de inferioridad, de sus actitudes contemplativas o desesperadas. Lo hace intrépido, lo rehabilita ante sus propios ojos. Aunque la lucha armada haya sido simbólica y aunque se haya desmovilizado por una rápida descolonización, el pueblo tiene tiempo de convencerse de que la liberación ha sido labor de todos y de cada uno de ellos, que el dirigente no tiene mérito especial. La violencia eleva al pueblo a la altura del dirigente. De ahí esa especie de reticencia agresiva hacia la maquinaria protocolar que los jóvenes gobiernos se apresuran a instalar».

El pueblo está intoxicado, dopado, por el mito de la superioridad absoluta del colonizador. Ni siquiera puede imaginar otra vida que no sea la impuesta por el amo, al que agradece sus desvelos por él lo mismo que el yonqui se lo agradece al traficante, del que depende. Lo que se llama «pasar el mono», desintoxicarse, siempre exige sacrificio y mucha determinación material y simbólica, subjetiva. Es la dialéctica de la totalidad revolucionaria que se yergue contra la totalidad contrarrevolucionaria. Nada puede existir fuera de esa unidad y lucha de contrarios. La independización del traficante, la ruptura con el colonialismo, confirma al pueblo que él es el propietario de sí mismo, que debe construir su futuro contando con sus recursos y con la ayuda

antiimperialista de otros pueblos y clases trabajadoras. Él se dirige a sí mismo.

Sin mayores precisiones ahora, Fanon escribió estas ideas en 1961, en la tercera oleada de guerras de liberación. La primera fue la de la emancipación de las colonias americanas desde finales del siglo XVIII. La segunda fue la de la violencia defensiva contra la invasión colonial de África y Asia en el siglo XIX. La tercera empezó con la revolución china y es en la que se inscribe Fanon que sintetiza teóricamente las experiencias desde las primeras resistencias al colonialismo portugués y español desde la segunda mitad del siglo XV. Pero la pertinencia de Fanon se vuelve a confirmar en la cuarta fase actual, iniciada desde finales del siglo XX y que, no sin problemas por la salvaje oposición del imperialismo, avanza con modalidades y contenidos nuevos —como es lógico— que no anulan, sino que enriquecen sus aportaciones a la teoría marxista de la violencia, como se aprecia por ejemplo en su querida África.

La muerte de Ngũgĩ wa Thiong’o a finales de mayo de 2025 vuelve a actualizar a Fanon sobre todo en lo que debemos llamar «guerra de liberación cultural» que, dicho de manera más sintética, formaría parte de lo que Fanon ha definido más arriba como «lucha armada simbólica». Para muchos de nosotros, el autor tiene dos obras especialmente importantes: una es *Descolonizar la mente*, de 1986, y en lengua castellana en 2015, y la otra es *Desplazar el centro*, de 1993, editada en castellano en 2017. Debemos empezar por la primera obra, *Descolonizar la mente*, intentando resumirla en cuatro párrafos.

Uno: «En los siglos XVIII y XIX Europa robó innumerables tesoros artísticos africanos para decorar sus casas y museos. En el siglo XX Europa está robando los tesoros de la mente para enriquecer sus lenguas y sus culturas. África necesita recuperar el control de su economía, su política, su cultura, sus lenguas y a todos sus escritores patrióticos».

Hace bien Ngũgĩ en referenciarnos el siglo XVIII como el momento a partir del cual se generalizó el saqueo cultural, porque es el siglo en el que la burguesía europea toma conciencia del poder explotador que

tiene y decide adornar su vida cotidiana con «cosas exóticas». En el siglo XVII el arte barroco apenas era apto para adornar la casa de la nueva burguesía colonialista holandesa e inglesa, y el neoclásico sí permitía algunas más facilidades en ese sentido. Los ricos comerciantes querían mostrar su nuevo estatus en sus casas y centros de reunión y la posesión de arte africano, indio, persa, chino, americano..., mostraba además poder económico-militar y exuberancia estética. Desde el siglo XX el robo abarca a la mente, a la «fuga de cerebros», porque para superar las crecientes dificultades de acumulación de capital es imprescindible aumentar el capital constante, la tecnociencia, lo que exige descalificar la mente colonizada para reducirla a fuerza productiva.

Dos: «La tradición imperialista en África la mantienen hoy en día la burguesía internacional usando las multinacionales y, por supuesto, las clases dirigentes nativas, ondeando las banderas nacionales. La dependencia económica y política de esta burguesía neocolonial africana se refleja en su cultura de imitación y de repetición, que impone a una población adormecida con botas policiales, alambre de espinos y unos estamentos clerical y judicial complacientes. Extienden sus ideas a través de un grupo de intelectuales estatales, los académicos y los periodistas laureados del *establishment* neocolonial».

La cultura de la repetición e imitación es cultura muerta porque no puede ser crítica ni creativa, ya que asume y reproduce las cadenas económicas que le atan al imperialismo, asume los muros que le impiden ver el horizonte más allá de los dogmas introyectados en la mente colonizada y en especial refuerza la lógica de la explotación, de la propiedad privada. La cultura africana tiene sus raíces en la gran extensión de bienes comunales, como hemos dicho. Su expropiación y privatización mediante invasiones occidentales ha ido reforzada con carácter de necesidad por la destrucción paulatina de la cultura comunal y la imposición primero de la cultura extranjera de la obediencia a la propiedad imperialista y segundo, de la cultura colaboracionista y servil con el invasor. Las sectas cristianas y la justicia occidental impuesta en África juegan su papel en todo ello.

Tres: «La tradición de resistencia la mantienen los trabajadores (los campesinos y el proletariado urbano), con la ayuda de los estudiantes patriotas, los intelectuales (sean o no académicos), los soldados y otros elementos progresistas de las clases medias menos privilegiadas. La resistencia se refleja en su defensa patriótica de los orígenes campesinos y proletarios de las culturas nacionales, en su defensa de la lucha democrática de todas las nacionalidades que habitan un mismo territorio».

Ngũgĩ reactiva aquí el clásico debate sobre el sujeto revolucionario en las sociedades en las que la industrialización no ha cuajado aún y en las que el componente mayoritario es el descrito por él. Ya hemos hablado de este debate arriba, pero lo que nos interesa ahora es la participación de este sujeto colectivo en la «guerra cultural» y en el desarrollo de la cultura popular que recupera las tradiciones comunales, recreándolas como decisivas armas de liberación antiimperialista. El patriotismo que aquí se presenta es el que recorre a las naciones trabajadoras que, asumiendo sus diferencias lógicas, se enfrentan con y por los mismos objetivos históricos a sus burguesías colaboracionistas.

Cuatro: «El arma más peligrosa que blande y, de hecho, utiliza cada día el imperialismo contra ese desafío colectivo es la bomba de la cultura. El efecto de una bomba cultural es aniquilar la creencia de un pueblo en sus nombres, en sus lenguas, en su entorno natural, en su tradición de lucha, en su unidad, en sus capacidades y, en último término, en sí mismos. Les hace ver su pasado como una tierra baldía, carente de logros, y les hace querer distanciarse de esta. Les hace querer identificarse con aquello que les resulta más lejano, por ejemplo, con las lenguas de otros pueblos en lugar de las suyas propias. Les hace identificarse con lo que es decadente y reaccionario, todas las fuerzas que ahogarían de buena gana las fuentes de su vida. Incluso plantea dudas profundas sobre la legitimidad moral de la lucha».

A la potencia ocupante le urge destruir la identidad de la nación trabajadora, sobre todo su memoria, tradición y moral de lucha, la que siempre le recuerda que fue libre en el pasado y que si quiere volver a serlo deba luchar contra la «bomba cultural» imperialista. Ngũgĩ no podía

decirlo más directamente: la «bomba cultural» busca aniquilar los nombres, las lenguas, las identificaciones con el entorno natural construidas durante siglos al amparo de la producción y reparto comunal. Arrasamiento de la personalidad colectiva para imponer lenguas, nombres, normas y referentes del invasor —traídos de muy lejos y que solo pueden crecer mediante la violencia material y simbólica necesaria para sembrar la sumisión obediente al amo extranjero en el desierto mental de la primera infancia.

En 1993 Ngũgĩ escribe *Desplazar el centro*, en la que habla de la «jaula lingüística» que oprime a la lengua y cultura africana para mostrar la terrible e insoportable realidad que le llevó a tomar conciencia de que su novela *Un grano de trigo*, de la mitad de la década de los 60, podría ser leída solo por un 5% de la población y eso con un poco de suerte. Escribe: «Los escritores formaban parte de la élite educada, y no había forma de que pudieran escapar de estas contradicciones. Casi todos, por ejemplo, optaron por lenguas europeas como forma de expresión para su creatividad. El inglés, el francés y el portugués se convirtieron en las lenguas de la nueva literatura africana. Pero estas lenguas solo las hablaba el 5% de la población».

Debemos tener en cuenta que la educación, la sanidad, la administración, etc. básicas, cuando las había, se sustentaban en lenguas extranjeras dominadas por el 5%, lo que frenaba o impedía que los pueblos aprendiesen y creasen ellos mismos esos medios decisivos si previamente no habían interiorizado la lengua y cultural ocupante. El problema se agravaba cuando analizamos el funcionamiento de las fuerzas represivas nativas —colaboracionistas armados que defendían al amo masacrando a su propia familia si hiciera falta. Gran Bretaña, Portugal y Francia, y en menor medida Alemania, Bélgica e Italia, llevaron a la muerte a decenas de miles de africanos, asesinándose entre sí en la Primera y Segunda Guerras Mundiales en defensa de los imperialismos que los saqueaban. Apenas podemos hacernos una idea de cómo este exterminio de personas jóvenes ha retrasado durante generaciones la toma de conciencia panafricanista.

Todos los movimientos de liberación han comprendido la importancia crítica de la alfabetización de sus pueblos en sus lenguas y culturas como avance simultáneo en su autoorganización como fuerza revolucionaria que lucha por la independencia contra el imperialismo. La alfabetización iba y va unida no solo a la autoorganización sino a la vez a la preparación teórica, política y ética de cara a crear contrapoderes allí donde sea posible, defenderlos y ampliándolos, conectándolos en red. Los contrapoderes, como veremos, cumplen una tarea muy pedagógica y acumulativa, pero su alcance es muy limitado e incierto porque siempre son objeto de la represión. Son imprescindibles pero insuficientes.

Ngũgĩ da una razón incuestionable de la necesidad de la preparación administrativa, ética y técnica —pero sobre todo con un muy sólido objetivo revolucionario orientado a la toma del poder, realizada siempre durante la lucha de liberación:

«Pero la independencia de muchos países africanos no siempre ha traído como consecuencia el empoderamiento de los pueblos. El poder económico sigue en manos de multinacionales, y el poder político en manos de una minúscula élite que gobierna bajo el dictado de los intereses dominantes en Occidente. Estas élites, a las que se les ha proporcionado una maquinaria militar con la que imponerse a la resistencia de la población, han convertido a países enteros en gigantescos centros penitenciarios».

Y es que una guerra de liberación que no prepare a las clases explotadas para la simultánea tarea de destruir el poder ocupante y construir el poder revolucionario, será más pronto que tarde barrida por la alianza entre la burguesía «nacional» y el imperialismo, alianza en la que la fuerza dominante es el capital imperialista. Peor aún, esa alianza reprimirá, detendrá, encarcelará, torturará y hasta asesinará a las fuerzas antiimperialistas una vez que reúna las condiciones para hacerlo. Aún peor, la maquinaria militar de la élite, armada y formada por el imperialismo, está mentalizada y organizada para asestar el primer golpe asesino, disponiendo de la información suficiente y de los medios

necesarios para convertir a sus países en «gigantescos centros penitenciarios».

Ngũgĩ nos aporta además otra razón incuestionable como las anteriores con las que damos por terminada la respuesta a la sexta pregunta, ya que nos abre la puerta para entrar a la séptima y última:

«Unos pocos accionistas en la City o en Wall Street, mediante una simple manipulación en la compraventa de acciones y participaciones y gracias al poder de su fuerza casi monopolística del capital, pueden determinar la ubicación, la muerte y la subsistencia de industrias enteras; pueden decidir, en definitiva, quién come, qué come y dónde lo come. Pueden crear hambrunas, desiertos, polución y guerras. El campesino en la parte más alejada del planeta se ve afectado por el poder de personas que acumulan miles de millones, aunque su riqueza solo sea visible en números en una pantalla de ordenador en estas instituciones financieras que llamamos bancos. Actualmente, el FMI y el Banco Mundial determinan las vidas y las muertes de muchísimas personas en África, Asia y Sudamérica».

7. ¿Qué importancia tiene que los pueblos decidan por sí mismos dentro del antiimperialismo? ¿Cuáles son los elementos básicos para armar una teoría revolucionaria del antiimperialismo? ¿Qué tipo de internacionalismo político necesita hoy la teoría antiimperialista?

Las últimas palabras de Ngũgĩ centran perfectamente las tres respuestas a este último bloque de preguntas porque nos descubren el núcleo, la esencia del imperialismo, el porqué y cómo de la destrucción de vidas humanas en lugares muy lejanos de los centros de poder capitalista, y sobre todo el para qué de esos crímenes diarios. Ngũgĩ los escribió en 1993 y el tercio de siglo transcurrido hasta ahora no ha hecho, sino multiplicarlos a la vez que ha añadido nuevos componentes a las crisis genético-estructurales del capital. Arriba hemos intentado explicar la categoría de esencia/fenómeno, y ahora podríamos hablar de la universal/particular/singular. Recurrimos a ambas para saber por qué

los pueblos obreros deben decidir por sí mismos su lucha antiimperialista siempre dentro de la unidad estratégica internacionalista por el comunismo.

Entre otras muchas cosas válidas, Ngũgĩ dice que el BM, el FMI, las grandes corporaciones y unos pocos accionistas, deciden quienes mueren de hambre o son masacrados en guerras a miles de kilómetros de sus acomodados despachos. Esta es la esencia del imperialismo, sus características universales. ¿Cómo combatirlos y vencerlos? ¿Solo con afirmaciones ciertas pero generales, o mediante luchas concretas que destruyan las formas con las que se presenta lo esencial, lo universal del imperialismo, de modo que en cada país o región particular se generen colectivos antiimperialistas capaces de llegar a lo singular?

Por ejemplo, la lucha contra el «imperialismo ecológico» en su esencia universal que destruye la naturaleza debe materializarse en lo particular en y de Galiza mediante la derrota de la monstruosidad de Altri, que tiene singularidades que le diferencian de otras barbaridades, pero que solo pueden entenderse plenamente gracias a la crítica marxista del ecocidio capitalista.

La lista de ejemplos es casi inagotable: la lucha castellana contra la falsificación y mentira histórica para imponer su supuesta españolidad es la misma que la lucha catalana contra esa misma imposición violenta, pero sería un error garrafal copiar mecánicamente los argumentos y formas de movilización. La lucha contra las bases de la OTAN en Andalucía, por ejemplo, es la misma lucha que la que se libra contra las bases imperialistas en otras partes, pero la forma de esa lucha andaluza solo será efectiva si parte de su historia y contexto, de la misma manera en que la lucha vasca por la amnistía tiene los mismos objetivos que las de otras naciones trabajadoras, pero en Euskal Herria se sostiene sobre la especificidad y singularidad de su lucha liberación nacional de clase.

Queremos decir que el antiimperialismo será tanto más efectivo solo si reconoce y aplica las lecciones históricas: Ho Chi Minh no fue Tito ni Fidel, tampoco Mao fue Sankara, Santucho aplicó un método en Uruguay diferente a los guerrilleros soviéticos detrás de las líneas nazis,

lo mismo que la insurrección de 1917 en San Petersburgo se hizo según su circunstancia, coyuntura y contexto, sin embargo, en 1928 la Internacional Comunista publicó esa joya titulada *La insurrección armada* que unía dialécticamente en un todo teórico las insurrecciones habidas hasta entonces mostrando lo que les identificaba por debajo de sus muchas diferencias. Cualquier militante que actúe en un sindicato o movimiento popular o cultural, etc., sabe que la lucha de clases es una en sí misma, pero que adquiere tantas expresiones como formas de explotación, opresión y dominación, que aplica el capital.

Por tanto, los elementos básicos de toda lucha antiimperialista son los que atacan de raíz a lo que es la naturaleza esencial irrenunciable del imperialismo —lo que al margen de sus muchas maneras externas con las que se presente reaparece siempre en el fondo del choque a muerte entre el capitalismo y el socialismo: la sobreexplotación de las naciones trabajadoras y en especial de sus mujeres como trofeo especial y fuerza de trabajo múltiple; su opresión nacional en todos los aspectos; el saqueo de sus recursos; el intercambio desigual; la imposición de intereses impagables de la deuda de sus burguesías; la ocupación militar descarada o encubierta; la guerra cultural y saqueo intelectual, las restricciones sutiles o brutas de la soberanía diplomática; la impunidad legal de empresas imperialistas en el país dominado, la sumisión de jueces, y un largo etc.

Como se aprecia, hemos citado diversas prácticas imperialistas cuya extensión e intensidad deben ser analizadas en cada caso, lo que desborda este texto. Sin embargo, esta pequeña lista con bastante falta de detalle sí nos sirve para hacernos una idea de la gran cantidad de opresiones, dominaciones y explotaciones —cada vez más complejas e interactivas— a las que debemos enfrentarnos con objetivos claros que nunca silencien u oculten el antagonismo mortal, la inconciliabilidad entre el socialismo/comunismo y el imperialismo/capitalismo.

La pedagógica explicación teórica, política y ética de ese antagonismo ha de hacerse también en aquellas luchas por reivindicaciones parciales, tácticas, puntuales, llamadas «menores», que incluso pueden ser conquistadas por métodos de presión legal, con

movilizaciones pacíficas, utilizando la cada vez más debilitada democracia burguesa, etc. Pero en estos casos, cada vez más raros, siempre debe quedar claro que la pequeña conquista realizada ha sido gracias a la acción de masas, a la amenaza de pasar a métodos más duros, a la independencia política del proletariado —y nunca a su plegamiento a las pasivas letanías y advocaciones reformistas. Debe quedar claro que, si decae la defensa de lo conquistado, si no se amplía a más reivindicaciones, más temprano que tarde la burguesía contraatacará hasta destruirlas. Por eso, la más mínima victoria debe ser un trampolín para otras mayores.

La inconciliabilidad entre opresión imperialista y liberación nacional de clase muestra que cualquier victoria pequeña es solo parte de una guerra social que lo abarca todo, en la que el estancamiento del pueblo obrero es una señal de debilidad y duda que de inmediato aprovecha el imperialismo para endurecer y extender su contraofensiva. En este toma y daca con altibajos permanentes, es decisivo que el proletariado se vuelque en la creación de contrapoderes que le multipliquen su fuerza, que le permitan organizarse mejor, que expandan redes y estructuras de clase y de independentismo en la medida de lo posible bajo la opresión nacional.

Todas y todos sabemos lo que son los contrapoderes: son los *gaztetxes*, los centros sociales autoorganizados; las sedes de partidos y organizaciones revolucionarias; los locales de medios de prensa libre y crítica; los movimientos más o menos estables que crea el pueblo trabajador para construir una forma de vida, de praxis, contraria en todo a la opresora —como la lucha contra el narco capitalismo, el fascismo, las infiltraciones policiales, el terrorismo patriarcal, la destrucción del medio urbano y con él de los sistemas educativos, sanitarios, de transporte, de viviendas sociales de calidad, la invasión de los hipermercados y la destrucción del tejido social popular, de organización de fiestas populares reivindicativas no mercantilizadas y un largo etcétera. Recuperar, construir, coordinar, extender y defender estos contrapoderes es vital, como también lo es dotarlos de unidad estratégica hacia los objetivos de independencia de clase, socialismo y comunismo.

Y un objetivo irrenunciable y siempre permanente es el de unir el internacionalismo proletario con el independentismo socialista en la lucha a muerte contra el capital y sus atrocidades imperialistas. Las formas de hacerlo son múltiples porque múltiples son los hilos que conectan las resistencias contra el imperialismo. Es imprescindible que la militancia conozca la teoría marxista del imperialismo y la de la crisis del capital, que van unidas como hemos visto. A partir de aquí es muy fácil mostrar que el avance en la independencia socialista es el retroceso del imperialismo. Cuba como ejemplo, pero también otros muchos pueblos que ahora se suman de una u otra forma a la creciente oposición al imperialismo.

Conociendo las leyes tendenciales y las contradicciones del capitalismo, sabemos qué función tiene la guerra imperialista contra los pueblos. De aquí a demostrar que una huelga en una empresa participada por el sionismo, o un boicot a empresas de transporte que llevan armas a la OTAN, o la oposición de masas contra el gasto militar, o el rechazo radical a la cultura que legitima el imperialismo en cualquiera de sus formas, o la recogida de dinero y de otros bienes para ayudar a pueblos atacados, o la creación de redes de acogida de refugiados amenazados, o la denuncia permanente del servilismo imperialista de la burguesía autóctona y de sus partidos dóciles —todo esto y mucho más, son demostraciones prácticas y comprensibles de la unión entre la lucha por la independencia socialista y la lucha antiimperialista.

Los orígenes del antiimperialismo: teoría y praxis e importancia de América Latina y el Caribe

Por Henry Boisrolin

Coordinador del Comité Democrático Haitiano en Argentina

I. Introducción

Ciertamente, se trata de uno de los temas históricos más complejos para analizar, debatir y posicionarse. De alguna manera, representa todo un desafío no solo para las distintas ramas de las ciencias denominadas sociales, cuando se pretende con seriedad y profundidad aprehenderlo correctamente, sino, sobre todo, para la militancia revolucionaria en todo el planeta. Esto se debe, en gran medida, a las múltiples formas que este tema ha tomado en distintos lugares desde la conquista llevada a cabo por algunos países europeos, tanto en América, África y Asia.

En el caso específico de América Latina y el Caribe, espacio que priorizaré en este breve artículo, esta historia arranca desde el desembarco de los españoles al mando de Cristóbal Colón en 1492. La posterior conquista y colonización de esta región involucró a África en esta cruel empresa de pillaje y exterminio de varios pueblos de todo un continente.

En efecto, África fue, sin duda alguna, el principal lugar geográfico donde esos europeos secuestraban a seres humanos, luego los transportaban en condiciones inhumanas a través de barcos hasta América (*Abya Yala*¹) para transformarlos en esclavizados y considerados como animales con solo el don de poder hablar. Esta operación criminal sucedió, fundamentalmente, después del genocidio perpetrado contra los pueblos originarios. La historia enseña que esos/as africanos/as llegaban para reemplazar a estos últimos en los sitios donde

los conquistadores saqueaban toda la riqueza de esta parte del mundo a través del sistema de dominación esclavista y otras formas de explotación.

Esta obra autodenominada civilizatoria, por los mismos asesinos y saqueadores, pasó a ser uno de los elementos constitutivos del capitalismo y fundamental para su posterior desarrollo y consolidación.

Por ende, no podemos abordar el tema de los orígenes del antiimperialismo, desconociendo esta parte de la historia de la humanidad. Sobre todo, si consideramos al antiimperialismo como corriente política opuesta a toda forma de dominación ejercida por ciertas potencias sobre otros pueblos, con énfasis en la autodeterminación, la libertad plena y activa y la soberanía nacional. Su surgimiento histórico no puede remontar, para mí, como lo han hecho —y lo siguen haciendo— varios investigadores, a finales del siglo XIX. Hace falta vincularlo a las luchas contra el colonialismo europeo y la expansión del imperialismo estadounidense.

II. Reconocimiento histórico en contra del olvido o del silencio

En este marco, considero que las resistencias de los propios secuestrados desde África, luego sus luchas en los barcos “negreros” como así también en las plantaciones, en contra de la conquista y la colonización, buscando siempre su libertad, constituyen el punto de partida del anticapitalismo y del antiimperialismo. Sin olvidar, por supuesto, las luchas de los originarios, tales como las del cacique Enriquillo y de la cacica Anacaona, en la isla de Haití, denominada *La Española*, en la jerga colonialista, por Cristóbal Colón. La rebelión del cacique Enriquillo ocurrió entre 1519 y 1533. La cacica Anacaona fue ejecutada por los españoles en 1503, después de ser acusada de conspiración por el gobernador español, Nicolás Ovando.

Según los datos históricos recogidos y difundidos por varios manuales elaborados por intelectuales y estudiosos de la República de Haití (*Ayiti*²) y de la República Dominicana, la rebelión de Enriquillo, también

conocido como Guarocuya, fue un levantamiento indígena en la isla *La Española* (actualmente formada por dos países: la República Dominicana y la República de Haití) contra el dominio español. Enriquillo, *noble* taíno, lideró la resistencia desde la región montañosa de Bahoruco, donde se había refugiado con otros indígenas. Fue derrotado por los conquistadores españoles en 1533.

En cambio, Anacaona, cacica de Jaragua, fue ejecutada en 1503 por orden del gobernador español Nicolás de Ovando, quien la acusó de conspirar contra los españoles tras una visita a su territorio. En efecto, ella fue quien convenció a su esposo, Caonabo, para exterminar a todos los hombres dejados por Colón antes de regresar a España luego de su primer viaje. A su vuelta, Colón encontró los cadáveres de sus hombres apilados y sin ojos. Estos habían cometido todo tipo de abusos y masacres contra los habitantes de la región. La muerte de Anacaona, puede ser considerada como un símbolo de la resistencia indígena, ya que marcó un punto de inflexión en la relación entre los españoles y los taínos en la isla.

En el campo de los africanos trasladados, son insoslayables las resistencias de los cimarrones, los quilombos, etc.; es decir, las protagonizadas por esos/as luchadores/as que huían a las montañas y atacaban sobre todo de noche a los esclavistas y sus plantaciones. Haciendo una revisión rápida de dichas luchas, cabe recalcar, por ejemplo, la resistencia en Brasil de Zumbi contra los portugueses desde 1665 contra la esclavitud y por la autonomía del quilombo de Palmares. Autonomía que se prolongó hasta el asesinato de Zumbi en 1695. Con relación a Venezuela, es imprescindible recordar la insurrección liderada en 1795 por José Leonardo Chirino.

Dicha insurrección, también conocida como la insurrección de los negros de Coro, fue llevada a cabo por esclavizados/as en Venezuela e iniciada el 10 de mayo de 1795. Este hecho histórico es considerado, sobre todo, por los/as actuales dirigentes del proceso Revolucionario Bolivariano, como uno de los primeros intentos independentistas registrados en Venezuela, más allá de no haber logrado sus objetivos.

Otros antecedentes históricos que merecen también ser recordados son las luchas lideradas por José Gabriel Condorcanqui, quien se llamaba a sí mismo Tupac Amaru II, y Tupac Katari. La rebelión de Tupac Amaru fue una respuesta contundente a la explotación colonial, especialmente a las reformas borbónicas y la presión fiscal impuesta por la Corona Española. Dicha rebelión empezó en noviembre de 1780 y duró hasta 1782. Obtuvo al principio grandes victorias, tales como la toma de Ayaviri y la Batalla de Sangará. Fue la primera gran revolución producida dentro del proceso emancipador que tuvo lugar en el virreinato del Perú y constituyó un precedente para las guerras de independencia que emergerían en América a inicios del siglo XIX. Tupac Amaru II fue ejecutado el 18 de mayo de 1781 en la Plaza de Cusco, tras ser descuartizado por cuatro caballos, según varias fuentes históricas.

Al igual que Tupac Amaru, en el territorio correspondiente ahora a Bolivia, Tupac Katari lideró una formidable rebelión contra los conquistadores españoles. Buscaba la liberación de los indígenas frente al yugo impuesto por las fuerzas coloniales. Fue derrotado, descuartizado también por cuatro caballos y ejecutado el 15 de noviembre de 1781 en la Plaza de Peñas. Al lado de Tupac Katari, luchó una mujer excepcional que pasó a la historia, Bartolina Sisa. Ella dejó para la posteridad un legado de coraje y dignidad por la liberación de los/as oprimidos/as.

Es necesario señalar, también, que aquellas luchas contribuyeron al desarrollo de un pensamiento que hoy se conoce bajo el nombre de pensamiento decolonial. ¿Qué significa esta afirmación? Simplemente, que el antiimperialismo, en nuestra región latinoamericana caribeña arranca desde allí.

Ahora, si habría que considerar un punto fundamental de inflexión de todo ese proceso, este es, sin duda alguna, la Revolución Haitiana, anticolonial, antiesclavista, antirracista, anti-eurocéntrica y anticapitalista, triunfante en 1804. Aquella única revolución victoriosa, hegemonizada y protagonizada por esclavizados/as, representa un hito fundacional en la lucha antiimperialista a nivel mundial. Pues su impacto trascendió la zona del Caribe, desafió y rompió el orden colonial, racial y

económico del siglo XIX. En este sentido, al derrotar a los ejércitos españoles, británicos y franceses tanto en el campo de batalla como de las ideas, sentó las bases para los movimientos de liberación en América Latina, África, como así también en otras regiones.

Aquel golpe al sistema esclavista y colonial, no radicalizó los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución francesa, tal como lo suelen afirmar algunos estudiosos del tema, sino que, a mi entender, planteó otro tipo de libertad. Cabe recordar que una de las principales consignas de la guerra por la libertad y la independencia fue: *libertad o muerte*. Otro punto para aprehender en clave decolonial la Revolución Haitiana, es el artículo *14 bis* de la Constitución de 1805 promulgada por el Libertador de Haití, Jean-Jacques Dessalines. Aquel artículo estipulaba: «*Cualquier ser humano que quiera habitar este suelo, cualquiera que sea el color de su piel, será conocido bajo la denominación de negro*». Fue una resignificación de la categoría colonial *negro* como símbolo de unidad y resistencia. Asimismo, demostró que la lucha antiimperialista no es únicamente política, sino también racial, económica y cultural. Estos aspectos de la Revolución Haitiana, analizados en clave decolonial, fueron desarrollados magistralmente por el historiador y antropólogo haitiano, Michel-Rolph Trouillot, en su texto *Silenciando el pasado*.

Otro carácter anticolonial y antiimperialista de aquella Revolución, fue su praxis internacionalista. De hecho, apoyó de manera concreta y activa las luchas independentistas en América Latina. Por ejemplo, el Libertador Simón Bolívar, recibió en 1816 del presidente haitiano, Alexandre Pétion, en dos oportunidades, refugio, armas, municiones, dinero, una imprenta, y centenares de combatientes haitianos acompañaron y lucharon al lado de Bolívar. Todo solamente a cambio de la promesa de abolir la esclavitud en las colonias españolas liberadas por Bolívar. Dicho ejemplo victorioso en 1804 en Haití, inspiró también rebeliones de esclavizados/as en Jamaica, Brasil y Cuba.

Para profundizar un poco más, podría ser de gran utilidad el libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* del intelectual y revolucionario dominicano, Juan Bosch, publicado por primera vez en 1970. Bosch fue

el primero en considerar la zona del Caribe como frontera imperial; es decir, como un espacio de disputa entre imperios como España, Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos. Una región, según Bosch, que ha sido históricamente escenario de luchas geopolíticas y económicas, donde las potencias buscaron —y buscan— controlar, saquear sus recursos. Al mismo tiempo, el autor resalta la resistencia de los pueblos caribeños contra el colonialismo y el neocolonialismo. Afirmó, sobre la base de un análisis marxista, con argumentos irrefutables, que la historia del Caribe es la historia de la opresión imperial y las rebeliones populares para alcanzar la independencia. De ahí, destaca la importancia de la Revolución Cubana, triunfante en 1959, como punto de inflexión en la historia del Caribe, marcando un nuevo ciclo de las luchas antiimperialistas en la región.

Estas ideas de Bosch, son similares a las planteadas por el intelectual y marxista haitiano, Gérard Pierre-Charles, en sus obras sobre el Caribe. En efecto, él puso énfasis sobre la resistencia de los pueblos caribeños frente al colonialismo y el imperialismo. En su libro *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*, analizó cómo esta región se convirtió en un escenario de dominación económica y militar, sobre todo después de la crisis de los años 30. Va más lejos, al denunciar con datos precisos el establecimiento de bases militares y el control de las empresas transnacionales como instrumentos de neocolonialismo, con EE.UU. como actor hegemónico. Al igual que Bosch, destacó la importancia de la Revolución Cubana, interpretándola como símbolo de resistencia antiimperialista y un modelo alternativo frente a la dependencia, el sometimiento y el pillaje.

III. Imperialismo como sistema global de dominación y explotación en el marco de la dependencia en América Latina y el Caribe

Resulta imposible comprender cabalmente la relación entre imperialismo y dependencia en la región sin los aportes del marxismo. Un estudioso de este tema fue el brasileño Ruy Mauro Marini. Analizó concretamente el imperialismo desde una perspectiva centrada en la dinámica del capitalismo global y su impacto en los países periféricos en

América Latina. Llegó a incorporar conceptos clave como superexplotación, sub imperialismo y transferencia de valor, revelando ciertas estructuras de dominación económica y política. De hecho, Marini retoma la tradición leninista, pero, con creatividad, la adapta a la realidad latinoamericana. Este ejercicio reflexivo permitió al intelectual brasileño destacar que el imperialismo no es solamente una fase del capitalismo, sino un mecanismo estructural para asegurar y perpetuar la desigualdad entre países centrales y países periféricos.

Con relación al concepto de subimperialismo, Marini lo introduce para describir el rol de algunas economías periféricas, como Brasil, por ejemplo. Pues Brasil, aunque sigue siendo dependiente del capital extranjero, desarrolla una acumulación interna concentrada, y así actúa en el escenario mundial como intermediario del imperialismo estadounidense en determinadas ocasiones. Esto quedó demostrado claramente cuando Brasil, bajo la presidencia de Luis Inácio *Lula* da Silva, aceptó la decisión del gobierno norteamericano de asumir la comandancia militar de la MINUSTAH (Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití). Una misión que no fue otra cosa, que la ocupación militar de Haití desde 2004 hasta 2017 violó la soberanía y el derecho a la autodeterminación del pueblo haitiano. Los soldados brasileños, al igual que los militares estadounidenses cuando ocupan un país, cometieron en Haití masacres, represiones a movilizaciones populares, manipulación de lecciones, violaciones sexuales, etc. Es decir, cometieron también crímenes que suelen ser denominados crímenes de lesa humanidad. Esta ocupación, que duró 13 años, dio razón a Marini. Asimismo, él demostró que el imperialismo no es un *estadio* superado, sino una relación, una categoría, que sigue vigente. Por ende, hace falta, desde la periferia, también, desarrollar con mayor organización, coherencia y convicción las luchas en contra del capitalismo, a favor de la revolución socialista, articulando lucha de clases e internacionalismo.

En este marco, y sobre todo analizando las actuales guerras, el genocidio perpetrado, por ejemplo, por los EE.UU. en Haití, y el que se desarrolla ahora en Gaza por los sionistas israelíes con total apoyo de los EE.UU., el libro de Vladimir Lenin *El imperialismo fase superior del*

capitalismo (1916) guarda una actualidad impresionante. Para Lenin, luego de identificar las principales características del imperialismo, esta etapa representa la última del desarrollo del capitalismo, marcada por la dominación de los monopolios, el capital financiero y la explotación global, agudiza las contradicciones del capitalismo y las agresiones, y crea también las condiciones para su derrocamiento mediante la revolución socialista.

Ahora, me parece interesante para una mejor comprensión del tema señalar aquí algunos aportes del marxista argentino, Néstor Kohan. Su obra *Teorías del Imperialismo y la Dependencia del Sur Global* (2022), aborda el imperialismo desde una perspectiva muy crítica, basada en el marxismo y la teoría marxista de la dependencia. Destaca su rol como sistema de dominación económica, militar, política y cultural en el Sur Global. Por eso, retoma también la tesis leninista de que el imperialismo no es una simple política exterior agresiva, sino una etapa histórica del capitalismo caracterizada por la concentración del capital en monopolios y oligopolios; la fusión del capital financiero con el industrial, dominando la economía global; la explotación de países periféricos a través de mecanismos como la *superexplotación del trabajo*, recuperando así este concepto elaborado por Marini. Y en otro texto de gran valor, *Marx en su (Tercer) Mundo* (1998/2003), Kohan aboga por la vigencia de un marxismo no colonizado. Para él, derrocar el imperialismo obliga a recuperar tradiciones críticas y luchas olvidadas para poder construir alternativas revolucionarias desde y por los pueblos oprimidos por el gran capital.

IV. A modo de conclusión

Me resulta difícil escribir palabras finales sobre un tema tan crucial como lo es el imperialismo, sobre todo en un mundo en plena metamorfosis, que está pasando de una etapa no muy lejana de un mundo unipolar con EE.UU. como actor hegemónico, a uno ahora donde el imperialismo está en plena decadencia y potencias como la Federación Rusa y China están marcando una nueva correlación de fuerzas.

Sin embargo, me atrevo a decir, con base en lo planteado anteriormente, sobre todo en los trabajos de los autores cuyos aportes me sirvieron de soporte analítico, que el imperialismo todavía no desapareció de la faz de la Tierra, y toda lucha antiimperialista debe ser anticapitalista, internacionalista, no dogmática y anclada en una férrea organización de la clase obrera, de todos/as los/as demás oprimidos/as del mundo. Pues, no basta la aplicación de reformas, sino que se necesita de una verdadera y profunda ruptura revolucionaria con el sistema capitalista. Si bien el imperialismo puede ser considerado como una fase de decadencia del capitalismo, su derrota definitiva dependerá siempre de la capacidad de los pueblos para luchar y construir el socialismo.

V. Bibliografía consultada

Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial*. Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1976.

Kohan, Néstor, *Teorías del Imperialismo y la Dependencia del Sur Global*. Editorial Cienflores, 2022.

Kohan, Néstor, *Marx en su (Tercer) Mundo*. Editorial Cienflores, 2003.

Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*. México, ERA, 1987.

Pierre-Charles, Gérard, *El caribe contemporáneo*. Siglo XXI editores, 1981.

Pierre-Charles, Gérard, *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*, coedición de IIS con el Fondo de Cultura Económica, 1985.

Trouillot, Michel-Rolph, *Silenciando el pasado*. Editorial Comares, 2017.

Eclosión, apogeo y declive del imperialismo estadounidense

Christian Nader

Primera fase: fundamentalismo puritano, supremacismo angloparlante y el «Embrión de un gran imperio» A. Hamilton

A través de su historia, desde su surgimiento como nación independiente, el imperialismo estadounidense ha vivido diversas transformaciones y replanteamientos en sus apologías y estrategias para cometer atrocidades. Los ideales supremacistas, capitalistas/imperialistas, racistas y coloniales no fueron paulatinas consecuencias de su proceso expansionista primigenio, ya que desde antes de su separación de la matriz colonial inglesa/británica, los próceres independentistas configuraron al futuro estado nacional como un ente excepcional predestinado a la expansión perpetua y al dominio absoluto de todo el planeta. George Washington consideraba a EE. UU. como un *imperio naciente*, que pronto se codearía con potencias como Francia y Gran Bretaña. John Adams, su segundo presidente, aseguraba que el nuevo país sería un *faro para iluminar a los ignorantes*. Su sucesor extendió la idea llamándolo el *Imperio de la Libertad*, augurando que el nuevo país se extendería más allá de los límites occidentales de las trece colonias inglesas, adentrándose en las «salvajes» profundidades norteamericanas pobladas por *bárbaros*. El mismo pitoniso Thomas Jefferson sentenció que si los nativos *rechazaban el progreso*, el nuevo país se vería obligado a expulsarlos. Ese es el primer mito que debemos aplastar. EE. UU. no nació como una república, sino con un imperio, conceptualizado de dicha manera tiempo antes de su independencia. Se estructuró bajo dos pilares

centrales (dos corrientes distintas pero complementarias), el científicista, civilizatorio e imperialista, enmascarado como republicano, y el teológico, escatológico —milenarista. El primero argumentaba que EE. UU. era el resultado de la gloria, ingenio y cualidades excepcionales de las razas/culturas blancas/europeas que les conferían la misión de civilizar o esclavizar a las razas/pueblos inferiores y de imponer ideas como la libertad, democracia, justicia y libre mercado a los cuatro puntos cardinales. El segundo, configurado desde una óptica protestante puritana sostenía que una deidad a través de la divina providencia guiaría a los estadounidenses en su lucha inminente contra el paganismo y la idolatría de los pueblos nativos y a subordinar al sur novohispano/mexicano católico de mayoría mestiza.

Estas dos expresiones se sinterizaron en el dogma o doctrina del *Destino Manifesto*, narrativa que llevó a la *Nueva Jerusalén* y al *Segundo Pueblo Elegido* a fijar sus objetivos expansionistas primigenios hacia el oeste, partiendo de la costa Atlántica rumbo al Pacífico. Aunque el proceso genocida contra los pueblos nativos inició mucho antes de la independencia estadounidense, fue hasta el siglo XIX cuando gracias al capital amasado por el potencial industrial norteamericano y el esclavismo sureño que la aventura de la rapiña territorial pudo patrocinarse, comenzando en 1803 con la compra de la Luisiana francesa, colosal territorio que casi duplicó la geografía estadounidense y que llevó a los invasores angloparlantes a iniciar un proceso de limpieza étnica contra las *500 naciones* desde el oeste del Misisipi hasta las laderas orientales de las Montañas Rocosas.

Aunque las teorías etnocéntricas y racistas se arraigaron en suelo norteamericano desde la llegada de los primeros invasores ingleses y escoceses en el siglo XVII, fue hasta el inicio del período decimonónico cuando se convirtieron en la política oficial del gobierno estadounidense durante la administración de Andrew Jackson, cuando la expulsión y exterminio de los pueblos originarios se exacerbó, convirtiéndose en prioridad del régimen colonial por medio de la Indian Removal Act de 1830, la cual sirvió para expulsar a millones de personas al otro lado del Misisipi. Entre 1817 y 1825, la presidencia estadounidense fue ocupada por James Monroe, en cuyo período se orquestó otra de las piedras

fundacionales del imperialismo estadounidense. Aunque la doctrina es homónima al presidente de aquel período, el verdadero cerebro detrás de esta fue John Quincy Adams, su secretario de estado y futuro presidente quien planteó que EE. UU. estaba *destinado por Dios y por la naturaleza a ser el pueblo más poblado y poderoso jamás unido bajo un mismo pacto social*. A grandes rasgos, la tesis del monroísmo catalogaba al territorio americano en su totalidad como el *espacio vital* y órbita exclusiva para Estados Unidos, un continente donde las potencias imperialistas europeas no tendrían cabida, ya que el extractivismo colonial e injerencia serían monopolizados por Washington quien se convirtió, como bien lo pronosticó Simón Bolívar, en el azote hemisférico de las futuras repúblicas independientes.

En 1845 llegó a la Casa Blanca James Polk, admirador y discípulo de Andrew Jackson. Fue en este momento cuando la quinta esencia del imperialismo estadounidense se manifestó. En 1846, tras el robo de Tejas, EE. UU. inició la agresión contra México, un país con apenas 25 años de vida y que, tras un proceso independentista que costó la vida de casi un millón de personas y los sucesivos conflictos internos, estaba en bancarrota y prácticamente en ruinas. En 1847, México sufrió el robo de casi 2,300,000 km² de su territorio. Los angloparlantes habían alcanzado su añorada meta de acceder al Pacífico. A partir de este momento, el imperialismo estadounidense puso los ojos más allá del territorio continental americano. Cabe señalar que EE. UU. no logró «pacificar» (limpiar étnicamente) Norte América hasta finales del XIX, ya que incluso a finales del siglo antepasado la resistencia de los pueblos originarios continuaba, como también la furia genocida estadounidense expresada en masacres como la de Wounded Knee de 1890, cuando más de 300 Lakota (Siux) fueron asesinados por el ejército estadounidense en Dakota del Norte durante la administración de Benjamín Harrison. Incluso en 1911 el exterminio estadounidense proseguía con masacres como las de Kelley Creek en el estado de Nevada, cuando varias familias Newe (Shoshón) fueron asesinadas.

La última fase en el control de la costa oeste norteamericana ocurrió en 1867, cuando Washington aceptó la oferta del Zar Alejandro II, comprando la totalidad de la Rusia americana (cuya presencia llegaba a

zonas tan sureñas como el norte de California). Gracias a esto, los estadounidenses pudieron acceder al Pacífico más septentrional y al Ártico, lo cual les facilitaba su acceso al norte asiático, incluyendo el archipiélago japonés y el extremo oriente y Ártico ruso, como las islas Diómedes/Gvózdev (frontera Chukotka/Alaska).

Segunda fase: La talasocracia y el imperialismo ultramarino.

«El secretario de Estado William Seaward predijo que, si Estados Unidos pudiera alcanzar «el océano Pacífico y dominar el gran comercio de Oriente», surgiría como «el más grande de los estados existentes, más grande que cualquiera que haya existido jamás».

El «acto de clausura» del período de Harrison fue el derrocamiento por medio un golpe militar/paramilitar contra la Reina Lili’Uokalani, última monarca de un Hawái independiente, archipiélago que partir de ese momento se convirtió en un «portaviones» estadounidense y en parte de su entramado colonial azucarero. Antes del fin de su mandato, Harrison de la mano de la plutocracia industrial, en especial el magnate acerero Andrew Carnegie modernizó la flota estadounidense. En Washington se decidió que EE. UU. competiría con las rapaces potencias coloniales europeas y buscaría territorios para explotar y saquear. En 1898, un decrepito imperio colonial español aún controlaba territorios en América, Oceanía y Asia. El gobierno de Madrid se negaba a vender sus posesiones caribeñas a EE. UU., por lo que, aprovechando la fragilidad ibérica, los estadounidenses, a través de un ataque de bandera falsa (hundiendo el *USS Maine* en la Bahía de la Habana) declararon la guerra. Menos de cuatro meses después, EE. UU. ya controlaba Puerto Rico y Cuba, convertidas en protectorado. El Mar Caribe a la usanza romana mediterránea se convirtió en el Mare Nostrum estadounidense y desde este punto iniciaron el proceso extractivista de la América insular y Centroamérica por medio de invasiones y regímenes títere bautizados como *Repúblicas Bananeras* (hortalizas, frutas, azúcar, cacao, café o henequén).

Tras derrotar a España, EE. UU. también obtuvo territorios al otro lado del Pacífico. Filipinas se convirtió en su puerta de entrada a Asia, mientras que Guam se acopló a la ruta de abastecimiento de su flota de guerra, fundamental en las décadas venideras. Este no había sido el primer acercamiento de los yankees a tierras asiáticas. En 1854, la expedición comandada por Matthew Perry a punta de cañonazos obligó al Shogunato Tokugawa a abrir los puertos japoneses al comercio estadounidense. Dos años más tarde, EE. UU. apoyó a los invasores y narcotraficantes británicos en su segunda agresión contra la China manchú, participando en la destrucción y saqueo de Pekín, hecho que se repitió en 1900 cuando formaron parte de la invasión multinacional a China para acabar con el movimiento soberanista antioccidental de los Puños Armoniosos. Mientras EE. UU. y las otras potencias agredían a China, una enorme corriente migratoria llevó a cientos de miles de chinos a las tierras al oeste de Norteamérica recientemente robadas por EE. UU., donde trabajaron prácticamente como mano de obra esclava en las minas californianas durante la *fiebre del oro* y una década después construyendo el Ferrocarril Central del Pacífico que llevaría a los invasores angloparlantes a radicar permanentemente en el *salvaje oeste*. Aquí surgió otro de los pilares supremacistas/fascistas del imperialismo estadounidense, la sinofobia, basada en el *peligro amarillo* decimonónico, que se tradujo en la Ley de Exclusión China de 1882, que impidió hasta 1943 la llegada de población china al epicentro del imperio.

En 1899, al mando de McKinley, los estadounidenses se repartieron con Alemania el territorio samoano, ubicado a 3,500 km de Hawái. Con ello, Washington ya mantenía un control escalonado de la Polinesia y del Pacífico. Dos años después, McKinley fue asesinado y su cargo ocupado por el vicepresidente Theodore Roosevelt, quien a través de su política injerencista del *Big Stick* y su Corolario le dio nuevos y terroríficos bríos al monroísmo. Para mantener su hegemonía continental, además de evitar la llegada de potencias europeas a América, EE. UU. también debía prevenir que sus intereses comerciales y «democráticos» se vieran amenazados por el surgimiento de gobiernos antagónicos o revoluciones populares, por lo que el injerencismo estadounidense se multiplicó.

Teddy ordenó en 1903 la intervención en Colombia para lograr la secesión panameña y así materializar lo que Francia jamás logró, la construcción de un canal interoceánico, que además de acelerar el flujo de mercancías desde y hacia EE. UU., también permitió la aceleración en el traslado de tropas, en extremo necesario durante las primeras décadas del siglo XX caracterizadas por las constantes invasiones estadounidenses de naciones centroamericanas y caribeñas, agresiones bautizadas por la vulgaridad imperial como *guerras bananeras* como ocurrió en República Dominicana (1904 y 1914), Nicaragua (ocupada entre 1912 y 1933), México (la ocupación del Puerto de Veracruz en 1914), Haití (ocupada entre 1914 y 1934) y Honduras (de 1903 a 1925). Estas invasiones buscaban asegurar los intereses extractivistas agrícolas de las multinacionales estadounidenses United Fruit Company y Standard Fruit. El caso mexicano se enfocaba en evitar que surgiera un gobierno antagónico al estadounidense que pusiera en riesgo los hidrocarburos en manos angloparlantes o peor aún, que, en un futuro, México hiciera tratos con otras potencias, desafiando lo estipulado por la Doctrina Monroe, como se sospechaba del Reich Alemán en plena Primera Guerra Mundial empatada con la Revolución Mexicana.

«Enseñaré a las repúblicas sudamericanas a elegir hombres de bien».

— W. Wilson

En 1917, a pesar de la Gran Guerra, el triunfo bolchevique provocó el pánico entre las clases dominantes de Europa y EE. UU., temiendo que lo ocurrido en los otrora dominios zaristas pudiera extenderse a otras latitudes. Esto generó que el gobierno de Woodrow Wilson durante su segundo periodo participara en la invasión multinacional de la futura Unión Soviética, intentando revertir infructuosamente lo ocurrido tras la Revolución de Octubre. Este episodio acabó determinando la historia del siglo XX y la cruzada estadounidense de ocho décadas contra el comunismo.

Tercera fase: superpotencia depredadora y genocida planetaria.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y con la economía industrial estadounidense casi intacta, Washington sustituyó a la moribunda hegemonía de sus progenitores británicos como el poder dominante en el planeta. Lo mismo ocurrió con los seniles imperios coloniales europeos, domesticados por la nueva superpotencia. En Alemania, pese a lo acontecido en juicios como los de Núremberg muchos nazis jamás pagaron por sus crímenes, peor aún, una enorme cantidad fue parte de la RFA y la OTAN, como ocurrió con Aldolf Heusinger, ex general en jefe de la Wehrmacht y futuro presidente del Comité Militar de la Alianza Atlántica o Albert Schnez coronel de Wehrmacht convertido en jefe del Estado Mayor de la RFA en el período de Willy Brandt, por solo mencionar a unos cuantos. Más de 1500 nazis acabaron siendo parte de las filas de la estructura militar de investigación científica y tecnológica estadounidense, evacuados de Europa durante operaciones como *Paperclip*, *Bloodstone* o *Surgeon* (británica), siendo los más célebres Wernher Von Braun y Kurt Debus. Japón no fue la excepción, tan pronto firmaron su rendición a bordo de *USS Missouri* el 2 de septiembre del 45, inició la ocupación de su territorio que continúa hasta la fecha, con más de 50,000 militares estadounidenses desplegadas en el archipiélago en 120 bases, con tropas constantemente denunciadas por robos, violaciones y asesinatos. Al igual que ocurrió con Alemania, muchos criminales de guerra japoneses fueron aprovechados por los servicios de inteligencia y el ejército estadounidenses. Entre ellos se encontraba Shiro Ishii, quien había estado al mando de la Unidad 731, responsable de cometer experimentos humanos en civiles chinos y coreanos que involucraban el uso de armas químicas y biológicas y quien fue «rehabilitado» por insistencia de Douglas MacArthur (ex comandante supremo del Pacífico) quien también es recordado por sus asesinatos en masa.

Al Sur de Japón, atravesando el Mar de China Oriental se halla la isla de Taiwan, la cual fue ocupada o ambicionada en los últimos 500 años por invasores neerlandeses, españoles y japoneses, todo ellos repelidos.

En 1949 tras la victoria y fundación de la República Popular de China, los restos del Kuomintang junto con el pandillero fascista Chiang Kai-shek huyeron a suelo isleño, que desde años antes era controlada por dichas fuerzas y que desde un principio habían cometido masacres contra la población taiwanesa, comenzando con los hechos del 28 de febrero de 1947 cuando más de 30,000 personas fueron asesinadas por orden de Shek. Entre las víctimas había familias enteras sospechosas de ser comunistas, además de población nativa hablante de lenguas austronesias. La Ley Marcial se extendió hasta 1987, período en el que cientos de miles fueron asesinados. Todo esto fue y ha sido tolerado por EE. UU., que ha convertido a la provincia renegada en un portaviones o acorazado en la espera de su futura y añorada agresión en contra de China, pese a que cada vez hay más voces que reniegan de los planes independentistas (alentados por EE. UU.) y desean unificarse con Pekín.

La agresión contra el pueblo coreano entre 1950 y 1953 fue una extensión de la Segunda Guerra Mundial con la que Estados Unidos buscaba impedir que la totalidad de la costa continental del Pacífico en el noreste asiático cayera en manos comunistas. Resultaba primordial que pudieran tener un enclave en la zona fronteriza entre la Unión Soviética y la República Popular de China, que además podría servir de «puente» con Japón en caso de un conflicto con China o la URSS. Douglas MacArthur volvió a ser el comandante en jefe de la agresión, la cual se caracterizó por un enorme número de atrocidades por parte de tropas invasoras y sudcoreanas contra población tanto del norte como del sur (por sospechosos de ser comunistas). En sus bombardeos contra el territorio norteño, EE. UU. utilizó más de 650,000 toneladas de bombas que sirvieron para destruir todos los poblados norcoreanos, desde ciudades hasta aldeas, además de la infraestructura pública como presas, hospitales o escuelas. Se estima que directa o indirectamente la agresión estadounidense asesinó entre tres y cuatro millones de coreanos. Aunque hasta la fecha el imperio continúa negándolo, se ha demostrado el uso estadounidense de armas químicas contra la población coreana, que incluyó viruela, meningitis, peste bubónica y cólera. También se denunció que el ya mencionado Shiro Ishii junto con otros criminales de guerra japoneses como Masaji Kitano y Jiro

Wakamatsu colaboraron con los carniceros estadounidenses durante la agresión contra Corea. MacArthur, antes de ser relevado por Truman, estuvo a punto de lanzar bombas nucleares contra China y Corea del Norte para evitar su triunfo. MacArthur estimaba que serían suficientes 34 explosiones para alcanzar la victoria. En ese momento también contempló la posibilidad de «sellar» el territorio norcoreano con desechos nucleares. Al igual que ocurrió con Japón, tras el armisticio del 53, EE. UU. inició la ocupación del Sur, tolerada por una serie de cleptocracias, comenzando con la de Syngman Rhee, un alto burgués educado en EE. UU. quien gobernó desde el 1948 a 1960 reprimiendo brutalmente a diversos sectores como el estudiantil y campesino. Tras su «renuncia» fue el turno de Park Chung Hee, un corrupto militar anticomunista (a niveles enfermizos) quien gobernó del 63 al 79 con puño de hierro, recibiendo los aplausos de la Casa Blanca. Hasta la fecha, la ocupación estadounidense continúa con cerca de 30,000 militares. Paralelamente, la República de Corea se convirtió en un dominio de las *Chaebol*, conglomerados industriales —financieros que abarcan todos los sectores, siendo las más importantes Samsung, Hyundai y LG.

La Doctrina Truman elaborada por George Kennan en 1947 fue la ampliación planetaria y anticomunista del corolario de Roosevelt. Su estrategia de contención consistió en el intervencionismo directo o indirecto por parte del imperialismo estadounidense en cualquier rincón del planeta en caso de una inminente «amenaza soviética», aunque realmente se buscaba aplastar movimientos de liberación, sin importar si eran de corte socialista o de otra índole y con ello mantener en el poder a las élites y clientes de Washington. Paralelamente, EE. UU. lanzó el Plan Marshall para reconstruir a una Europa Occidental en ruinas, pero que en esencia fungió como un mecanismo de domesticación, endeudamiento, y liberalización de las economías nacionales, que además se vieron imposibilitadas en imponer restricciones a los productos estadounidenses que inundaron los mercados europeos del mismo modo que las industrias nacionales, las cuales acabaron en manos de multinacionales estadounidenses. El golpe de gracia a la soberanía europea llegó en 1949 con la creación de la Organización del Tratado del

Atlántico Norte, que oficializó el entreguismo de las burguesías nacionales y la pérdida de la soberanía de once naciones europeas convertidas en satélites y carne de cañón del imperialismo estadounidense. En respuesta a la creación de la alianza atlantista, en 1955 las naciones socialistas de Europa (exceptuando la Yugoslavia comandada por Josip Broz) firmaron el Pacto de Varsovia.

Con la llegada al poder de Dwight Eisenhower, el imperialismo diversificó sus objetivos. Al *Pánico Rojo* anticomunista macartista se lo sumó la ancestral arabo-islamofobia. El panarabismo y el nacionalismo árabe eran intolerables tanto para Washington como para el ente sionista israelí, que desde su fundación en 1948 se había convertido en el prefecto colonial del imperio en el oeste asiático. Tras haber apoyado en su creación e incluso haber armado al proyecto sionista, Moscú se enfocó resarcir su error apoyando tímidamente al gobierno de Gamal Abdel Nasser quien a su vez había recibido apoyo de occidente para alcanzar el poder y quien, en 1956, frente a la pesadumbre occidental, decidió nacionalizar el canal de Suez, provocando la ira de Londres, París y la junta sionista de Tel Aviv, quienes atacaron a Egipto pese a las protestas tanto de la Casa Blanca como del Kremlin. Aunque los imperios coloniales lograron una victoria militar, estratégicamente fue una monumental derrota, ya que el gobierno cairota prosiguió con la nacionalización del canal.

En 1944, Franklin D. Roosevelt escribió estas palabras a sus aliados británicos:

«El petróleo persa... es suyo. Compartiremos el petróleo de Irak y Kuwait. En cuanto al petróleo de Arabia Saudí, es nuestro».

La presencia estadounidense en el Magreb y el Mashrek se oficializó en 1945, poco antes del fin de la guerra y días después de la conferencia de Yalta, cuando en aguas del canal de Suez, a bordo del *USS Quincy* se encontraron Abdulaziz ibn Saúd y Roosevelt, donde en pocas palabras se acordó que a cambio de un flujo inaudito y barato de hidrocarburos de la petromonarquía wahabí saudí, EE. UU. armaría al reino, pero sobre todo socorrería al régimen y lo absolverían a nivel global por sus atrocidades contra sus súbditos y rivales. En 1938 la Standard Oil de

California había hallado un enorme yacimiento de petróleo en la provincia oriental pérsica saudí, aquella empresa cambiaría de nombre a Arabian American Oil Company o Aramco. Si los británicos habían apoyado a los Saud en su conquista peninsular fueron los estadounidenses quienes los perpetuaron. Desde ese momento, Washington consideró al oeste de Asia como una región de extrema importancia estratégica (casi civilizatoria) lo cual se manifestó al heredar de los británicos el proyecto colonial sionista israelí. En 1946 ocurrió el primer golpe de Estado operado por los yankess, el de Husni al-Za'im, quien, a cambio de miles de dólares, permitió el robo de la provincia siria de Hatay (con capital en Antioquía) por Turquía.

Al otro lado del Golfo Pérsico, ocurriría la primera gran intromisión de la era de Eisenhower, la *Operación Ajax* contra el gobierno del primer ministro de Irán, Mohammad Mosaddegh, quien en 1953 estuvo a punto de nacionalizar los hidrocarburos persas en manos de la Anglo Iranian Oil Company (actual British Petroleum). Tras varios intentos, los londinenses pidieron la asistencia de Washington para realizar el golpe. En aquel momento la política imperialista era dictada por los Hermanos Dulles, con Allen como director de la Agencia Central de Inteligencia y John Foster en el Departamento de Estado. El enlace entre la CIA y el MI6 fue Kermit Roosevelt Jr., nieto de Theodore. La caída de Mosaddegh se realizó por medio de las estrategias usuales: banderas falsas, sobornos, paramilitarismo y demonización mediática. Posteriormente, los angloparlantes permitieron que su marioneta Mohammad Reza Pahleví continuara jugando al reyezuelo con el título de Shah, mientras los iraníes eran reprimidos, torturados y asesinados en las mazmorras de la SAVAK, la guarda pretoriana del régimen, creada y operada con asistencia de la CIA y el Mossad sionista. Tras el triunfo de la Revolución Islámica inició una nueva fase en la agresión estadounidense, a través del Irak del traidor al panarabismo, Sadam Huseín, quien en 1980, armado hasta los dientes por EE. UU., atacó a la naciente República Islámica en una guerra culminada en 1988 que costó la vida a más de medio millón de personas. Desde aquel entonces Irán ha sido uno de los principales objetivos de la furia imperialista estadounidense por medio de estrangulamiento económico, ataques

terroristas, asesinatos selectivos, intentos de balcanización y magnicidios, lo cual se agudizó en 2020 con el asesinato de Qasem Soleimani y posiblemente implicados en la muerte de Ebrahim Raisi en 2024. A finales de ese año, el imperio, a través de su enclave sionista, prosigue con su embestida contra Teherán.

En el sudeste de Asia, el imperio colonial francés en Indochina había sido derrotado y expulsado por el Việt Minh. El gobierno estadounidense comenzó a patrocinar al gobierno vietnamita sureño tras la división de 1954. El control del sudeste se traducía en una puerta de entrada a las entrañas de Asia, principalmente rumbo a la China continental, que en 1950 se había convertido en una república popular. Occidente temía que el *virus comunista* se extendiera hacia el oeste, lo que hubiese desencadenado un efecto domino planetario, comenzando con la península malaya e Indonesia y el estratégico Estrecho de Malaca. Malasia y Singapur aún se encontraban bajo control colonial británico, no así Jakarta, que había logrado su independencia del imperio colonial neerlandés en 1945.

Los años sesenta (períodos de Kennedy y Johnson) estuvieron marcados por la agudización intervencionista de Washington en todo el planeta. Los imperios coloniales de Francia, Gran Bretaña, Países Bajos y Bélgica se habían desmoronado y sus gobiernos transformados en un séquito de marionetas de EE. UU. aglomeradas en organismos como la OTAN. Por ello, la tarea propuesta por los imperialistas estadounidenses fue tratar de recuperar las excolonias y evitar que se alienaran a Moscú o Pekín. La década de los sesenta estuvo marcada por el empantanamiento imperialista en suelo vietnamita, lo que llevó a EE. UU. a cometer un número de atrocidades no vistas desde la Segunda Guerra Mundial. El número de víctimas vietnamitas consecuencia de la embestida genocida realizado por los invasores angloparlantes oscila entre tres y cuatro millones de personas. El imperio utilizó toda la tecnología de la época y contra la resistencia y pueblo vietnamita (como también el laosiano y camboyano) como tierra arrasada por jets de combate, bombardeos con Napalm, armas químicas (véase el uso del agente naranja), secuestro, tortura, asesinatos selectivos y por supuesto, masacres generalizadas. Se calcula que EE. UU. bombardeó Vietnam con

más de 7.5 millones de toneladas de explosivos, lo equivalente a 725 bombas nucleares con una potencia similar a las utilizadas contra Japón en 1945. Pese a que las tropas invasoras desplegadas llegaron a superar el medio millón (y más de un millón del ejército de Vietnam del Sur), la asimetría acabó jugando a favor de la resistencia nativa por medio de la inteligencia, experiencia y coraje de grupos como el *Viet Cong*. Los vietnamitas ya se habían enfrentado y derrotado a otros dos imperios coloniales como el francés y japonés, y Washington jamás había librado un conflicto de guerrillas de aquella índole. Más de 60,000 militares estadounidenses murieron y hasta la fecha se desconoce el paradero de más de 5,000.

El escenario vietnamita no podía repetirse en otras latitudes, en especial en los países limítrofes. El mayor foco rojo para EE. UU. era Indonesia, gobierno nacionalista y popular encabezado por Sukarno quien tenía una excelente relación con el Partido Comunista, uno de los más populares del orbe, además de haber sido uno de los fundadores de los Países No Alineados. Los errores aprendidos hasta ese momento en Vietnam llevaron a la administración Johnson a utilizar otras estrategias. En 1965 la CIA entró en acción, comprando a varios altos mandos que infructuosamente intentaron derrocar a Sukarno. La maquinaria mediática vinculada a los sectores conservadores de la milicia entró en escena, acusando al Partido Comunista de organizar masacres de islamistas, lo que provocó que la población llevara a cabo cacerías humanas en las que fueron asesinadas más de un millón de personas sospechosas de pertenecer o simpatizar con el PC. Una de las mentes tras este genocidio fue el padrastro de Barack Obama, Lolo Soetoro, quien junto a su madre Ann Dunham, colaboraban con la CIA en Jakarta. El gobierno de Bung Karno (Camarada Karno) llegó a su fin, pasando el resto de sus días en arresto domiciliario. Washington colocó como presidente al general Suharto, el jefe del ejército. Inmediatamente después, EE. UU. creó un organismo que alineó (domesticó) a los países del sudeste de Asia bajo su órbita: la ASEAN.

Filipinas vivió un proceso de ocupación estadounidense, solo interrumpido por la invasión japonesa, que responsable de múltiples atrocidades. Posteriormente, en 1946, Filipinas logró su independencia,

pero dominado por una oligarquía cercana al capitalismo nipón y estadounidense, que inició una represión y exterminio contra los grupos comunistas en las islas, principalmente el Hukbalahap. Como de costumbre, los estadounidenses planearon y armaron al régimen para realizar esta tarea. En 1965 llegó al poder Ferdinand Marcos, cuyo padre había sido un colaboracionista de los invasores japoneses, dando inicio a un estado de terror y corrupción solo comparable con otros proyectos fomentados por EE. UU. al otro lado del Pacífico. A petición de Marcos, Filipinas desplegó tropas en Vietnam para apoyar la causa imperialista genocida a cambio de recibir dádivas por parte de Washington, como las armas para aplastar a grupos marxistas e islamistas (en Mindanao, por ejemplo) e incluso de partidos liberales. Para perpetuarse en el poder, el dictador argumentó que, de no hacerlo, *los comunistas tomarían el poder*, por lo que en agosto de 1972 se decretó la Ley Marcial. Así inició la *Bagong Lipunan*, la *Nueva Era*, que además incluyó políticas sinóforas para filipinizar la sociedad. Marcos y su círculo cercano de militares conocido como los *Rolex 12* (por los relojes de lujo suizos que el dictador les regalaba) guarían a la cleptocracia, mientras decenas de miles de tropas estadounidenses se movían libremente dentro del país. Marcos abandonó el cargo en 1986, muriendo en un exilio hawaiano en 1989. Tras su huida, el pueblo filipino invadió el Palacio de Malacañang, donde los obscenos excesos del dictador y su familia se hallaban, como los 2,700 pares de zapatos de Imelda Marcos. Con el fin de la *nueva era* filipina, la subordinación hacia el imperio no finalizó. Con la llegada de Corazón Cojuangco de Aquino al poder, exesposa de Benigno Aquino, máximo opositor a Marcos (asesinado por el dictador), la situación del país se tornó medianamente favorable, pero la oligarquía filoestadounidense continuó «administrando» el país, el cual se volcó al proyecto sinóforo estadounidense desde 2011 durante el período de Benigno Aquino III lo cual se revirtió temporalmente con Rodrigo Duterte. En 2022 el pueblo filipino cometió la grotesca decisión de elegir como presidente a Ferdinand «Bongbong» Marcos Jr. Quien ha invitado al ejército estadounidense de vuelta a Filipinas.

En el caso nuestroamericano, el pánico rojo y la furia macartista alcanzó niveles insospechados cuando una revolución como la cubana

triunfó a tan solo 145 kilómetros del territorio continental estadounidense. La injerencia inaugural de la administración Kennedy fue organizar una invasión contra Cuba en abril del 61, tan solo tres meses después de haber ocupado el cargo. La derrota de los invasores por las Fuerzas Armadas Revolucionarias que tenían poco tiempo de haberse formado y que teóricamente no estaban preparadas, apabulló al gobierno, medios y pueblo estadounidense. La histeria fue insostenible cuando el gobierno de La Habana se acercó aún más a Moscú, lo cual desembocó en octubre de 1962 con la movilización de misiles nucleares a suelo cubano como respuesta a la misma acción realizada por la OTAN en Turquía e Italia. Posteriormente, ante la imposibilidad de destruir la revolución extendida a todas las capas de la sociedad cubana, Washington le apostó al terrorismo, intentos de magnicidio, sabotaje, propaganda y especialmente el estrangulamiento económico, medida aún en práctica luego replicada contra otras naciones en resistencia.

Desde los primeros años del siglo pasado, los estadounidenses ya habían colaborado u orquestado golpes en nuestro continente, siendo el magnicidio de 1910 contra del presidente mexicano Francisco I. Madero el prototipo que EE. UU. siguió durante todo el siglo XX, tanto en América Latina como en otras latitudes. La llamada Decena Trágica (como los futuros golpes militares), fue planeada en la embajada estadounidense por Henry Layne Wilson, embajador en México durante el mandato de William Howard Taft, presidente con un amplio pasado colonial al haber sido gobernador tanto de Cuba como de Filipinas. Este mecanismo, además de encubrir la naturaleza injerencista del imperio y de no afectar la «reputación» del discurso apantallaidiotas de *faro de la democracia*, resultaba mucho más económico que la movilización de tropas de invasión u ocupación. Ya que lo único indispensable solía ser una buena cantidad de dólares para sobornar a sectores insurrectos de la milicia, policía, paramilitares o mercenarios, sin mencionar el apoyo a veces gratuito otorgado por las clases dominantes profundamente filogringas y temerosas por las revueltas populares. Si la primera mitad del siglo XX se caracterizó por invasiones, la segunda lo haría por los golpes militares maquinados por Washington o bien por su patrocinio de brutales dictaduras. En 1954, el guatemalteco Jacobo Árbenz fue

derrocado (por petición de la United Fruit Company). En ese mismo año comenzó la dictadura golpista de Alfredo Stroessner en Paraguay, la cual duraría 35 años con el beneplácito estadounidense. En el 61, el dominicano Rafael Trujillo, antiguo amigo de los yankees, fue asesinado por orden de la CIA, que en su lugar colocó a Juan Bosch, también derrocado por orden de Langley en 1963. Un año más tarde, el brasileño João «Jango» Goulart sufrió un golpe militar, dando inicio al régimen militar que se extendió durante los siguientes 21 años. En 1971 el boliviano Juan José «JJ» Torres sufrió un golpe militar que llevó a Hugo Banzer a la presidencia. Cinco años después, tras haberse exiliado en Buenos Aires, Torres fue secuestrado y asesinado. El plan fue orquestado en conjunto por Banzer y Jorge Rafael Videla, quien comandaba a la junta militar golpista argentina. En junio del 73, con tal de exterminar a la resistencia de los Tupamaros, una dictadura cívico-militar tomó el control de Uruguay. Menos de tres meses después, el 11 de septiembre de 1973, ocurrió el golpe militar encabezado por Augusto Pinochet en contra del presidente chileno Salvador Allende quien fue asesinado durante el bombardeo y asalto al Palacio de la Moneda. Con Nixon y Kissinger en la Casa Blanca, dio inicio el llamado Plan Cóndor, que consistió en la coordinación de los regímenes golpistas y fascistas de toda Sudamérica para acabar con cualquier foco de crítica o insurgencia, lo cual se tradujo en la tortura, asesinato y desaparición de decenas y miles de personas en toda la región. Tras lo ocurrido en Chile, procesos similares se vivieron en países andinos vecinos como el golpe de Francisco Morales Bermúdez en Perú y el de la junta militar ecuatoriana que derrocó a Guillermo Rodríguez. Finalmente, el 24 de marzo de 1976, el gobierno de Argentina de Isabel Martínez de Perón sufrió un golpe a manos de la junta militar.

En 1981, el exactor hollywoodense y gobernador de California asumió el poder. La estrategia de injerencia anticomunista de Ronald Reagan se enfocó en armar hasta los dientes a la más diversa pléyade de la peor ralea en contra de gobiernos y movimientos populares. Escuadrones de la muerte y «contras» en Centroamérica, narcoparamilitares en Colombia o yihadistas en Afganistán, todo con tal de acabar con *El Imperio del Mal*, refiriéndose obviamente al bloque socialista. Dentro de

su gigantesco historial de agresiones y crímenes, uno de los más cobardes fue sin duda la Invasión de Granada, ocurrida en 1983, ya que Reagan y su séquito temían que la totalidad del Caribe pudiera «cubanizarse». Su sucesor, el ex director de la CIA, exvicepresidente y miembro de una estirpe que se enriqueció patrocinando a nazis, George H. W. Bush también realizó una invasión tan pronto llegó a la presidencia, la de Panamá, en contra de su marioneta y narcotraficante de cabecera, Manuel Noriega, quien además había sido uno de los militares entrenados en la Escuela de las Américas con sede en territorio panameño ocupado, donde el imperio entrenaba a militares y policías de todo el continente en contrainsurgencia, espionaje y tortura. Se sospecha que previamente la administración Reagan/Bush había asesinado al presidente panameño Omar Torrijos, tanto por sus intentos de nacionalizar el canal como por su acercamiento a Cuba y Nicaragua.

Aunque se considera que el Plan Cóndor llegó a su fin a comienzos de los ochenta, ocurrió todo lo contrario, este se extendió a suelo centroamericano, donde la barbarie amparada por el Imperio prosiguió. En 1982 Guatemala vivió un golpe de Estado que empoderó a Efraín Ríos Montt (otro egresado de la Escuela de las Américas) quien estableció un régimen fascista y cristiano fundamentalista que, con apoyo de Washington y de Israel, cometió uno de los mayores genocidios en la historia moderna de nuestro continente, cometido por un criminal considerado por Ronald Reagan como *un hombre de gran integridad y compromiso personal*. Los escuadrones de la muerte del régimen fueron armados y entrenados por los servicios de inteligencia y asesores del ente colonial sionista y genocida israelí. Se estima que, durante las décadas de resistencia popular, los sucesivos regímenes guatemaltecos y en especial Ríos Montt quien también era pastor evangélico, asesinaron a más de 200,000 personas, en su mayoría campesinos mayas.

La administración Reagan también inició su cruzada anticomunista contra Nicaragua, cuyo gobierno revolucionario había acabado con la dinastía de los Somoza, quienes durante 43 años desangraron y saquearon al pueblo nicaragüense. EE. UU. armó y patrocinó durante años a los *contras*, quienes utilizaron las tácticas terroristas más brutales.

Gran parte de sus estratagemas fueron desarrolladas a partir de manuales creados por la CIA, que los instruían en las «artes» del acoso, el sabotaje, el secuestro, la tortura y los asesinatos. Con el pasar de las décadas, dichos «instructivos» continuarían siendo entregados a los grupos en la nómina de Washington.

Otra nación que vivió el terror constante por parte del imperio fue Haití. De hecho, desde hace medio milenio, aquel país ha tenido que resistir el embate salvaje de tres imperios coloniales, comenzando con los españoles, quienes exterminaron a toda la población originaria taína. Desde el amanecer del siglo XVII, los franceses tomaron el control de la mitad de La Española. Saint-Domingue se convirtió en campo de trabajo de casi un millón de africanos esclavizados, quienes producían más de la mitad de la azúcar que se consumía en Europa. Fue en 1804 cuando la población logró su emancipación e independencia, convirtiéndose en la segunda nación soberana de todo el continente, bautizada con un nombre taíno por los afrodescendientes en honor a la población originaria exterminada por los europeos siglos antes: Tierra de Montañas (Haití). La maldición de aquel pueblo no terminó, ya que tras los intentos fallidos de reconquista francesa a mediados del siglo XIX Washington puso sus ojos en la isla. Al ser una de las tierras más fértiles de las Antillas y para evitar la influencia de la liberación entre los esclavos en EE. UU. Además, por más de un siglo fue bloqueado por Francia y otras potencias europeas que exigían «reparaciones» por los «daños económicos» generados tras su liberación.

Desde 1915 hasta 1934, Haití estuvo ocupado por tropas estadounidenses y posteriormente vivió una serie de golpes de Estado que la mantuvieron bajo un caos que beneficiaba a los angloparlantes. En 1957 un exministro de salud llegó a la presidencia. Su nombre era François Duvalier, apodado *Papa Doc*, quien subvencionado por los estadounidenses estableció un régimen digno de cinta de horror, cuya secuela inició con su vástago Baby Doc (Jean Claude Duvalier), quien al igual que su padre controlaba el país por medio de sus pandillas de criminales conocidos como *Tonton Macoutes*.

En 1978 surgió la República Democrática de Afganistán comandada por Nur Muhammad Taraki tras una revolución que acabó con el gobierno de Mohammed Daud Khan. Un año después, Taraki fue derrocado por su ex aliado Hafizullah Amín, quien había sido cooptado por la CIA pese a los lazos de su gobierno con el Kremlin. Amín ignoraba que los servicios de inteligencia occidentales junto con el ISI pakistani también patrocinan a los muyahidines anticomunistas. El objetivo del gobierno de Jimmy Carter y de su asesor en seguridad nacional Zbigniew Brzezinski era «obligar» a la URSS a intervenir para evitar la caída de la república socialista y empantanarlos en un conflicto inmediato a sus fronteras, justo como lo intentaron hacer con las guerras de Chechenia, en Georgia en 2008 y en Ucrania hasta nuestros días. Incluso suponían que lo ocurrido en Afganistán podría extenderse al territorio soviético en las repúblicas centroasiáticas de mayoría túrquica e irania islámicas.

Esencialmente, era una repetición del Gran Juego decimonónico, el enfrentamiento en Asia Central, Persia y el subcontinente indio entre el Imperio Británico y el Zarismo Ruso. El surgimiento de la República Islámica de Irán en 1979 y la imposibilidad de EE. UU. por controlar al gobierno de Ruhollah Jomeini agudizó la urgencia de Washington por controlar la región que ya poseía dos polos antagónicos. Aunque la Operación *Cyclone* inició con Carter, fue con la Doctrina Reagan que el flujo de armas estadounidenses aumentó, como el uso de los FIM-92 Stinger, que fueron fundamentales para que los soviéticos vivieran su propio Vietnam. Además de las armas estadounidenses, los rebeldes recibieron apoyo armamentista y logístico por parte del MI6 e incluso del Mossad sionista, que cooperó directamente con el ISI, mientras públicamente el gobierno de Islamabad se negaba a reconocer al ente sionista y genocida israelí.

Era también la época del cisma sinosoviético, por lo que el gobierno de Pekín también proporcionó apoyo a diversas facciones afganas anticomunistas. Gran parte del apoyo económico era cubierto por la petromonarquía wahabí saudí, la cual se ofreció a entregarles a los paramilitares la misma cantidad de dólares que la CIA les proporcionara. Incluso tras la retirada del Ejército Rojo, tanto Washington como Riad continuaron inyectando cientos de millones de dólares a los grupos

afganos, entre ellos estaban los estudiantes (talibanes), quienes en la guerra civil posterior entre señores de la guerra acabaron triunfando.

El reino saudí también subvencionó la llegada de cerca de 40,000 voluntarios y mercenarios procedentes de todo el mundo islámico a suelo afgano. Uno de los líderes de estos batallones fue el playboy saudí Osama Bin Laden, mientras que el promotor y encargado de reclutar y repartir fondos fue el propagandista saudí de origen turco Jamal Khashoggi. Los estadounidenses continuarían utilizando las fuerzas de lo que hoy llaman Al Qaeda en contextos como el balcánico y el caucásico, contra Yugoslavia y Serbia, respectivamente, y siempre con un bin Laden en su nómina.

Por más de siglo y medio, el territorio del Sahel y el África subsahariana estuvo negado para el imperialismo estadounidense debido a la repartición colonial que los europeos habían realizado en todo el continente, del mismo modo que los estadounidenses se habían apropiado de América con la doctrina Monroe. Pocos saben que las primeras intervenciones extranjeras estadounidenses fuera de Norteamérica ocurrieron al norte de África, en las costas magrebíes a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, primero contra la Regencia de Argel y posteriormente durante las guerras berberiscas.

Un caso atípico tuvo lugar en la costa atlántica africana. En la década de 1810, esclavistas estadounidenses temían que los esclavos liberados y negros libres extranjeros pudieran alentar revueltas o incluso la creación de *repúblicas negras* (a la usanza haitiana) dentro de EE. UU., por ende, se plantearon su «reubicación» a través de la Sociedad de Colonización Americana, que comenzó a enviarlos al otro lado del Atlántico, en concreto a la Costa de la Pimienta, donde también se había fundado una colonia británica de esclavos liberados que sería conocida como Sierra Leona. Liberia tendría la función de ser un enclave colonial estadounidense en el Golfo de Guinea que serviría para introducirse al territorio africano y extraer recursos sin irrumpir en las colonias de las potencias europeas que abarrotaban aquellas costas. El problema es que estas personas arribaron a una tierra poblada por distintos grupos étnico—lingüísticos y culturales— religiosos que nada tenían que ver con las

tradiciones de una población conversa (a la fuerza en ocasiones) al cristianismo evangélico, angloparlantes y con ideales y tradiciones muy distintas. Liberia, en honor a la libertad obtenida, declaró su independencia en 1847, reconocida por Washington quince años después. Paulatinamente, los «recién llegados» se convirtieron en la clase y casta que dominó al país hasta finales del siglo XX, cuando Samuel Doe de origen *Krahn* llegó al poder en 1980. Sin embargo, su gobierno no se caracterizó por favorecer los intereses de toda la población, sin importar etnia o clase, todo lo contrario. Ondeando la bandera anticomunista y la supremacía *Krahn* y con el apoyo del gobierno de Reagan, Doe realizó un proceso de limpieza étnica y brutal represión. En 1989, Charles Taylor y su Frente Unido Revolucionario se alzaron contra Doe, armado y tolerado por el imperio.

Durante la segunda mitad del siglo pasado, los procesos armados de descolonización y la salida o distanciamiento público de los imperios coloniales europeos permitieron que los yankees se entrometieran cada vez más en el desarrollo de las naciones africanas recién independizadas o en vías de alcanzarlo, como ocurrió en Congo, que desde el último cuarto del siglo XIX había sido controlado por Bélgica, comenzando con el régimen genocida y esclavista de Leopoldo II que asesinó entre 10 y 15 millones de personas en menos de 25 años. Los belgas establecieron un proyecto extractivista esclavista, primero en torno a la producción de caucho y posteriormente de minerales, siendo la riqueza en el subsuelo congoleño de carácter geoestratégico. En 1960, la República Democrática del Congo logró su independencia de la mano de Patrice Lumumba, quien se convirtió en primer ministro. Extraoficialmente, el saqueo prosiguió, ya que Bélgica jamás renunció a la riqueza congoleña, en especial en la región de Katanga con una vasta abundancia de diamantes, uranio y cobalto. Fue precisamente en esa provincia sureña, al sureste del país, donde inició la injerencia occidental contra un gobierno que buscaba que la riqueza mineral congoleña sirviera para elevar el bienestar popular. La Unión Minera del Alto Katanga, una multinacional europea que contaba con mercenarios extranjeros (como del régimen racista de Rodesia del Norte) y militares belgas, declaró la independencia. Cuando Washington y Bruselas notaron que no podrían

doblegar a Lumumba, la CIA dio luz verde para el golpe de estado y magnicidio de 196, realizado por Joseph Mobutu, agente occidental, quien había sido nombrado jefe del Estado Mayor por el mismo Lumumba. El régimen represivo, cleptocrático y anticomunista de Mobutu quien incluso renombró a al país (Zaire) se extendió hasta 1997, siempre vitoreado por Estados Unidos, en especial cuando de la mano de militares estadounidenses y belgas aplastó a los revolucionarios Simba comunistas.

Durante la efímera administración del advenedizo Gerald Ford quien llegó al poder tras la destitución de Nixon, las injerencias prosiguieron. En Angola ocurrió un caso similar al congoleño. En 1975, tras el fin del colonialismo portugués que ocupó el territorio desde el siglo XV, el vacío de poder buscó ser ocupado por Washington, añorando el acceso a los inmensos yacimientos de hidrocarburos. A diferencia de lo ocurrido en Congo, los estadounidenses no lograron su cometido, ya que sus grupos de choque fueron derrotados por el Movimiento Popular para la Liberación de Angola encabezado por Agostinho Neto, primer presidente de Angola quien, con asistencia de tropas cubanas y armas soviéticas, derrotaron a los paramilitares a sueldo de EE. UU., además de mercenarios del régimen racista del apartheid sudafricano. Resultado similar se vivió al noreste de África, en Etiopía donde la dinastía pseudosalomónica que había controlado al país por más de 700 años fue derrocada en 1974 por el DERG, un grupo de militares de jóvenes de bajo rango en descontento con el imperio por la profunda miseria y desigualdad social de un pueblo que aborrecía a una monarquía repleta de lujos y excesos. Del mismo modo que en Angola, el apoyo armado y logístico soviético y el despliegue de tropas y asesores cubanos sirvió para que el gobierno pudiera evitar el triunfo de los grupos patrocinados por EE. UU. Curiosamente, pese al discurso anticomunista del gobierno de Reagan, muchas de estas milicias eran escisiones del DERG o bien otros grupos de tradición marxista.

Cuando hablemos de la injerencia estadounidense en el continente africano, no podemos omitir su rol y patrocinio del régimen colonial *afrikáner* racista sudafricano, siendo EE. UU. (junto con Gran Bretaña y el ente sionista israelí) su principal socio estratégico. Washington

consideraba al Congreso Nacional Africano como un grupo terrorista. En 1962 fue la CIA la que informó a la cúpula racista de Pretoria la ubicación de Nelson Mandela, quien fue detenido y encarcelado durante 27 años.

En 1989, mientras la Unión Soviética vivía políticas económicas y culturales contrarrevolucionarias conocidas como *Perestroika* y *Glásnost* que a la postre condujeron a la desaparición de la URSS, China que ya había aplicado un nuevo modelo «mixto» conocido como *socialismo con características chinas*, vivía un boom industrial que, aunque aún no se perfilaba como imparable, si comenzaba a preocupar a Occidente. Las relaciones moscovitas —pekinesas se habían desgastado a tal grado en las últimas dos décadas, que múltiples enfrentamientos directos e indirectos habían ocurrido, como fue el caso afgano durante los ochenta o el grave incidente de 1969 en Zhenbao/Damansky en la frontera sinosoviética en Manchuria, donde decenas de tropas de ambas potencias tuvieron bajas, un hecho que casi condujo a un enfrentamiento nuclear entre ambas naciones.

Una década después, la guerra sino-vietnamita volvió a avivar las llamas. Mientras China consideraba a los gobiernos postestalinistas como revisionistas y advenedizos, Moscú hacía lo propio criticando el modelo chino del *socialismo de mercado* (que más tarde intentaron replicar). Desde Washington observaban con beneplácito cómo la relación entre los estados socialistas se fracturaba, resultando en divisiones y rompimientos entre las corrientes y partidos comunistas de todo el mundo. 1972 se caracterizó por la visita de Nixon a China y su reunión con Mao Tse-Tung, lo cual visibilizó aún más el rompimiento. Finalmente, con la cumbre sinosoviética realizada entre el 15 y 18 de mayo de 1989 las relaciones se normalizaron, lo cual provocó que la administración Bush replanteara su estrategia contra el bloque socialista. Mientras las reuniones entre ambos gobiernos socialistas ocurrían, EE. UU. dio la orden para el inicio de la revuelta de laboratorio contra China, la cual forjó el modelo que dos décadas después se aplicaría en todo el mundo. En esta ofensiva se utilizaron desde paramilitares expatriados chinos infiltrados en las protestas como el poder mediático para pulirlas, santificarlas y maximizarlas. La perversa fantasía sobre

Tiananmén ha sido mitificada por occidente hasta el hastío, incluso contradiciendo a sus propios informantes y medios afines que reportaron eventos diametralmente opuestos que sin mucho problema pueden hallarse en archivos e incluso en la misma red.

El interludio de la caduca unipolaridad estadounidense y el refrito contra el eje del mal.

El inminente nuevo horizonte de fraternidad sino-soviética se esfumó dos años después, cuando en una *dacha* bielorrusa una conspiración a espaldas de los pueblos de quince repúblicas llevó a disolver la Unión Soviética. Los acuerdos de Belavezha firmados por los golpistas Borís Yeltsin, Leonid Kravchuk y Stanislav Shushkévich dieron inicio no solo a una crisis sin precedente de tintes económicos, políticos y sociales en el contexto postsoviético, ya que a nivel planetario generó efectos tectónicos que provocaron que por más de una década no existieran contrapesos ideológicos ni militares, para ponerle un alto a un imperialismo desenfrenado sin parangón. Tras la desaparición de la URSS y del Pacto de Varsovia y el supuesto desenlace de la Guerra Fría, los años noventa estuvieron marcados por el dominio geopolítico global estadounidense que con los delirios triunfalistas que lo caracterizan, anunció que la historia había llegado a su fin y que el mundo entraría a una última y definitiva fase de sometimiento a la cual denominaron *globalización*, que no es más que la occidentalización más agresiva y la subordinación al sistema mundo capitalista regido por el epicentro washingtoniano. El preámbulo de lo que se avecinaba, la «presentación en sociedad» de la «nueva era» inició con la primera arremetida contra Irak en 1990, un ataque que incluso fue televisado en tiempo real (lo mismo harían con su ataque contra Belgrado) mientras los F-117 bombardeaban Bagdad y sus alrededores. Más que castigar al antiguo títere de EE. UU., Sadam Huseín, su objetivo fue similar al uso de bombas nucleares contra población civil japonesa en 1945. En aquel momento un «golpe de gracia» al imperio colonial japonés era absurdo, su verdadera meta era mostrarle al mundo y en especial a la Unión Soviética que poseían un arma con la que nadie más contaba, una con la cual podrían destruir a la humanidad en su conjunto. La *Guerra del*

Golfo fue una advertencia similar, amenazar al mundo sobre las consecuencias que podrían enfrentar si osaban negarse a «recibir los beneficios» de la *Pax Americana*.

Poco después iniciaron una serie de injerencias que buscaban evitar cualquier foco de resistencia o antagonismo, como ocurrió con la agresión atlantista contra Yugoslavia/Serbia, el intento de balcanización del territorio caucásico ruso (las Guerras de Chechenia), además de la célebre derrota estadounidense en Somalia, nación que también intentaban fraccionar. Como era de esperarse, el panfleto escatológico fukuyamista de la supuesta perpetuidad unipolar del orden capitalista imperialista angloparlante pronto acabó en el basurero. El motor de la historia continuó siendo la lucha de clases, la dialéctica antiimperialista jamás había perdido su trascendencia y la batalla contra los horrores washingtonianos estaba más vigente que nunca, pero no desde un conflicto simétrico desde otro polo ideológico, ya que a finales del siglo XX e inicios del XXI la resistencia se forjaría primero desde los *arrabales del mundo*, en aquellos países que catalogan como en *vías de desarrollo* (eternamente), en las periferias hoy bautizadas como Sur o Sudeste Global.

En 1996 un nuevo manifiesto fue publicado, obra de otro de los próceres del «progreso», no solo estadounidense, sino de la totalidad del supremacismo pseudocivilizador de la mitológica civilización occidental. En una actitud reduccionista, neopositivista, racista y eurocéntrica, Samuel Huntington dividió al planeta en diversos bloques irreconciliables, todos ellos excepto el occidental, antitéticos a lo auténticamente civilizado, o sea, la plutocracia liberal burguesa europea/eurodescendiente capitalista—imperialista. Para lograr perpetuar su añorado sueño de hegemonía planetaria absoluta, EE. UU. tendría que enfrentarse a distintas caras del *salvajismo y el subdesarrollo*. Occidente, antes regido por el pánico rojo, ahora se encontraba a merced de nuevos y viejos peligros, comenzando con el Islam, cuya animadversión surgió muchos siglos antes del mismo concepto de occidente. También se le sumaba una nueva y temible Rusia, pero ya no la soviética, sino *una mezcla de autocracia, despotismo y polvosa ortodoxia cristiana*. El fantasma anticomunista

tampoco había desaparecido del todo, ya que únicamente los moscovitas habían sido derrotados. En Pekín (o en Pionyang), el *terrorífico marxismo totalitario* perduraba. Más tarde, otro enemigo se sumaría, la *amenaza populista*, latente en ese nefasto concepto de *tercer mundo* compuesto por *repúblicas bananeras*, otrora controladas por caciques y señores de la guerra filogringos, principalmente en Abya Yala y África. En el mundo venidero presentado por Huntington los choques de aquellas civilizaciones eran inminentes y lógicos, y la Casa Blanca estaría ahí para alentarlos y beneficiarse, porque al final, el reino de la democracia, la libertad y el libre mercado triunfarían. Aquella fantasía también se derrumbó menos de dos décadas después, cuando alianzas entre supuestos enemigos eternos y culturas incompatibles comenzaron a gestarse.

Al inicio del siglo XXI Rusia vivía un proceso de reconstrucción tras la trágica década yeltsinista, mientras China estaba en vías de convertirse en la mayor superpotencia económica del planeta. Washington desenfundó las armas para el escenario que se avecinaba, en donde la pesadilla de Zbigniew Brzezinski comenzaba a materializarse. El cisma sinosoviético se había quedado atrás. El alineamiento entre Pekín y Moscú era una realidad y peor aún, potencias regionales y prácticamente todo el sur global se unirían paulatinamente a un nuevo modelo cuya premisa fundamental es resistir a la devastación y a la violencia promovida por Occidente. ¿Qué podían tener en común naciones con modos de producción, lenguas, corrientes religiosas, procesos históricos y tradiciones tan distintas? Que todas ellas, en distintos momentos, en los últimos cinco siglos, habían sido víctimas de la depredación, el genocidio y la humillación por parte de los imperios coloniales europeos y sus legatarios estadounidenses. Entre pueblos y culturas en las antípodas del orbe, encontraremos coincidencias y paralelismos. Lo realizado por los neerlandeses en Indonesia o por los belgas en el Congo fue similar a lo hecho por portugueses en Angola o Mozambique, del mismo modo que los crímenes franceses en Argelia o Polinesia se asemejan a la criminalidad inglesa/británica en India, Australia o Kenia.

En 2001, los think tanks yankees auguraban que la efímera unipolaridad imperialista colapsaría en la siguiente década. La estrategia

que siguieron es bien conocida; debían construir una amenaza ficticia con la cual pudieran legitimar una agresión continua sin precedentes en cualquier rincón del planeta y con ello posponer lo inminente. Debido a su imposibilidad para declarar una guerra preventiva contra el mundo entero, optaron por utilizar la excusa del paramilitarismo pseudoyihadista, el mismo que habían creado y utilizado en sus guerras proxy en las dos décadas previas contra la URSS en Afganistán, contra Yugoslavia en los Balcanes y contra la Federación Rusa en el Cáucaso. Para ello recurrieron a una estratagema que había sido en extremo efectiva seis décadas antes, cuando Japón atacó el territorio hawaiano ocupado por EE. UU., casus belli que derivó en la inmediata declaración de guerra de Washington contra Tokio. Hasta la fecha no hay certeza sobre qué nivel de conocimiento poseía la inteligencia y la milicia estadounidenses sobre un ataque japonés; su única certeza era su inminencia y su gran envergadura. Sabían que ocurriría y también lo deseaban, del mismo modo que sesenta años después también esperaban con ansia, por más perverso que pueda parecer, un ataque contra suelo continental estadounidense. La gran diferencia es que tenía que ser de un nivel de espectacularidad jamás vista, no contra objetivos militares o diplomáticos, en una lejana base embajada estadounidense en el oriente africano, sino en el mismísimo corazón de la plutocracia económica y financiera.

Horas después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, la administración de Bush Jr. aseguró que la responsabilidad recaía en Al-Qaeda, un enemigo fantasmagórico creado en las entrañas de la inteligencia estadounidense en los años ochenta para combatir a la URSS en suelo afgano, y justamente fue Afganistán la primera víctima, un país al norte del subcontinente indio, al sur de Asia Central, al oriente de Irán y con un Corredor como el Wakhan que lo comunica directamente con China. Entonces, la nueva fase de la agresión estadounidense contra el mundo inició en el centro de Asia, cerca de tres naciones como Irán, Rusia y China que, con base en las fatídicas experiencias de los dos últimos siglos, se niegan a someterse. Además de metas secundarias como el monopolio de la producción y tráfico de opio, la explotación de minerales o el freno contra el comercio terrestre

de hidrocarburos persas, el objetivo primordial del imperio fue crear un punto de avanzada que pudiera extender el caos en las naciones vecinas. Paralelamente, Washington, mediante sus mecanismos de propaganda acostumbrados, desarrolló melodramas como el *genocidio uigur*, todo con tal de provocar un levantamiento en Sinkiang, región autónoma de mayoría túrquica, pero con importantes minorías sinotibetanas, iraníes y mongolas.

Con una sociedad afgana sumergida en el caos y la injerencia, tarde o temprano ese escenario se extendería (gracias a Washington) a las cinco naciones centroasiáticas vecinas inmediatas de la Federación Rusa que en ese momento también combatía sangrientos intentos de secesión étnica, lingüística y religiosa en las autonomías republicanas caucásicas de Chechenia, Cherkesia, Kabardino—Balkaria, Ingusetia y Daguestán, cuya vanguardia separatista eran los mismos yihadistas pagados por Washington que supuestamente combatían en Afganistán. Con respecto a Irán y Pakistán, los servicios de inteligencia angloparlantes iniciaron su inyección de fondos a los separatistas baluchíes en ambas naciones (también con presencia en Afganistán).

En 2003, dos años después del inicio de la devastación imperialista de Afganistán, inició otra agresión estadounidense contra Irak (la segunda en trece años), la cual culminó con más de un millón de civiles iraquíes víctimas directas e indirectas de las atrocidades invasoras y con un país prácticamente destruido. Este genocidio fue estructurado tanto por el imperialismo estadounidense como por su prefecto colonial sionista. El objetivo final era seccionar al país étnica, lingüística y confesionalmente y extender la violencia hacia el oeste, a la República Árabe Siria y finalmente al oriente de los Zagros, fuera del contexto semítico y araboparlante, contra la República Islámica de Irán que desde 1979 se ha negado a someterse a los deseos del *Gran Satán* y continúa desconociendo el proyecto colonial, sionista y genocida israelí, el *Pequeño Satán*.

Mientras Estados Unidos destruía Afganistán e Irak, en las entrañas del imperio se gestaban planes que extenderían su barbarie. Tras haber demostrado en diversos niveles la efectividad de las revueltas de

laboratorio contra países como China, Polonia y Rumania (los tres casos en 1989) o la Yugoslavia de Slobodan Milošević en el 2000 (modelo OTPOR), el gobierno de Bush, Cheney y Rumsfeld aumentó los fondos para repartir los manuales y panfletos de Gene Sharp en más de una decena de naciones y con ello lograr sus objetivos golpistas e injerencistas, llevados a cabo por sus nuevas vanguardias conocidas romántica e insulsamente como sociedades civiles. Fueron apodadas como *primaveras* en el Norte de África y el Oeste de Asia y como *revoluciones de colores* en Europa del Este, Cáucaso y Asia Central.

En 2003, en las alturas caucásicas, las masas encabezadas por el esperpento Mijeil Saakashvili acabaron con el gobierno de Eduard Shevardnadze (el último canciller soviético) colocando en el poder a un lunático (no es exageración) cleptócrata que haría todo lo posible por satisfacer la sed expansionista rusófoba de los yankees. Cinco años después, buscando agradar a la OTAN, Saakashvili invadió las repúblicas separatistas de Abjasia y Osetia del Sur atacando a los cuerpos de paz de Naciones Unidas (compuestos por tropas rusas). Horas después, el ejército ruso atravesó el túnel de Roki desde Osetia del Norte—Alania (en suelo ruso) y puso fin a las aspiraciones atlantistas del gobierno de Tiflis. A la postre, Saakashvili saldría huyendo de Georgia al ser acusado de múltiples crímenes, estableciéndose en Ucrania, donde su amigo Petró Poroshenkolo le otorgó la ciudadanía y lo convirtió en gobernador de Odesa en pleno proceso atlantista de neonazificación.

Al igual que en Georgia, Washington estructuró procesos similares en muchas de las repúblicas ex soviéticas, buscando acabar con cualquier gobierno bien relacionado con Moscú. El plan era crear efectos dominó, provocando un levantamiento tras otro y creando gobiernos afines que acabarían siendo focos de desestabilización inmediatos a Rusia y que incluso podían contagiar al mismo pueblo soviético. En la región centroasiática, el gobierno kirguís de Askar Akáyev fue derribado en 2005. En el Cáucaso llegó el turno de Armenia en 2018. Después de que Serzh Sargsyan fue forzado a dejar el cargo, EE. UU. colocó a un gobierno sometido a los intereses del lobby armenio, el de Nikol Pashinián, quien además de dañar los lazos con Rusia, recientemente le entregó Artsaj a Bakú y Ankara. Otras revoluciones de colores no

prosperaron como la de 2005 en Bielorrusia, vinculada con los sucesos en Ucrania (la *revolución naranja* de 2004) cuando intentaron poner fin al gobierno de Alexander Lukashenko, acción repetida quince años después y que nuevamente fue repelida. En Rusia aquellas acciones tampoco prosperaron. Durante toda la década pasada, los servicios de inteligencia occidentales buscaron acabar tanto con los gobiernos de Dmitri Medvédev como de Vladímir Putin. La mecánica fue un refrito de los procesos de injerencia ya mencionados, por lo que fue posible desarticularlas, aún más cuando los elegidos por la embajada estadounidense para ser encabezar las revueltas eran prácticamente desconocidos por los rusos, como ocurrió con el neonazi, islamófobo y restauracionista monárquico Alexei Navalny, convertido en mártir por la *mass media* occidental.

La salida de la administración Bush en enero de 2009 provocó que la élite neoconservadora modificara su estrategia belicista. Al colocar en la Casa Blanca a Barack Hussein Obama, la plutocracia imperialista optó por presentarlo públicamente como un transgresor de las tradiciones imperialistas de sus predecesores, pero, como era de esperarse, aquel producto era el más genérico ejemplo del *gatopardismo* estadounidense. Obama prosiguió al pie de la letra el vendaval de destrucción y control planetario de sus predecesores por medio de la guerra multidimensional, la cual se convirtió en la estrategia dominante. Las guerras híbridas fusionan el cobarde estrangulamiento económico («sanciones» y bloqueos), ofensivas subsidiarias (*proxy*) mediante paramilitares y mercenarios, el secuestro o subordinación de instituciones nacionales incluyendo los poderes de los estados (*lawfare*), «revueltas» maquinadas en laboratorios (primaveras o revoluciones) y por supuesto la guerra cognitiva, la cual, con el predominio de los conglomerados mediáticos y digitales en redes sociales y plataformas de video ha alcanzado un nuevo nivel de peligrosidad e incidencia.

El modelo de las revoluciones de colores también fue replicado por el imperio en el Magreb y el Levante. En este caso, los conglomerados mediáticos las bautizaron como primaveras árabes. La mecánica fue idéntica, aprovechar el descontento o desencanto de un sector de la sociedad para derribar gobiernos, los cuales no necesariamente tenían

que ser antagónicos al imperio como fue el caso de Zine El Abidine Ben Ali en Túnez, quien era su cliente y títere, pero que osó acercarse poco antes al gobierno libio y buscar una alianza estrategia entre los estados amazigh norafricanos. Tras múltiples semanas de protestas, Ben Ali abandonó el poder en enero de 2011. En África el AFRICOM estadounidense buscaba desestabilizar toda la región. Ante dicho escenario brotaría el terrorismo que amenazaría la seguridad regional, por lo que EE. UU. y compañía tendrían que intervenir. Los nuevos gobiernos buscarían auxilio en el imperio y con ello legitimarían la injerencia. En Egipto el objetivo fue acabar con el gobierno de Hosni Mubarak, quien asumió el cargo tras el asesinato de Anwar el-Sadat en 1981. El caso egipcio era muy similar al tunecino. Después de haber traicionado la causa panarabista al normalizar lazos con el proyecto colonial sionista durante los acuerdos de Campo David, el gobierno caiota se convirtió en el segundo país con mayor apoyo militar por parte de EE. UU. Sin embargo, Mubarak buscaba reforzar lazos con Moscú y normalizar totalmente su relación Trípoli. Tan pronto Mubarak dejó el cargo, el Pentágono (con el apoyo de Israel y Catar) ya tenía listo un reemplazo, Mohamed Morsi, miembro de la Hermandad Musulmana egipcia (el grupo que supuestamente estuvo detrás del magnicidio de Sadat en el 81). Morsi duró poco más de un año en el cargo, siendo encarcelado y reemplazado nuevamente por un militar, Abdelfatah El-Sisi, cuyo gobierno perdura en función de su sometimiento al imperio y al sionismo.

Al oeste de Egipto, Libia se perfilaba como inexpugnable. Desde su ascenso al poder en 1969 Muamar Gadafi había sido uno de los huesos más duros de roer por un imperialismo que temía que la Yamahiriya se extendiera a otros rincones del continente africano y que pudiera fraguar un frente común frente al imperio, tanto militar como económico, ya que incluso amenazaba con el abandono del dólar a nivel regional. Pese a los intentos por orquestar protestas masivas, estas se toparon con una gran mayoría fiel a la causa panafricanista, con un líder en extremo popular. Por ende, en occidente se dio la orden de pasar a la siguiente fase, la agresión paramilitar. Desde las fronteras meridionales y occidentales del país, miles de mercenarios atravesaron el Fezán en

dirección a las grandes urbes costeras de la Tripolitania y la Cirenaica, como Trípoli, Misurata y Bengasi. Pese a la invasión del paramilitarismo multinacional, el gobierno de Gadafi se mantuvo durante meses, dando así inicio al «tercer acto», la agresión militar convencional, encabezada por EE. UU. y sus imperios coloniales domesticados, Gran Bretaña y Francia, azotes históricos de África, quienes destruyeron en pocos días la infraestructura de un país que años antes se había convertido en uno de los más desarrollados del continente. Gadafi fue torturado y asesinado el 20 de octubre de 2011 en Sirte, muy cerca de su lugar de nacimiento. Antes de su asesinato auguró que, si Libia caía, el país se sumergiría en un estado fallido y en un caos generalizado que podría extenderse al norte del Mediterráneo. Dicho y hecho, la Libia postgadafi es un territorio disputado por señores de la guerra en un conflicto alentado por potencias regionales, con mercados de esclavos y con una esperanza de vida en picada. Otra historia de éxito de la democracia washingtoniana.

En marzo de 2011, la primavera yankee llegó al Máshrek. La destrucción de la República Árabe Siria es uno de los casos prototípicos y funciona perfectamente para explicar la manera en que Occidente ha estructurado agresiones híbridas para destruir naciones soberanas. Los cimientos de la injerencia tenían décadas de haberse establecido en los medios, academias y gobiernos occidentales, desde que el panarabismo se afianzó en suelo damasceno e inició su resistencia contra el invasor sionista que desde 1967 ha ocupado el Golán. La primera fase consistió en desarrollar «protestas» y disturbios callejeros, que no eran más que el «debut público» de aquellos terroristas que semanas después desenvainarían sables y dispararían M-16. Para darle veracidad a dichos acontecimientos, los medios contaban con «paneles de expertos» en sus crónicas, vulgares traidores exiliados o miembros de los grupos terroristas avecindados y cobijados por Europa y EE. UU. Junto con ellos se encontraban los académicos de raigambre orientalista y esnobista más repulsiva.

Lo ocurrido en Siria fue otro eslabón en el proceso de injerencias prefabricadas, pero que, a diferencia de otros casos, se prolongó por más de una década. En la injerencia estuvieron involucradas gran parte de las

marionetas regionales del imperio, comenzando con los petroreyezuelos del Golfo: cataríes, emiratíes y saudíes, además de turcos, sionistas y estadounidenses. Sus metas eran diversas, desde lo energético a lo sectario, siendo la principal fracturar el naciente Eje de la Resistencia. Como había ocurrido en Egipto, cuando la «primavera siria» no prosperó, se pasó al siguiente nivel: la agresión paramilitar, a través de grupos como Al-Qaeda (Al-Nusra) o Daesh, el primero patrocinado por Doha y Ankara y el segundo por Riad y Abu Dabi. La invasión multinacional paramilitar de Siria fue catalogada rápidamente por Occidente como una «guerra civil», un conflicto en el que obviamente el Ejército Árabe Sirio fue retratado como una fuerza maléfica enemiga de su propio pueblo. Curiosamente, era el mismo gobierno árabe sirio el encargado de velar por la tolerancia interconfesional, étnica y lingüística de todos los sirios: cristianos de todas las denominaciones, musulmanes suníes, chiíes (incluyendo los alauitas), drusos, mandeos y yazidíes. El apoyo armado y logístico corrió a cargo del imperio, el expansionismo neo-otomano turco y el ente sionista. Ambos batallones terroristas poseían dos facetas, comenzando con la «benigna», la del supuesto «islamismo moderado», santificada por los medios y gobiernos occidentales. Aquella fachada fue bautizada como Ejército Libre Sirio, que no era más que la máscara mediática del mismo terrorismo multinacional. Esta faceta fue promocionada hasta por Hollywood celebrando la existencia de aquella aberración apantallaidiotas conocida como Cascos Blancos.

Un rol parecido fue el desarrollado por grupos paramilitares kurdos, también beatificados por occidente, pero cuya misión, a diferencia de los anteriores, no era apoderarse de la capital, sino lograr la secesión del noreste sirio y la incorporación al proyecto de balcanización kurdo en suelo iraquí. Nuevamente, el patrocinio corría por cuenta de Washington y Tel Aviv. La labor de los medios prosiguió con su satanización del gobierno de Bashar al-Ásad. Con absoluto cinismo le otorgaban «veracidad» a los ataques de bandera falsa, o peor aún, participaban directamente en montajes, como aquel monumental ridículo de la BBC londinense al ser descubiertos in fraganti en plena puesta en escena de un supuesto ataque químico. Los grupos terroristas siempre eran

escortados a la distancia por tropas estadounidenses y turcas y cuando era imperativo, los drones y jets de combate occidentales les salvaban el pellejo, del mismo modo que los sionistas, quienes en sus hospitales médicos móviles en el Golán Sirio ocupado atendían a los decapitadores de los grupos ya mencionados.

Pese a la intervención directa de Rusia en 2015 y al constante apoyo por parte de Teherán y el Hezbolá libanés, la República Árabe Siria cayó en diciembre de 2024. La agresión contra Rusia en sus fronteras occidentales, el agotamiento del ejército sirio y la traición de altos mandos del ejército provocó la caída del último gobierno panarabista secular y un bastión del Eje de la Resistencia. Hoy en Damasco ondean las banderas de Al Qaeda y Daesh con un presidente que hace unos meses ordenaba la decapitación y niños y ancianos, de cristianos y chiíes por igual. El agente sionista y estadounidense Ahmed Hussein al-Sharaa alias Abdullah Bin Muhammad, alias Abu Mohammad al-Julani, entre otros, ha prometido que normalizará los lazos con el ente colonial sionista y genocida israelí y que incluso está dispuesto a entregar el Golán sirio, lo cual, de ocurrir, desencadenaría la balcanización confesional y étnico- lingüística del territorio sirio añorada desde hace décadas por Washington y Tel Aviv.

Al sur de la península arábiga, otra injerencia comenzó a tomar forma en 2011. Las escenas transmitidas desde Cairo envalentonaron a la población yemení para mostrar su repudio al gobierno de Alí Abdalá Salé quien desde 1978 había controlado Yemen, primero desde Yemen del Norte y posteriormente en la nación unificada. Aunque Salé se aferró al poder, en enero de 2012 salió del país, solo para retornar meses después para enfrentarse al flamante nuevo líder Mansur al-Hadi, su exvicepresidente, quien se había convertido en marioneta de Riad y Abu Dabi. Mientras tanto, la milicia zaidí chií (junto con otros grupos tanto chiíes como suníes) heredera de Hussein Badreddin al-Houthi se enfrentaba a las tropas fieles a Hadi lo que los llevó a fraguar alianzas efímeras con Salé y sus seguidores. En 2015, Hadi huyó a tierras wahabíes, dando inicio a la agresión multinacional contra Yemen, encabezada por las petromonarquías del Golfo, EE. UU., Gran Bretaña y su engendro sionista. Al mismo tiempo, los mercenarios de Daesh en la

nómina de los petromonarcas fueron desplegados. Al igual que en Palestina, la agresión contra Yemen ha sido campo de pruebas del nuevo modelo de guerra dronizada de EE. UU., siendo la administración Obama el artífice de aquella faceta que inauguró una nueva carrera armamentista. A finales de 2017, traicionando su alianza con los hutíes, Salé quiso pactar con los saudíes. Tras un enfrentamiento con los hutíes, fue ejecutado. Conforme la asimétrica agresión contra Yemen proseguía, la tecnología misilística de la resistencia fue aumentando, generando respuestas directas contra saudíes principalmente la infraestructura petrolera (Aramco) y militar. Una década de agresiones multinacionales contra el pueblo yemení han costado la vida de 400,000 civiles, sin embargo, Yemen continua imbatible, apoyando incluso a la causa palestina, no con declaraciones hipócritas y demagógicas sino con hechos, asestando en el último año duros golpes a la estructura militar colonial sionista.

En Europa, la década pasada estuvo marcada por la continuidad de la guerra multidimensional washingtoniana. Lo ocurrido en Ucrania desde finales de 2013, es una calca de la agresión contra Siria, siendo la diferencia más notoria, que en lugar de huestes takfiríes y salafíes, aquí los protagonistas primigenios fueron mercenarios neonazis, tanto ucranianos como de todo occidente, aunque también participaron yihadistas caucásicos y centroasiáticos rusófobos, muchos de ellos veteranos de los intentos de balcanización del suroeste ruso a comienzos del presente siglo. De hecho, en 2004 Occidente ya había realizado un proceso parecido. Durante las elecciones presidenciales ucranianas, la OTAN, la Unión Europea y EE. UU. se volcaron en evitar que Víctor Yanukóvich llegara a la presidencia, asegurando que detrás de él se encontraba el Kremlin y que incluso las elecciones habían sido amañadas a su favor. Mediante los mecanismos usuales, Washington y Bruselas movilizaron a las masas a las calles que acabaron colocando al candidato perdedor, Víctor Yúschenko. Tras una desastrosa administración caracterizada por la privatización de sectores estratégicos, empobrecimiento de la población y una imposición de los intereses atlantistas, Yanukóvich, pese a la demonización, se convirtió en presidente en 2010. A finales de 2013 EE. UU. orquestó una nueva

injerencia, esta vez mucho más agresiva y semejante a lo ocurrido en Siria. El resultado del Euromaidán fue el establecimiento de un régimen golpista elegido por Washington (el de Petró Poroshenko) y la consolidación del paramilitarismo neonazi y rusóphobo que orquestó un proceso genocida contra la población rusoparlante al oriente y al suroeste como también en la península de Crimea, sin mencionar la violencia contra grupo antifascistas y las comunidades de habla magiar, rumana y romaníes en territorio ucraniano.

América Latina y el Caribe también han vivido una nueva fase de injerencia que incluso puede considerarse un segundo *Plan Cóndor*, procesos que por su cercanía tanto temporal como geográfica nos resultan mediana o ampliamente conocidos. En la primera década del presente siglo, ante el hartazgo popular tras dos siglos de violencia, miseria, desigualdad y humillación fomentada por el imperio angloparlante, distintos movimientos de resistencia se fueron gestando en el continente, algunos en las calles o en el campo entre los sectores más empobrecidos, vejados y perseguidos, pero también desde contextos políticos, académicos e incluso dentro de ejércitos nacionales. Las agresiones contra la República Bolivariana de Venezuela de los últimos 26 años sintetizan a la perfección el modelo de agresión híbrida estadounidense que el mundo y en especial el sur global han enfrentado. La ofensiva imperialista, esta vez de carácter híbrido, inició en Venezuela en 2002, con el golpe contra el presidente Hugo Chávez Frías, el cual, gracias a la pronta y masiva protesta del pueblo bolivariano, logró revertirse. Desde ese momento, EE. UU. no se ha detenido en su agresión contra la República Bolivariana, la cual se ha realizado desde diversos frentes en un proyecto multidimensional de desgaste. En 2014, tomando el ejemplo de Ucrania y Egipto (como lo expresaron públicamente), los grupos de choque se enfocaron en generar actos de sabotaje, destrozos e incluso linchamientos en las urbes venezolanas, siguiendo al pie de la letra los manuales de terrorismo publicados por la CIA décadas atrás. Las llamadas guarimbas se repitieron en 2017 y 2024, aunque su impacto fue menor. Esta estrategia ha ido acompañada de una guerra mediática sin precedentes desde el exterior, a través de los medios tradicionales corporativos anglo e

hispanoparlantes encabezados por los opositores fascistas exiliados en el epicentro imperial o entre las élites de regímenes afines. Sin embargo, el arma predominante contra Venezuela durante el gobierno de Nicolás Maduro Moros ha sido la económica, mediante un bloqueo y estrangulamiento financiero y comercial que ha buscado generar una crisis social interna que derive en carestía, crisis sanitaria y, de ser necesario, hambruna para provocar un levantamiento social que responsabilice al gobierno. Este mecanismo de carácter genocida es tolerado y promovido por las instituciones creadas o subordinadas a EE. UU., comenzando con su «ministerio para las colonias» conocido como la Organización de Estados Americanos, organismo washingtoniano creado en 1948 con el fin de legitimar las cruzadas imperialistas contra Nuestramérica.

En 2004, el presidente haitiano Jean-Bertrand Aristide vivió un golpe militar/paramilitar orquestado por Washington y París, que incluso culminó con su secuestro por parte del ejército estadounidense. Veinte años atrás, en 1994, durante su primer mandato, Aristide también fue derrocado por otro golpe planeado por la Casa Blanca. Las causas del segundo fueron su acercamiento a Venezuela y sus intentos de unidad antillana, su condena a las atrocidades estadounidenses durante sus invasiones y el plan que estaba punto de presentar públicamente para exigir reparaciones al gobierno francés por cuatro siglos de atrocidades contra el país isleño. En Centroamérica, el gobierno hondureño de Manuel Zelaya sufrió un golpe judicial/militar ordenado por la administración Obama, ante el inminente referéndum que buscaba organizar un proceso constitucionalista. En 2010 un golpe policial intentó derrocar al presidente ecuatoriano Rafael Correa, al igual que en Venezuela, la intervención del pueblo ecuatoriano contrarrestó el golpe, salvando la vida del presidente. En 2012, un golpe legislativo terminó con el gobierno del paraguay Fernando Lugo, alentado por la embajada estadounidense en Asunción y llevado a cabo por la élite del fascista y reaccionario Partido Colorado. El *lawfare* golpista también fue utilizado en Brasil en 2016 contra el gobierno de Dilma Rousseff —quien durante el primer Plan Cóndor había sido detenida y torturada— quien fue destituida. Meses después, en 2017, a pesar de que su primer mandato

había terminado en 2010, una ofensiva judicial y legislativa que montó un caso repleto de mentiras y manipulaciones, condenó al expresidente Luiz Inácio Lula da Silva a prisión. En 2021, la sentencia fue anulada, demostrándose que todo había sido orquestado por la milicia y la plutocracia *brasileira*, los mismos que habían colocado al fascista y fanático Jair Bolsonaro en la presidencia en 2019. El 1 de enero de 2023, Lula da Silva retornó a la presidencia. En noviembre de 2019, Evo Morales sufrió un golpe militar/paramilitar que instauró un régimen supremacista de la peor ralea, apoyada y armada por el gobierno argentino de Mauricio Macri y, por supuesto, por Washington y su ministerio colonial, la OEA. Tras estos hechos, la represión del golpismo encabezado por Jeanine Áñez cobró la vida de decenas de bolivianos.

La contraofensiva imperialista con la Doctrina Monroe en esteroides también ha apostado por las élites nacionales filogringas latinoamericanas para realizar el trabajo más sucio dentro de sus «colonias», siguiendo ejemplos históricos como los regímenes dictatoriales totalitarios fascistas de los sesenta y setenta o tan cercanos como el narcoparamilitarismo uribista colombiano. La delirante narrativa recurre a los elementos comunes de su discurso anticomunista del siglo pasado, asegurando que «salvarán a sus naciones de los peligros del comunismo», agregando nuevas variaciones, clichés y estereotipos: *la amenaza populista*, *el peligro progresista*, etc. Gracias a las campañas de pánico y desinformación estructuradas por los conglomerados mediáticos de la mano de fraudes institucionales personajes tan nefastos como Jair Bolsonaro lograron entronizarse, un militar abiertamente golpista y anticomunista, homofóbico, misógino y antifeminista, supremacista cristiano, islamófobo, sionista... vaya, un popurrí que amalgama el historial de la ultraderecha más nociva y abyecta, un fascista orgulloso de serlo cobijado por Washington.

El actual caso salvadoreño es igualmente escabroso, una nación convertida en un enclave carcelario estadounidense con un régimen encabezado por un junior fanático como Nayib Bukele, que además de traicionar sus orígenes político —ideológicos (dentro del FMLN) e incluso familiares (al ser de ascendencia palestina) ha establecido un régimen persecutorio dictatorial acallando toda crítica y aplastando los

derechos del pueblo salvadoreño. En Ecuador, tan pronto Rafael Correa dejó el cargo en 2017, inició un proceso funesto que ha convertido a aquella nación en un régimen oligárquico con una sucesión de caniches del imperio, comenzando con Lenín Moreno, quien traicionó el legado correísta y de unidad latinoamericana y quien llegó incluso a abrirle la puerta de la embajada ecuatoriana en suelo londinense a las fuerzas británicas que acabaron secuestrando a Julian Assange. La tragedia ecuatoriana prosiguió con Guillermo Lasso, banquero y prócer neoliberal, evasor fiscal y lavador de capitales, quien a comienzos de este siglo provocó la mayor crisis social y económica en el Ecuador cuando la banca robó los ahorros del pueblo ecuatoriano. Y así llegamos al período de Daniel Noboa, ciudadano estadounidense criado en Miami, hogar de la plutocracia latinoamericana en el exilio, miembro de una estirpe de oligarcas narcobananeros (literalmente) quien fue colocado en el poder en 2023 y quien ha sumergido al Ecuador en una crisis sin parangón, donde impera la miseria, violencia y corrupción. Fue precisamente con Noboa que se visibilizó el grado de impunidad y cinismo que el imperio está dispuesto a tolerar por parte de sus cipayos, caciques y gorilatos en nuestra América, demostrado con el asalto a la embajada mexicana en Quito la noche del 5 de abril de 2024, cuando fuerzas militares y policiales del régimen irrumpieron en —territorio mexicano— para capturar al exvicepresidente Jorge Glas, pisoteando la Convención de Viena y todos los referentes en torno al asilo diplomático. La última pieza en el plan geoestratégico hemisférico estadounidense en América Latina ocurrió en Argentina, que desde diciembre de 2023 es controlada por una junta fanático anarcocapitalista encabezada por el antisocialista, antiperonista y aporofóbico Javier Milei, abiertamente prosionista, filoyankee y probritánico.

Quinta Fase/Terminal — El proceso de contracción imperialista y el lento colapso de la hegemonía estadounidense y occidental.

Durante la administración Obama, Washington intentó ganarse las mentes y corazones del gobierno chino, todo con el objetivo de alejar a Pekín de Moscú y su poderío energético. Posteriormente, durante el

primer mandato de Trump intentaron hacer lo mismo a distanciar a la Federación Rusa de la órbita china, epicentro global, tecnológico y económico. No lo lograron. En este momento, el imperialismo estadounidense se encuentra en una encrucijada. Su otrora casi omnipotencia ha perdido efectos en un contexto global que ha presenciado el resurgir de antiguas potencias y el ascenso de nuevas y peor aún, estas han forjado alianzas y acuerdos de toda índole. Los últimos cinco siglos de dominio europeo/occidental/euro descendiente están llegando a su fin, siendo el imperialismo yankee su último eslabón. Ante este escenario Washington tuvo la opción de decidir si renunciaba a su salvaje excepcionalismo y coexistía pacíficamente con el mundo como cualquier nación con un gobierno racional lo haría o bien optaba por lidiar un escenario en extremo adverso, que implicaba confrontar a un bloque como el sino ruso que además ha forjado mancuernas con potencias regionales y prácticamente con todo el sur global. La decisión de EE. UU. es más que evidente, como era de esperarse, optaron por la violencia. Las lecciones aprendidas en las centurias previas les han mostrado a pekineses, moscovitas, teheraníes, africanos, latinoamericanos y a la totalidad de la humanidad que no se debe confiar en un imperio, mucho menos en una fase terminal en la que como nunca antes están dispuestos a cometer múltiples crímenes con total impunidad con tal de perpetuar su hegemonía, cual carcamal con demencia senil. En los últimos años, los estadounidenses se arrancaron su máscara de hipócrita santurronería como emisarios de la libertad, democracia y demás abstracciones, mostrándole al mundo su verdadero rostro, lo que antes cometían en las sombras o con cierto pudor hoy lo hacen abiertamente. La Casa Blanca ya no tiene problemas en aceptar que patrocinan a nazis en Ucrania o Al Qaeda y Daesh en Siria. Celebran sin ningún reparo el surgimiento de regímenes fascistas como el brasileño bolsonarista o el carcelario salvadoreño, mientras en su propio territorio, ante el terror que les produce el ya visible cambio demográfico, realizan cacerías humanas de mexicanos y centroamericanos. Lo que estamos presenciando es la síntesis de toda la historia estadounidense encapsulada en dos décadas. Lamentablemente el paulatino declive del imperio no se traduce en una paz duradera para el mundo. El colapso, aunque se ha acelerado en los últimos años,

continuará siendo tortuoso para todos, en específico los pueblos alejados o antagónicos al epicentro decrepito.

El ente colonial sionista y genocida israelí ha sido desde su concepción un proyecto de control geoestratégico occidental, primero británico y desde 1948 estadounidense (sin mencionar el efímero mecenazgo francés). Esencialmente, ha fungido como una prefectura colonial, su estado 51 ultramarino, y, por supuesto, como un laboratorio bélico, cuya víctima primigenia y principal ha sido el pueblo palestino. La *Nakba* de 1948 cuando más 800,000 palestinos fueron expulsados y más de 500 aldeas y ciudades arrasadas u ocupadas, con masacres como Deir Yassin o Tantura y la *Naksa* de 1967 que provocó la expulsión de otros 300,000 palidecen en comparación con los planes tanto sionistas como de su patrocinador angloparlante para limpiar étnicamente un territorio y campo de concentración/exterminio como lo es el territorio gazaí donde habitan más de dos millones de personas carentes de cualquier servicio básico. En los últimos 19 meses hemos visto con lujo de detalles en tiempo real como cerca de 200,000 palestinos han sido asesinados de las maneras más crueles y despiadas, de como una potencia militar con armas nucleares, químicas y biológicas con un presupuesto billonario y con el apoyo económico, político— institucional, tecnológico y militar de todo occidente se ha enfrentado a un pueblo que ni siquiera cuenta con un ejército. El catálogo del necropoderío sionista para aniquilar al pueblo palestino es terroríficamente vasto: bombardeos (hoy incluso «inteligentes»), hambruna, golpizas y violaciones, secuestro y ejecuciones, etc. Mientras el mundo entero se manifiesta en las calles de los cinco continentes mostrando su apoyo a Palestina y condenando la inmundicia genocida sionista, los gobiernos occidentales y sus conglomerados mediáticos prosiguen cínicamente negando, minimizando y exculpando las atrocidades de un sicariato israelí cuya narrativa, la *hasbara*, se ha derrumbado. Cuando visibilizamos la historia del sionismo, de la invasión judeoeuropea de Palestina y la creación del ente, también estaremos revelando la del imperialismo occidental, porque el sionismo fue engendrado por europeos para satisfacer su sed de materias primas y de control territorial, buscando evitar la emancipación de los pueblos

araboparlantes en el oeste asiático y el norte de África. Las recientes acciones del sionismo con un salvajismo genocida desenfrenado son un reflejo de lo que EE. UU. y sus vasallos están dispuestos a cometer en contra de múltiples culturas, naciones y pueblos de todo el mundo, pueblos considerados *animales humanos, bestias de la jungla fuera del jardín europeo*. Hablar del sionismo es hablar del imperio y diagnosticar la barbarie sionista es presagiar la occidental.

Malí, Burkina Faso y Níger, las naciones del Sahel han forjado relaciones defensivas y de cooperación económica, logrando expulsar definitivamente al imperio colonial francés, del mismo modo que en Melanesia, el pueblo kanaky busca la liberación de su tierra (llamada Nueva Caledonia por los europeos) aun bajo control de París. En Ho Chi Minh, capital vietnamita, el gobierno optó por acercarse a los BRICS, rechazando las ofertas de su victimario estadounidense. Caracas ha fortalecido su relación con Teherán, algo impensable hace unas décadas. México, bajo la sombra injerencista estadounidense desde hace 178 años, ha asistido como observador a la cumbre BRICS en Río de Janeiro. Mientras tanto, EE. UU. amenaza al Reino de Dinamarca, insistiendo que desean adquirir Groenlandia y a Canadá con absorber Alberta. Washington incluso ha llegado a amedrentar a Panamá, nación que ayudaron a crear, para no «favorecer» el comercio chino. Washington permite el rearme de Japón ante la futura agresión contra China y recomienda crear un ejército europeo para atacar a una Rusia desde el Báltico que claman por «descolonizar». Para los estadounidenses y sus progenitores europeos, el *mundo civilizado* o *libre* que se reduce a Europa Occidental, los estados coloniales angloparlantes EE. UU., Canadá, Nueva Zelanda y Australia (los célebres *Cinco Ojos*) y «miembros honorarios» como Japón y últimamente Corea, (la del sur por supuesto, no la «maligna» y norteña Juche), está en riesgo, por lo que la *comunidad internacional* tomará medidas. En pocas palabras, están preparados para incendiar al mundo con tal de prolongar su hegemonía. Pero afortunadamente la historia no llegó a su fin, todo lo contrario, está cambiando aceleradamente cada día y son los pueblos del Sur Global, ya sea en Asia, África, Oceanía y Nuestramérica, los que marcan esas profundas transformaciones. Lo que ha concluido es el dominio

eurocéntrico—occidental e imperialista estadounidense de un mundo en pie de lucha.

Niños y niñas soldados: ¿una construcción social peligrosa para los proyectos revolucionarios? (I)

A los héroes olvidados

Laura Taffettani

Prólogo

Es a mediados del siglo XX cuando comienza a visualizarse por primera vez la participación de los niños en los conflictos armados en la normativa internacional a través de los Protocolos Adicionales de 1977 de las Convenciones de Ginebra de 1949. En dichos protocolos se sugería no reclutar niños menores de 15 años.

Posteriormente, el desarrollo normativo internacional sobre los que luego se denominaron «niños soldados» se intensificó, particularmente después de la caída del Muro de Berlín, en las distintas convenciones y protocolos, así como también la perspectiva que se le fue imprimiendo al tema colocando dicha participación (la que considera además *sin discusión alguna* involuntaria y forzada) a la explotación infantil y a la trata de personas. También se prohibió directamente el reclutamiento de niños y niñas menores de 18 años.

Esta visión mutilada del problema, con la idea de «una infancia universal a la manera de la publicidad de Benetton», descontextualizada del tiempo histórico que vive cada niño o niña, así como también de la clase social que pertenece, que además lo único que debe hacer a esas edades es jugar y a ir a la escuela, ha sido una construcción social fogueada por los organismos internacionales dirigida a deslegitimar las distintas resistencias de los pueblos que deciden cuestionar la

dominación a la que se hallan sometidos y sublevarse a través de las armas.

De este modo le han quitado en forma absoluta el carácter de sujeto político que tiene una niña, niño o joven menor de 18 años, sin discriminar las diferentes situaciones que atraviesa en su devenir vital y el de su pueblo.

Por ello, es indispensable analizar el tema a la luz de los hechos históricos por los que atraviesan los niños y las niñas de los cuales estamos hablando, no «la infancia» en forma abstracta sino la infancia que representa los hijos e hijas de los pueblos trabajadores, en diferentes épocas y lugares. Es decir, nada más y nada menos que realizar un análisis concreto de la realidad concreta.

Paraguay a mediados de siglo XIX

En Latinoamérica, en la República del Paraguay, el Día del Niño se festeja el 16 de agosto en homenaje a los valientes niños que dieron su vida para defender su patria en la batalla de Acosta Ñu en el año 1869.

Paraguay, en la década de 1860, se había convertido en un pujante país de desarrollo económico autónomo y sostenido. Fue el primer país de Sudamérica que tuvo una acería, telégrafo y ferrocarril, así como también un Astillero donde se fabricaban barcos a vapor. No existía casi el analfabetismo y representaba un verdadero oasis en una Sudamérica que acababa de abandonar el yugo español, pero se lanzaba a brazo tendido al imperialismo anglo-francés que ya había afilado sus dientes para someter sus economías a sus propios intereses.

Frente a la osadía de Paraguay de constituir una verdadera República independiente, Inglaterra silenciosamente urdió una estrategia para sofocarla y utilizó toda su influencia en las incipientes burguesías de los países del cono sur para iniciar la llamada «Guerra de la Triple Alianza» en la que Argentina, Uruguay y Brasil declararon la guerra a la hermana República del Paraguay.

Paraguay luchó duramente contra la embestida, pero la batalla de Acosta Ñu selló la derrota de las tropas paraguayas que resistieron durante casi 6 años el embate con una desigualdad de fuerzas inmensa al unirse los tres países.

En realidad, el último año de la guerra estuvo más que nada dirigido a la persecución del presidente paraguayo Francisco Solano López y así fue reconocido por el comandante del ejército brasileño, el Duque de Caxias que al entrar en Asunción el 5 de enero de 1868 declaró públicamente que la guerra había terminado.

Caxias, al realizar su informe al emperador de Brasil, describe: *«El soldado paraguayo prefiere morir a rendirse; acentuó además «que la moral de ese ejército ya derrotado aumenta en la derrota y cuando sus soldados están bajo la mirada de López, se sienten magnetizados, pudiendo hacer lo imposible (...) lejos de economizar su vida, parece que buscan con frenético interés la ocasión de sacrificarla heroicamente y de venderla por otra vida o por muchas vidas de sus enemigos».*

Sobre los soldados paraguayos, Caxias, afirmó a su soberano que, siendo *«simples ciudadanos, mujeres y niños»*, son una sola y misma cosa, *«un solo ser moral e indisoluble»*, para concluir: *«Cuánto tiempo, cuántos hombres; ¿cuántas vidas y cuántos elementos y recursos necesitaremos para terminar la guerra, es decir, para convertir en humo y polvo a toda la población paraguaya, para matar hasta el feto en el vientre de la mujer?».*

Por esa razón, Acosta Ñu fue una de las más terribles batallas de la historia militar del mundo. La guerra había diezmado a la población del Paraguay y, a falta de hombres, los niños se sumaron a la batalla: de un lado estaban los brasileños con 20.000 hombres y del otro, 3.500 soldados de 10 a 15 años junto a 500 soldados veteranos. López mandó a marcarles bigotes y patillas a los niños con el tizne de los fogones y se improvisaron barbas postizas para confundir al enemigo.

Esa batalla se libró el 16 de agosto de 1869 mientras el Mariscal Francisco Solano López intentaba llegar al Cerro Corá, donde finalmente fue fusilado junto con su hijo, el coronel Juan Francisco

«Panchito» López, de 14 años, que intentaba proteger a su madre y hermanos pequeños durante la retirada

El embajador norteamericano en ese país, el general Martin Mac Mahon, un héroe de la guerra de Secesión que se caracterizó por la defensa del Paraguay denunció los abusos cometidos por los aliados. Cuando ya todo había terminado, recordó en diversos ensayos que publicó en *Harper's New Monthly Magazine* en 1870, la siguiente descripción: *«niños tiernos que llegaban arrastrándose, las piernas desechas o con horribles heridas de balas en sus cuerpos semidesnudos. No lloraban ni gemían ni imploraban auxilios médicos. Cuando sentían el contacto de la mano misericordiosa de la muerte, se echaban al suelo para morir en silencio como habían sufrido».*

Mac Mahon había abrazado la causa paraguaya, lo que le llevó a escribir: *«Muchos de esos niños tenían madres que no se hallaban lejos en las cuadras de las mujeres donde las balas y las bombas de los civilizadores aliados caían a granel, que no pensaban en sus hijos moribundos, ni en sus hogares ha mucho tiempo abandonados, ni en sus maridos que tal vez se hallaban agonizantes en esos momentos sino en la causa del país en su supremo momento de batalla...».*

Casi todos los hombres, ancianos, niños y mujeres, acudieron a defender hasta el último suspiro la Patria.

Un texto difundido por el Ministerio de Educación de la República del Paraguay expone a esta como una de las más sangrientas epopeyas que ha atravesado el pueblo paraguayo en lo que refiere a la matanza de niños, ancianos y mujeres en el siglo XIX. Señala: *«En esa batalla, niños de apenas de seis a quince años, eran vestidos como soldados para salir a combatir y en el fragor de la batalla, despavoridos, se agarraban a las piernas de los soldados brasileños, llorando que no los matasen. Y eran degollados en el acto»*, escribió el historiador brasileño Chiavenatto¹ Las madres de los niños en combate se escondían en la selva, sin poder hacer absolutamente nada, observando la lucha. No pocas agarraron lanzas y llegaron a comandar un grupo de niños en la resistencia.

Finalmente, después de un día de lucha, los paraguayos fueron derrotados. El Conde D'Eu, quien comandó la batalla, cuando estaba terminada, al caer la tarde, y las madres de los niños paraguayos salían de la selva para rescatar los cadáveres de sus hijos y socorrer a los pocos sobrevivientes mandó incendiar la maleza, matando, quemando a los niños y las madres salvajemente.

Este capítulo de la historia paraguaya representa uno de los hechos más heroicos y representativos de lo que significó la lucha del Estado por preservar la independencia y autonomía frente a las fuerzas imperialistas que operaban en la región que requerían de naciones sumisas y subordinadas para continuar con su saqueo, ahora de forma más solapada y «moderna» a la otrora Conquista de América.

Y lo lograron, Paraguay nunca pudo reponerse de dicha derrota que significó la muerte del 96,50 % de los hombres paraguayos.

Paraguay dos siglos después

El principal problema en el Paraguay, sin dudas, fue y sigue siendo el problema de la tierra, problema que se remonta a la postguerra de 1865-1870, cuando los sucesivos gobiernos realizaron la venta masiva de las tierras públicas, dando origen al latifundio.

Esto trajo aparejado un proceso de descomposición de la economía campesina y se produjo el gran desarraigo del pueblo campesino debido a la destrucción de la matriz de organización productiva basada en el esquema parcelario-comunitario, sustituyéndola por relaciones sociales fundadas en el intercambio y la propiedad privada del agro negocio como forma predominante de la tenencia de tierra. Esta situación se agravó aún más con el avance del modelo agro exportador latifundista en el país.

En Paraguay, el 90% de la tierra está actualmente en manos de 12.000 grandes propietarios, mientras que el restante 10% se reparte entre 280.000 pequeños y medianos productores².

Esto ha hecho que el movimiento campesino se haya convertido en un actor histórico y clave en el Paraguay, fundamentalmente por su lucha y resistencia frente a la desigualdad e injusticia que caracterizaron desde siempre a ese país.

El surgimiento de organizaciones y las características del movimiento campesino ha ido sufriendo una evolución a lo largo del tiempo que ha supuesto un recrudecimiento de las luchas en relación con el progresivo empeoramiento de la situación campesina asociado al avance del sector sojero y el agro negocio.

Fruto de esa dramática situación del campesinado y de la escalada de violencia en las luchas, el Partido de Izquierda «Patria Libre» del Paraguay, que tenía participación electoral, es duramente perseguido y desarticulado. Uno de los efectos de esta dura represión fue que un grupo de jóvenes que pertenecía a esa estructura fundara una organización armada llamada Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP), de inspiración marxista-leninista, que se asienta en la zona norte de la región oriental del país. Entre sus fundadores se encontraban tres jóvenes hermanos miembros de la Familia Villalba: Carmen, Osvaldo y Liliana Villalba Ayala.

La Organización comienza a operar oficialmente con ese nombre en el año 2008, pero previamente ya había desarrollado algunas acciones por las que algunos de sus miembros son encarcelados.

Carmen Villalba Ayala había sido apresada en el año 2003. Actualmente, sigue encarcelada a pesar de haber cumplido sobradamente su condena de 18 años de prisión porque, cuando debían otorgarle la libertad la volvieron a condenar por otros 17 años en una causa armada en el 2018 acerca de un supuesto hecho en el 2004 en un claro estratagema del Poder Judicial para no permitirle la libertad.

Osvaldo Villalba Ayala murió en un enfrentamiento con las FTC el 23 de octubre de 2023 y Liliana posee orden de captura.

Desde el momento en que el EPP comenzó sus operaciones y se hizo pública su presencia en el norte paraguayo, los demás miembros de la

familia Villalba, no beligerantes, comenzaron a ser acosados por las fuerzas de seguridad en sus domicilios. En particular, los niños y niñas sufrieron en forma constante seguimiento o personas que le sacaban fotos o los interceptaban en la puerta de la escuela.

Luego de cambiar varias veces de domicilio para eludir el permanente hostigamiento, ya que eran rápidamente ubicados y continuaban las acciones de persecución, en el año 2008 hicieron un primer intento de vivir en Argentina en la localidad de Clorinda, Provincia de Formosa.

El 30 de mayo de 2010, el hijo de Carmen Villalba Ayala, Néstor Oviedo Villalba, de 13 años de edad, quien se encontraba viviendo con sus tías y abuela en Clorinda, cae gravemente enfermo falleciendo ese mismo día. Antes de morir, relató que unos hombres uniformados el día anterior le rociaron una especie de líquido en el cuerpo. Las condiciones de precariedad de la familia y el miedo hicieron que no impulsaran la investigación en ese momento, pero este hecho hace que retornen al Paraguay.

Sin embargo, las acciones de persecución no solo continuaron, sino que se acrecentaron, cada vez más en forma ostensible siempre dirigida especialmente hacia los niños, por lo que finalmente en el año 2011 el grupo familiar se asienta definitivamente en Argentina, en la ciudad de Puerto Rico, Provincia de Misiones donde tramitan la residencia los miembros de nacionalidad paraguaya.

Dentro del grupo familiar residente en Argentina, entonces, se encontraban Lilian Mariana y María Carmen Villalba, nacidas en Argentina. Por la situación de persecución, ellas fueron creciendo sin contacto con sus padres y la necesidad de conocerlos personalmente fue cada vez mayor.

Si bien su familia no estaba muy segura de que estuvieran dadas las condiciones para que las niñas crucen la frontera a ver a sus padres, fue tan grande la insistencia que finalmente cedieron a la presión y organizaron el viaje para que fueran a pasar la jornada de verano del 2019-2020 hasta comenzar el ciclo escolar en marzo de 2020.

El contingente estaba compuesto por Laura Villalba Ayala, su hija María Carmen de 11 años, sus sobrinas Lilian Mariana también de 11 años (hija de Myrian Villalba), las mellizas Tamara Anahí y Carmen Elizabeth Oviedo Villalba (hijas de Carmen Villalba) de 14 años y Tamara Anahí Villalba (hija de Rosa Villalba) de 17 años.

Pero al llegar la fecha de regreso, surgió lo impensado y fue que se declaró la pandemia COVID-19 cerrándose las fronteras herméticamente, por lo que no pudieron retornar y tuvieron que improvisar una especie de campamento para sostener su estadía en el lugar.

A unos días de cumplirse el 151 aniversario de la Batalla de Acosta Ñu, el 2 de septiembre de 2020, en la localidad de Yby Yau, Departamento de Concepción de la República del Paraguay, las FTC (Fuerza de Tarea Conjunta) ubican el campamento, irrumpen violentamente y María Carmen y Lilian Mariana Villalba de 11 años de edad fueron capturadas y fusiladas por el ejército, en lo que para el Gobierno Paraguayo fue un operativo exitoso contra el grupo insurgente EPP.

El general Héctor Grau, comandante de la FTC afirmó rápidamente en los distintos medios de comunicación que era prácticamente un hecho que las dos mujeres fallecidas en campamentos del Ejército del Pueblo Paraguayo en Yby Yaú, eran argentinas y que en Argentina se creó una «guardería» de «soldados» del grupo criminal.

«Las evidencias están en el mismo lugar. Fueron solo sacados los cuerpos y anoche se hizo el análisis en la morgue de Yby Yaú. Nuestro siguiente paso es denunciar el reclutamiento de niños soldados por parte del EPP como parte de crímenes de lesa humanidad», adelantó el general³.

Ya para el 3 de septiembre la información que circula es que el equipo forense había estimado las edades de las mujeres abatidas entre los 15 y 18 años y casi en forma premonitoria el Gral. Grau, comandante de la FTC especuló con que posiblemente eran de nacionalidad argentina y familiares de Liliana y Osvaldo Villalba⁴.

Los cuerpos fueron inmediatamente inhumados bajo el pretexto de los protocolos sanitarios del coronavirus, así como también las ropas que vestían fueron quemadas. Tampoco se grabó el procedimiento *«porque no cuentan con los equipos necesarios»*.

Al comenzar a difundirse las imágenes de los cuerpos abatidos, la familia radicada en Argentina reconoció inmediatamente a sus niñas y comenzó a denunciar su ejecución.

Finalmente, el 5 de septiembre frente al escándalo internacional que se desata al hacerse pública la noticia de que eran niñas, los cuerpos de las pequeñas fueron exhumados y trasladados a Asunción para realizar una autopsia en la que el forense interviniente determinó que la edad de las niñas era de 11 años.

Frente a lo que se veía a todas luces como un acto de terrorismo de Estado cuyo único responsable eran las fuerzas que intervinieron en el operativo, el Ejecutivo paraguayo denunció formalmente *«la presencia de niños dentro de actividades del autodenominado Ejército del Pueblo Paraguayo y pidió al Ministerio Público una investigación sobre cómo llegaron los menores hasta el grupo criminal»*⁵.

Luego de la emboscada del 2 de septiembre, las sobrevivientes que lograron huir del lugar (también testigos de lo sucedido) fueron implacablemente perseguidas por la FTC.

En el hecho del 2 de septiembre, Carmen Elizabeth Oviedo Villalba (Lichita) de 14 años de edad, había sido herida en una pierna y tenía dificultades para movilizarse. Laura y las niñas fueron acompañadas para intentar salir del país por tres combatientes del EPP dado el desconocimiento que tenían de la zona.

El 20 de noviembre son nuevamente interceptadas y en ese hecho la FTC asesina a los tres militantes que las acompañaban. Son ejecutados a sangre fría mientras transitaban por el bosque, la fuerza dispara a 500 metros con armas dotadas de mecanismos calóricos e infrarrojos que detectan el calor humano y dirigen el disparo⁶.

En esa ocasión, Carmen Elizabeth vuelve a recibir un disparo que la tocó de refilón en la cabeza, por si no quedaban dudas el objetivo real de estos operativos.

El grupo familiar logra nuevamente huir, pero ya sin asistencia, lo que provoca que se pierdan en el monte ante la falta de conocimiento del terreno y pasan días deambulando, sin comida, sin agua y con Carmen Elizabeth herida.

Por esta razón, el grupo se divide, quedando Laura con Carmen Elizabeth frente a su imposibilidad de moverse y su hermana y prima van en búsqueda de comida y agua, pero las jóvenes se pierden y eso hace que Laura vaya en su búsqueda. Cuando regresan el 30 de noviembre, no encuentran a Carmen Elizabeth en el lugar, pero sí sus pertenencias en el lugar.

Allí, Laura decide que Tamara y Tania busquen el modo de regresar a Argentina y ella se quedará buscando a su sobrina.

Durante la búsqueda, algunos lugareños le informan a Laura que habrían visto a fuerzas de seguridad llevarse a Lichita y subirla a un vehículo.

El día 23 de diciembre de 2020, Laura es detenida por un retén de la policía mientras buscaba a su sobrina, sin que en ese momento existiera orden de captura alguna, a pesar de que se identificó sin oponer resistencia. El solo apellido Villalba bastó para quedar detenida.

Ese mismo día, Tania y Tamara pudieron llegar a Argentina gracias a la solidaridad de pobladores paraguayos que las fueron ayudaron en el camino, pudiendo brindar testimonio de lo sucedido y sobre todo corroborar la sospecha que se tenía: que al momento de ser detenidas Lilian y María Carmen estaban con vida.

Nuevamente, la historia del Paraguay se tiñe de sangre de niños.

El Gobierno del Paraguay, aun con toda la evidencia demostrada, continuó con su campaña de señalamiento al EPP que estaría reclutando a menores de edad. El 30 de diciembre de 2020 realizó una conferencia

de prensa en la que mostró una serie de evidencias supuestas de que emplea en sus filas a menores: hijos de sus integrantes, crecidos y educados en Argentina y luego devueltos a los campamentos de la guerrilla donde nacieron.

«Se confirman nacimientos de menores en campamentos, posteriormente trasladados a Argentina para crecer y posteriormente volver a ingresar a Paraguay y al monte y utilizarlos (a los menores) como combatientes», dijo a los medios el fiscal Federico Delfino⁷.

Posteriormente, Laura Villalba Ayala fue juzgada y condenada por incumplimiento de deberes familiares al ser acusada de llevar las niñas al Paraguay al lugar del conflicto presumiblemente para ser reclutadas por el EPP, del asesinato de Lilian Mariana y María Carmen no hubo expediente, ni investigación, ni sospechosos y menos aún imputados (a pesar de que estaba claro que habían disparado los miembros del FTC que participaron del operativo del 2 de septiembre), la única que terminó acusada por el asesinato de las niñas fue Laura Villalba, madre y tía de las víctimas. Como las penas son menores para este tipo de delito, luego se la condenó por terrorismo, acusándola de cumplir funciones de logística en relación con el grupo armado. También fue condenada en ausencia Myrian Villalba Ayala, madre de Lilian Mariana, aunque ella no había estado en el lugar.

Del mismo modo, Lichita nunca apareció, no la buscaron y tampoco hay constancia de que su desaparición haya sido siquiera investigada.

Y a pesar de que el Alto Comisionado de Naciones Unidas se pronunció fuertemente con respecto al asesinato de las niñas, el Comité de Derechos del Niño de la ONU declaró responsable al Estado Paraguayo por el asesinato de las niñas y se encuentra investigando aún la detención y encarcelamiento de Laura Villalba y la desaparición de Lichita, lo que trajo aparejado un señalamiento muy fuerte a las respuestas tibias -en algunos casos inacción- por parte de las organizaciones de niñez y de derechos humanos en el Paraguay porque a pesar de la historia tan insigne del pasado de los niños de la batalla de Acosta Ñu tomaron el discurso oficial del Gobierno acerca de la

posibilidad de que efectivamente el EPP haya estado reclutando a sus propios hijos e hijas y la responsabilidad de la familia en que las niñas se encontraran en esa zona.

Por eso este artículo pretende introducir un tema muy sensible pero necesario, que es la construcción social del sujeto «niño soldado» en el imaginario social. La normativa que se fue desplegando alrededor de esa figura y la teorización que se ha desarrollado en estas cuatro últimas décadas dentro del ámbito de los derechos humanos en relación con los derechos relativos a la situación de los niños y niñas en los conflictos armados, efectivamente es una discusión delicada y dolorosa, pero imprescindible para justamente reconocer a los niños y las niñas su calidad de sujetos políticos, con las limitaciones y alcances que solo se podrán evaluar en cada contexto histórico y social en el que se encuentran.

-
1. Chiavenato, Julio José. Genocidio americano. La guerra del Paraguay. Asunción: Carlos Schauman Editor, 1984
 2. Yvy Jara, Los dueños de la tierra en Paraguay. Informe de investigación. Guereña, Aratxa y Rojas, Luis. Oxfam 2016
 3. <https://misionesonline.net/2020/09/03/en-paraguay-guerrilleras-argentinas/>
 4. <https://www.abc.com.py/nacionales/2020/09/03/forense-explica-detalles-sobre-fallecidas-en-enfrentamiento-con-ftc/tos-no-internacionales>
 5. <https://grupolaprovincia.com/contenido/404594/paraguay-denuncio-que-el-epp-recluta-menores-luego-del-asesinato-de-dos-ninas-ar>
 6. <https://www.adndigital.com.py/forense-confirma-que-los-3-muertos-del-epp-recipientes-disparos-a-larga-distancia/>
 7. <https://www.infobae.com/america/america-latina/2020/12/30/el-gobierno-paraguayo-denuncio-que-la-guerrilla-del-epp-recluta-a-menores/>

Entrevistamos a Max Lioce

Vivimos tiempos de una seria encrucijada. En un mundo que asiste a una profunda reconfiguración geopolítica, marcado por la crisis sistémica del capitalismo y una ofensiva del gran capital en todos los frentes, la necesidad de una brújula teórica y práctica para la militancia revolucionaria se vuelve más urgente que nunca. Mientras los tambores de la guerra imperialista resuenan con fuerza en nuestros oídos, las organizaciones de izquierda se enfrentan al doble peligro de diluirse en el chovinismo burgués o de ser neutralizadas por un progresismo totalmente domesticado que ha renunciado sin batalla a la transformación real.

Ante este panorama, surgen preguntas estratégicas ineludibles: ¿Cómo desenmascarar las nuevas y viejas formas del dominio imperialista en nuestros propios territorios? ¿Qué sectores sociales tienen la capacidad de liderar una lucha consecuente y cómo se les organiza? ¿De qué manera se conecta la batalla global contra el imperialismo con las demandas más sentidas por las masas, como el salario, la vivienda o la sanidad?

Para abordar estas cuestiones fundamentales, conversamos en profundidad con Max Lioce, analista internacional, investigador de conflictos sociales y armados y fundador del Comité Internacionalista Alexis Castillo. Arraigado en un riguroso análisis marxista-leninista y comprometido con la praxis militante, Lioce nos ofrece una disección clara y contundente de la actual coyuntura.

A lo largo de esta entrevista, Lioce no se limita a describir la anatomía del poder, sino que propone una hoja de ruta para la acción. Desgrana cómo el imperialismo combina todas las formas de lucha, desde la

explotación económica y las sanciones hasta la desinformación y la guerra abierta, y nos interpela sobre cómo construir la herramienta política capaz de hacerle frente: un partido de vanguardia, forjado en la teoría y en el combate, que sepa articular la centralidad de la clase trabajadora con la diversidad de frentes de masas.

Lejos de ofrecer recetas universales, esta conversación es una invitación a estudiar, debatir y, especialmente, a organizarse. Es un llamado a forjar los anticuerpos ideológicos necesarios para no capitular y a construir, desde cada trinchera, una dirección revolucionaria que no solo proteste, sino que se prepare conscientemente para la disputa real por el poder.

¿Qué formas concretas adopta hoy el dominio imperialista a nivel mundial y cómo puede la militancia revolucionaria identificar esas expresiones en sus propios territorios?

En primer lugar, es preciso proponer a los lectores una premisa insoslayable: el imperialismo, cuál fase superior del modo de producción capitalista, no está en esta fase histórica en condiciones de ejercer un incontrovertible y absoluto dominio a escala planetaria, en la medida en que la contradicción antagónica entre imperialismo y antiimperialismo se va haciendo patente mediante niveles cuantitativa y cualitativamente superiores de confrontación política, económica y militar en gran parte del globo terráqueo. Básicamente, la correlación de fuerzas está cambiando, y a un ritmo acelerado.

Dicho esto, explicar las formas concretas adoptadas por el imperialismo y el gran capital para defender y ensanchar su dominio, en todos y cada uno de los frentes en que se articula la antes mencionada contradicción, requeriría mucho espacio del cual, por obvias razones, no disponemos en esta entrevista. Siendo un tema a desarrollar e investigar incesantemente, sí podemos decir —sin temor a equivocarnos— que es posible resumirlas con un concepto medular: la combinación de todas las formas de lucha. Los imperialistas y la gran burguesía combinan sin descanso la explotación asalariada con las políticas de «austeridad» que cercenan los derechos socioeconómicos de los pueblos trabajadores, las

medidas represivas con la desinformación estratégica, los bloqueos y sanciones con las presiones y chantajes hacia países que reivindican o defienden su soberanía, y la carrera armamentista con las guerras de rapiña, entre otras. Dicha táctica de la combinación de todas las formas de lucha, desde luego, no implica que todas ellas sean esgrimidas recurriendo a una fórmula única. Puede haber variaciones, y de hecho las hay, en la intensidad y frecuencia con las que los imperialistas despliegan algunas más que otras en un determinado escenario o en una coyuntura puntual. Lo planteado aquí y ahora, por supuesto, no niega ni minimiza una de las grandes enseñanzas de la teoría marxista de la crisis, es decir, que la gran burguesía, cuando se encuentra en el callejón sin salida de la deflagrada crisis estructural y sistémica del capitalismo, necesita recurrir a la guerra imperialista para destruir fuerzas productivas y mitigar la sobreacumulación.

Sin ánimo de dispensar recetas o fórmulas unívocas para que los revolucionarios identifiquen correctamente las manifestaciones concretas de lo susodicho en sus territorios, me atrevo a plantear que es tarea de necesario cumplimiento lo siguiente: el estudio del tejido económico-productivo de una zona o región, y el grado de penetración y control allí ejercido por el gran capital; los nexos entre las políticas de tal o cual gobierno nacional que impactan sobre un territorio específico y las orientaciones estratégicas de las grandes corporaciones y ciertas organizaciones supranacionales ubicadas en diferentes niveles de la pirámide imperialista; el vínculo entre todos dichos factores y las medidas represivas contra aquellos que resisten en los territorios, trátense de huelgas obreras, tomas de escuelas y universidades por parte de los estudiantes, luchas sectoriales y barriales, etc.

¿Qué sectores sociales están en condiciones reales de liderar una lucha antiimperialista hoy y cómo debe actuar la militancia para organizarlos?

La militancia no puede actuar en un contexto espacio-temporal específico sin analizar previamente —y luego permanentemente— las condiciones objetivas y los factores subjetivos que lo caracterizan, y por

supuesto también su nexo dialéctico en constante evolución. Dicho ejercicio de investigación y análisis, cuyas metodologías puntuales pueden variar y diversificarse de acuerdo a las circunstancias y a los interlocutores, debe tener como base teórica el corpus marxista-leninista y el método materialista histórico y dialéctico. Gracias a un adecuado uso de esta poderosa caja de herramientas, es posible sentar las bases para organizar en diferentes niveles, el «entorno de pertenencia», es decir, aquellos ámbitos laborales o de otro tipo en los cuales el cuerpo militante tiene presencia endógena. Puede parecer obvio, pero no es lo mismo que en una fábrica o una universidad tengamos uno o más militantes nuestros, reconocidos por la base y por sus compañeros, a que desde afuera pretendamos introducir en esos espacios nuestros planteamientos, propuestas y criterios.

Ahora bien, independientemente de las particularidades propias de cada sociedad, nación o territorio, es fundamental no perder de vista la centralidad de la contradicción entre capital y trabajo; a pesar de que una de las variables de la doctrina posmodernista del fin de la historia es la supuesta «extinción de la clase obrera» es dentro de esa contradicción antagonica maestra —y por ende entre los trabajadores— que un cuerpo militante debe centrar el foco de un proyecto político revolucionario. Tarea para nada sencilla, a la luz de los cambios en la organización del trabajo y en la composición técnica del proletariado, el papel nefasto de las grandes e históricas centrales sindicales en pos de la conciliación entre las clases, el avance del plan neocorporativo implementado por la gran burguesía, y otros fenómenos (como el reformismo y el oportunismo) que retrasan considerablemente la maduración de aquellos factores subjetivos indispensables para la lucha.

Desde luego, lo susodicho no significa renunciar a desarrollar organizaciones y trabajo de masas entre sectores tan importantes como la juventud en general y el estudiantado de diferentes niveles de enseñanza en particular, el campesinado y el proletariado rural, las mujeres, los pueblos originarios, el tejido social de las periferias urbanas y suburbanas, los migrantes, los desempleados y los jubilados, entre otros.

Cada uno de estos sectores requiere de un enfoque específico, puntual y bien ponderado, acorde a las realidades nacionales y locales, que se traduzca en tácticas adecuadas y metodologías flexibles, y que en la praxis militante contribuya a elaborar una política de trabajo de masas acertada.

¿Cómo conectar la lucha antiimperialista con demandas inmediatas como salarios, vivienda, tierra o servicios públicos?

Bueno, esta conexión es un tema medular. En primer lugar, es imprescindible entender que existe un nexo indisoluble entre la política interior y la proyección internacional de un estado, o bloque de países, máxime cuando su carácter imperialista y sus miras hegemónicas son diáfanos. En segundo lugar, y en consecuencia, es preciso dotarse de aquellas herramientas indispensables para lograr comunicar a las masas populares y trabajadoras, y particularmente a aquellas bases donde tengamos presencia y llegada, que cada redimensionamiento o cercenamiento de derechos socioeconómicos, es decir de presupuestos y gastos sociales, depende en gran medida de las políticas de ajustes estructurales implementadas por la gran burguesía no solamente para elevar (privatizándolas) las ganancias, socializando las pérdidas, sino también (como en el caso de la Europa actual) para aumentar el potencial bélico en función de la guerra como instrumento –y a la vez forma de ser– del gran capital monopolístico.

Sobra decir que el lenguaje, la forma y el contenido de lo que queremos transmitir, ya sea en la contra información, en la agitación o en la propaganda, deben ser calibrados de acuerdo al sector social y al segmento de la clase al cual nos dirigamos. Pero que se trate de un metalúrgico, de una ama de casa, de un estudiante o un campesino, es fundamental que entienda de manera cabal que a cada despido laboral, aumento de las facturas, reducción de la calidad de vida, deterioro del entorno social, incremento de los precios de la canasta básica y avance de las medidas de represión social y política, corresponde una bala, un misil y una bomba más para amenazar, agredir y aplastar a países y

pueblos que, aunque estén en las antípodas geográficas del globo terráqueo, luchan por su soberanía y por un futuro mejor.

Al finalizar esta respuesta, pero sin dar este tema por agotado, puesto que requeriría de muchas más reflexiones y análisis, diré que, a medida que la espiral ascendente de un proceso resistente vaya creciendo, cada lucha por demandas y derechos inmediatos tiende a «politizarse». Y cada lucha socioeconómica, que adquiere también un carácter neta y abiertamente político, se conecta indisolublemente con la crítica al modelo de desarrollo, al sistema y a su proyección imperialista.

En pleno retumbar de los tambores de guerra, ¿qué errores debe evitar una organización revolucionaria para no diluirse en el chovinismo burgués o el progresismo domesticado?

Construir una organización revolucionaria es una tarea ya de por sí titánica. Dicha construcción, cuyo eje principal es el proceso de acumulación de fuerzas en las condiciones que sean, se da necesariamente al calor de las luchas, de la tensión permanente entre avances y retrocesos, y de la dialéctica entre el quehacer de la construcción interna y la basificación entre las masas populares. Si dicho proceso de acumulación de fuerzas cuenta con el desarrollo de anticuerpos y mecanismos capaces de superar los momentos de crisis internas y los errores, o los golpes ocasionados por el trabajo del enemigo, será más fácil conformar a un grupo dirigente a la altura, construir y consolidar un cuerpo militante cohesionado, afinar una línea política acertada y desplegar un trabajo de masas eficaz. Todos estos, son requisitos indispensables para no caer de manera irremediable en distorsiones como el oportunismo, el revisionismo, el subjetivismo, el maximalismo o el militarismo, según los casos, y evitar que la (hasta cierto punto) fisiológica lucha de tendencias, que en algún momento se da en todo estado socialista, partido revolucionario o movimiento antiimperialista, tenga un desenlace que termine desvirtuando la lucha revolucionaria, vaciándola de contenido, y propiciando el entreguismo y la posterior capitulación.

Reviste gran importancia también investigar y estudiar el pasado y el presente de las organizaciones revolucionarias del mundo entero, con sus aciertos y errores, es decir: cómo han aplicado o aplican la combinación de múltiples formas de lucha, como han conjugado o conjugan (en caso de que así sea) lo político y lo militar, y por lo tanto la relación entre centralismo y democracia en su desenvolvimiento interno, como han articulado y articulan las alianzas internacionales, como han caracterizado y caracterizan algunos tópicos de su o de nuestra actualidad, cuáles soluciones creativas han encontrado o encuentran en el trabajo de masas, como han estructurado y estructuran la política de cuadros, o la manera en que se han posicionado y se posicionan en todo el debate teórico dentro del marxismo, el movimiento obrero y comunista internacional, las luchas antiimperialistas, etc. Obviamente, el fin de este ejercicio no puede ni debe ser el de copiar fórmulas o, peor aún, trasplantarlas mecánicamente, sino extraer enseñanzas valiosas y actualizar permanentemente el balance sobre el acumulado mundial con el cual estamos, en mayor o menor medida, en frecuencia.

¿Qué tipo de partido o forma organizativa necesita hoy la clase trabajadora para llegar a derrotar el imperialismo?

Llegando a este punto de la reflexión, nos viene en ayuda la historia, la cual ha demostrado que para derrotar al imperialismo y rechazar sus embestidas puede ser suficiente una forma organizativa tipo frente, movimiento, etc., bajo ciertas condiciones. Pero la historia también ha demostrado que, después de la toma del poder político, para superar al capitalismo en su fase imperialista y emprender la transición al Socialismo y la construcción del mismo se necesita un partido de carácter leninista, dotado de la imprescindible caja de herramientas del marxismo-leninismo. Es decir, una vanguardia organizada bajo los principios del centralismo democrático y la dirección colectiva, pertrechada de una arma poderosísima como es el materialismo histórico y dialéctico. Un partido de cuadros, capaz de articular su estructura en función de la táctica de la combinación de todas las formas de luchas posibles y necesarias de acuerdo al contexto en que se

encuentre. Una fuerza capaz de crecer hasta poder organizar a las masas y orientarlas en los momentos decisivos, hacia la toma del poder y luego en la defensa de lo conquistado.

¿Cómo construir una dirección revolucionaria antiimperialista que no solamente proteste, sino que se prepare para disputar el poder?

Una dirección revolucionaria no puede autoproclamarse, ni ser el resultado de componendas transversales. Un grupo dirigente debe estar conformado por cuadros que no se limiten al escritorio, al gabinete, sino que sean capaces de «ensuciarse las manos» en las tareas más disímiles, tanto intelectuales como materiales, y que sean ejemplo de abnegación y espíritu de sacrificio, tenacidad y ética comunista. Quien tenga el honor de ser nombrado o escogido para dirigir, coordinar y orientar, debe ser reconocido por las bases y la militancia. Hecha esta premisa necesaria, podemos agregar que la mejor manera de prepararse para disputar el poder es propiciar el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la organización, aprender en la práctica como incidir en las contradicciones antagónicas y orientar las luchas populares y proletarias que en determinados momentos pueden experimentar aceleraciones notables. Además, una dirección revolucionaria tiene el deber de estudiar, conocer y desarrollar la teoría marxista-leninista en la aplicación concreta del proceso que le corresponda.

¿Qué uso táctico se puede hacer de espacios legales — sindicatos, elecciones, medios— sin caer en el reformismo o la adaptación?

Desde que exista una solidez ideológica, un plan estratégico coherente y un corpus militante combativo y capaz de discernir, todas las luchas y espacios se deben de aprovechar, en el marco del principio de la combinación de todas las formas de lucha posibles y necesarias en un determinado contexto. Eso se traduce, por un lado, en saberse ubicar en la fase en que un proceso se encuentra, y por lo tanto evitar fugas hacia adelante que, además de resultar peligrosas para la continuidad y

el desarrollo del proyecto revolucionario, pueden alimentar una concepción maximalista, en virtud de la cual todo lo que no se haga explícitamente en nombre del propósito final y supremo, no tiene valor ninguno. Por el otro, ciertos espacios legales pueden ser útiles en la medida en que sepamos aprovecharlos teniendo claros sus límites, y convertirlos en tribunas de denuncia y organización para acumular fuerzas.

No obstante, es preciso subrayar que enunciar el principio de la combinación de las formas de lucha no equivale a sentenciar la necesidad de un esquema rígido: dicha fórmula es de «geometría variable», y las diferentes formas de lucha tendrán que ir combinándose de acuerdo a una cantidad de factores y condiciones que van cambiando en el tiempo y el espacio. Como decía Mariátegui, «ni calco ni copia».

¿Qué significa practicar el internacionalismo hoy, más allá de la solidaridad simbólica o las meras declaraciones?

En primer lugar, significa salir del recinto de la mera solidaridad material, las donaciones o los proyectos de cooperación, si bien dichas expresiones son importantes y pueden ser un puente valioso para acercar a la lucha y concienciar a muchas personas que no vienen de una cultura militante ni de una práctica eminentemente política. El internacionalismo militante es apoyar las luchas de los pueblos como parte de una totalidad antiimperialista, conscientes de que todas y todos estamos en diferentes trincheras pero del mismo lado de la barricada. Y también implica ser respetuosos de las formas y tiempos de la lucha que los pueblos y sus organizaciones, en el libre y soberano ejercicio del legítimo derecho a la rebelión, escogen y practican. Finalmente, podemos aseverar, recurriendo a las audaces palabras de Fidel, que «¡sin internacionalismo no puede haber comunismo!».

¿Qué experiencias pasadas de lucha antiimperialista deben estudiarse para evitar errores y fortalecer la estrategia actual?

¡Absolutamente todas! Todo combate por la liberación nacional y social merece ser analizado, estudiado y «metabolizado», tanto en sus victorias como en los reveses, los cuales conforman un tejido de enseñanzas valiosas y se convierten en insumos fundamentales para comprender la historia de las luchas de clases, inclusive bien antes del capitalismo y del imperialismo como tal.

Especial relevancia tiene el estudio de aquellas revoluciones y guerras de liberación que han incidido de manera considerable en el cambio de la correlación de fuerzas a escala nacional e internacional, empezando por la epopeya de Octubre.

Marx e Engels, fractura metabólica e imperialismo

Vicente da Veiga

1. Introducción. La humanidad y el medioambiente

Es habitual asociar los problemas medioambientales al capitalismo y, en efecto, el sistema actual los ha intensificado en muchos aspectos. Sin embargo, lo cierto es que las catástrofes ecológicas no son un fenómeno exclusivo de los tiempos modernos. La historia nos muestra que otras civilizaciones, mucho antes del capitalismo, ya afrontaban desafíos ambientales significativos, lo que nos ayuda a comprender que la relación entre la humanidad y la naturaleza es algo que viene de muy lejos.

La historia nos enseña que la relación entre las sociedades humanas y el medioambiente siempre ha sido compleja, con ejemplos de catástrofes ecológicas muy anteriores al capitalismo. En la Antigua Mesopotamia (2500–1700 a.C.), el uso descontrolado de la irrigación provocó la salinización del suelo, lo que derivó en escasez de alimentos y en el abandono de ciudades, un fenómeno estudiado por Jared Diamond. A su vez, el Imperio Romano (siglos I-IV d.C.) también padeció las consecuencias de la explotación excesiva: la agricultura intensiva, la minería y la deforestación generalizada agotaron los recursos naturales y provocaron una drástica caída de la productividad, tal como documentó J. Donald Hughes. Más tarde, la civilización maya (siglos IX-X d.C.) vio cómo buena parte de sus ciudades eran abandonadas a causa de la tala masiva de árboles, lo cual provocó la pérdida de acuíferos y derivó en escasez de agua y alimentos, además de crisis políticas.

Estos ejemplos nos revelan una cuestión crucial: el conocimiento humano, que nos permite crecer y producir cada vez más, también puede encallar en los límites físicos de la naturaleza. Es como si nuestra misma capacidad de innovar y expandirnos llevase consigo una contradicción: el impacto sobre el medioambiente.

Dialéctica entre necesidad y libertad y entre capital y naturaleza

Desde que surgió la especie humana, nuestra historia es una dialéctica constante entre la necesidad de sobrevivir y la búsqueda de la libertad, una unidad de contrarios mediada por el trabajo, que los articula. Ya sea manual o intelectual, el trabajo siempre se realiza aprovechando y modificando la naturaleza. Vivimos en el entorno natural, somos parte de él, lo consumimos para sobrevivir y reproducirnos: es imposible no producir un impacto sobre él del mismo modo que es imposible vivir sin él.

En las sociedades no sometidas a la explotación de unos seres humanos por otros, la necesidad de satisfacer lo esencial para la vida y el trabajo mantienen una relación positiva con la libertad. Sin embargo, en los grupos humanos a lo largo de la historia donde existe explotación social, la relación entre necesidad, trabajo y libertad se vuelve negativa.

Desde una óptica marxista, nuestro desarrollo como especie, a través de esa dialéctica entre necesidad y libertad, impulsó la creación de la cultura y la civilización. Así, la conquista de la libertad supone el dominio y la superación progresiva de las necesidades concretas, de forma que la necesidad misma se va transformando. Podemos afirmar que la libertad es la autodeterminación consciente de superar, mediante la práctica humana —es decir, el trabajo— nuestras necesidades.

Al desarrollar nuevas formas de cooperación entre los seres humanos para utilizar y transformar la naturaleza, surgió algo verdaderamente revolucionario en el Neolítico: la capacidad de generar excedente, lo que significó producir más de lo que era necesario para las necesidades cotidianas. Así, comprendiendo la estacionalidad de ciertas especies, se permitió el desarrollo de la agricultura, y la domesticación de animales

eliminó la necesidad de cazarlos a demanda. Este cambio fue un salto gigantesco para la humanidad, ya que permitió no solo extraer más recursos de la naturaleza, sino también conservarlos para su uso futuro.

Esta novedad transformó la organización social: de una economía entre iguales, «equivalencial», centrada en el «aquí y ahora», pasamos a una que permitía la planificación y la especialización de tareas —como recolectar, conservar, almacenar y contabilizar recursos. Fueron las primeras divisiones del trabajo.

Pero esta nueva dinámica también trajo tensiones. Inicialmente, la organización social era más colectiva, basada en grupos familiares (las *gens*), que compartían el patrimonio y se preocupaban por la descendencia, surgiendo lo que Engels denominó «la derrota de las mujeres».

Se intensificaron las competiciones dentro de los grupos y las disputas con clanes vecinos por recursos o acceso a zonas de caza. Y fue así como la dominación de un grupo sobre otro dio lugar al surgimiento de la esclavitud, más tarde de las sociedades tributarias, del feudalismo y, finalmente, del capitalismo.

La lucha de clases encuentra sus raíces en esta dinámica compleja: el trabajo, la explotación del medioambiente y la gestión conflictiva del excedente. Debemos destacar que esta relación es inseparable del desarrollo de las fuerzas productivas y de cómo los seres humanos nos relacionamos en el entorno natural y con el entorno natural, pues, al fin y al cabo, es de la naturaleza de donde extraemos todo lo necesario para vivir y desarrollar nuestras actividades.

Hemos visto que las sociedades precapitalistas ya afrontaban desafíos ecológicos, pero es en el modo de producción capitalista donde esta relación humano-naturaleza se ve sometida a una tensión que se acelera de forma exponencial, y que provoca que las rupturas se multipliquen. Se trata de *fracturas metabólicas* locales, que Marx y Engels, aunque no utilizaran este término preciso, anticiparon y analizaron en profundidad. Este concepto sirve como lente analítica central para la comprensión de

las crisis ambientales de nuestra era, que han pasado de ser locales a adquirir la posibilidad de ser globales.

En esta coyuntura histórica actual, con la humanidad subsumida en el modo de producción capitalista, Karl Marx y Friedrich Engels, al estudiar la contradicción dialéctica entre el capital y la naturaleza, logran integrar y comprender en sus análisis una visión claramente ecológica y consciente, una perspectiva que hoy en día se intenta obviar e incluso negar, y que trataremos de evidenciar y demostrar de forma breve en los epígrafes siguientes.

La génesis ecológica en el pensamiento de Marx y Engels

Aunque Karl Marx y Friedrich Engels no utilizaron la palabra «ecología» —un concepto que solo comenzó a desarrollarse formalmente a finales del siglo XIX por el zoólogo alemán Ernst Haeckel, quien lo acuñó en 1866—, su pensamiento revela una profunda sensibilidad hacia las relaciones entre la sociedad humana y su entorno natural. Lejos de ser meros teóricos de la economía, Marx y Engels fueron, en esencia, pioneros en la comprensión de las dinámicas que conducen a las crisis ecológicas. Descubrieron cómo la lógica inherente al capitalismo rompe el equilibrio fundamental entre la sociedad y la naturaleza, creando una *fractura metabólica*. Su obra sienta las bases indispensables para el análisis y la superación de las crisis medioambientales modernas, como el calentamiento global, la pérdida de biodiversidad o el agotamiento de los recursos naturales.

Es crucial entender que Marx sí empleó expresiones como «ruptura en el metabolismo social» o «metabolismo entre el ser humano y la tierra». Estas ideas se manifiestan de forma coherente en sus análisis, por ejemplo, al abordar la alienación del trabajador o la destrucción de la fertilidad del suelo. Marx y Engels incorporaron el concepto de metabolismo (*Stoffwechsel*, en alemán) procedente de la fisiología alemana en desarrollo en aquella época. Científicos como Justus von Liebig, químico alemán, y Carl von Sprengel, pioneros en el estudio de la nutrición vegetal y de los ciclos químicos en la agricultura, fueron influencias significativas. Liebig, en particular, alertó sobre el

agotamiento de la fertilidad del suelo debido a la extracción de nutrientes sin una reposición adecuada —algo que Marx identificaría como una manifestación de la fractura metabólica en el contexto del capitalismo agrario.

Marx absorbió y reinterpretó estas ideas en el campo de la economía política, utilizando el concepto de metabolismo para describir el intercambio de materiales entre la sociedad humana y la naturaleza en el proceso productivo. Esta apropiación y recontextualización muestran su capacidad para integrar conocimientos científicos avanzados de su tiempo en un análisis crítico del sistema socioeconómico.

2. El descubrimiento de la contradicción dialéctica: Marx y Engels y la ruptura entre metabolismo social y natural

La esencia del carácter «ecologista» del marxismo, intrínsecamente ligada al materialismo dialéctico e histórico, reside en la comprensión de una contradicción dialéctica fundamental: la relación tensa y conflictiva entre el metabolismo universal de la naturaleza y el metabolismo social alienado del capitalismo. Para Marx y Engels, existe una dialéctica entre el metabolismo natural y el metabolismo social, una lucha de contrarios impulsada por la lógica capitalista.

En esta interacción continua entre el ser humano y la naturaleza, se identifican tres intercambios esenciales: intercambio de energía, de materia y de información. Estos flujos constituyen los elementos básicos del intercambio metabólico entre la sociedad y el entorno. No obstante, Marx y Engels fueron los primeros en demostrar cómo, bajo el capitalismo, estos flujos se vuelven profundamente desorganizados y explotadores, al imponerse la primacía del beneficio inmediato frente a la sostenibilidad y la reproducción armoniosa. Es en esta dinámica donde el marxismo revela su potencial ecologista radical, al señalar que la reorganización profunda del metabolismo social —es decir, una transformación del modo de producción— es indispensable e inevitable para reconciliar a la humanidad con el metabolismo universal de la naturaleza.

Veamos en detalle cómo Marx, utilizando el método dialéctico hegeliano —pero aplicado de forma materialista—, descubre teóricamente esta fractura:

Marx desarrolló la teoría de la plusvalía como explicación científica de la explotación capitalista. Partiendo de la economía política inglesa, especialmente de las ideas de Adam Smith y David Ricardo, Marx demuestra que la acumulación de capital es posible gracias a la mercancía denominada fuerza de trabajo. Esta fuerza de trabajo surgió de forma masiva tras la separación de los campesinos de sus medios de producción durante la llamada acumulación originaria (las *enclosures* o leyes de cercamiento de tierras en Inglaterra y luego en el resto de Europa). Este proceso expulsó a millones de campesinos hacia las ciudades, donde su única alternativa fue proletarizarse y vender su fuerza de trabajo a los capitalistas. Estos la combinan con los medios de producción para generar valor en el contexto anárquico de la competencia capitalista. Esta dinámica, mientras produce acumulación de capital, genera al mismo tiempo contradicciones internas profundas.

Una de las contradicciones más perspicaces que Marx observa —que impulsa el automovimiento del capital— es precisamente la separación entre los trabajadores y el usufructo de la tierra, y su sustitución por un capital que busca revalorizarse sistemáticamente. Él percibe que esta separación conduce directamente a un alarmante declive de la fertilidad del suelo en Europa y Norteamérica. Este problema, que se intentó resolver mediante prácticas como la importación de guano desde islas remotas y, más tarde, mediante la síntesis química de fertilizantes, resulta muy revelador. Marx entiende que estas soluciones solo desplazaban y amplificaban el problema, algo que hoy puede observarse claramente con la contaminación masiva de aguas causada por fertilizantes químicos.

Es así como Marx, a través de su análisis, detecta que el capitalismo interrumpe los ciclos naturales y metabólicos entre los seres humanos y la tierra. Percibe claramente una ruptura, una fractura, una interrupción. En el volumen I, capítulo 15 («Maquinaria e industria moderna») de *El Capital*, Marx afirma que:

«El capitalismo crea una ruptura en el metabolismo entre el hombre y la tierra, es decir, en la relación natural prescrita por la naturaleza para la sostenibilidad del suelo. Impide el retorno al suelo de sus componentes naturales consumidos por el hombre en forma de alimento y ropa; por tanto, destruye, al mismo tiempo, la salud permanente del suelo y del trabajador».

Esta cita es una prueba contundente de la visión de Marx. La necesidad de la reproducción ampliada del capital y los ciclos naturales de la tierra generan un evidente desfase. Esta reproducción ampliada del capital rompe con los ciclos naturales. El capitalismo, por tanto, desarmoniza y descompensa la relación entre los humanos y la naturaleza, impidiendo la sostenibilidad. Y así, Marx expone la necesidad imperiosa de una sociedad más armoniosa con la naturaleza.

Marx también se enfrenta a las posturas de Thomas Malthus y David Ricardo, quienes presentaban una visión de la productividad de la tierra que él consideraba limitada e ideológica, ya que ignoraban las dinámicas sociales e históricas:

– Malthus creía que el crecimiento poblacional tendería a superar la capacidad productiva de la tierra, conduciendo inevitablemente a la escasez y el hambre. Para él, esta limitación era un hecho «natural» e inevitable, relacionado con leyes físicas de la producción.

– Ricardo, por su parte, desarrolló la teoría de la renta diferencial, argumentando que la productividad agrícola disminuiría con el tiempo debido al uso progresivo de tierras menos fértiles. Veía esta caída como un factor intrínseco a la economía, una ley universal del desarrollo agrícola.

Marx critica a ambos al señalar que estas visiones naturalizaban las limitaciones de la producción e ignoraban el papel central de las relaciones sociales de producción. Para Marx, la productividad de la tierra no depende únicamente de su fertilidad natural o de leyes económicas universales, sino que está directamente condicionada por el metabolismo social, es decir, por la forma en que la sociedad organiza la relación entre el trabajo humano y la naturaleza. En el capitalismo, ese

metabolismo es alienado e insostenible, pero en otros modos de producción podría ser fundamentalmente diferente. Así, Marx defiende que es necesario estudiar la sociedad y sus contradicciones para comprender la productividad y los problemas medioambientales, y no atribuirlos únicamente a factores naturales o inmutables.

En el centro de su análisis se encuentra también el concepto de alienación: el capitalismo aliena al ser humano de la naturaleza y del producto de su trabajo, provocando que la «fractura metabólica» afecte tanto a la sociedad como al medioambiente. La alienación se produce no solo entre el trabajador y el producto de su labor, sino también entre el ser humano y el entorno natural del cual depende. Como explica John Bellamy Foster, citando a Richard Levins y Richard Lewontin, tenemos un mundo alienado porque el trabajo social está alienado y la naturaleza está alienada de la sociedad. Ambas alienaciones producen una conciencia alienada que se manifiesta en formas e interpretaciones idealistas y fragmentadas.

Tanto el ser humano como la naturaleza están subsumidos al capital. Por tanto, cualquier intento reformista de «capitalismo verde», como los que actualmente propone buena parte de la izquierda reformista occidental, sería un absurdo y una profunda incompreensión teórica de esta contradicción dialéctica entre metabolismos y de la alienación radical que impone el sistema.

3. La fractura metabólica: un concepto central y sus consecuencias actuales

El término «fractura metabólica» fue posteriormente acuñado, desarrollado y sistematizado ya en el siglo XXI por John Bellamy Foster, un destacado teórico marxista contemporáneo. Foster profundizó y popularizó la idea en su obra fundamental *Marx's Ecology* (2000), y en colaboración con Paul Burkett, trabajó en el desarrollo de un marxismo ecologista que defiende este carácter originario ya presente en las obras de Marx y Engels, así como la imperiosa necesidad de retomar el materialismo dialéctico para hacer frente al capitalismo.

Foster interpreta y actualiza el concepto para las crisis ecológicas modernas, argumentando que el capitalismo crea un desequilibrio estructural en el «metabolismo» entre sociedad y naturaleza. Señala que es esencial entender que se trata de una única fractura metabólica, porque ser humano y naturaleza son una misma cosa, el mismo objeto, una unidad de contrarios. Así lo expresan Karl Marx y Friedrich Engels en *La ideología alemana*:

«La historia puede verse desde dos lados: puede dividirse en historia de la naturaleza e historia del ser humano. Sin embargo, estos dos lados no deben entenderse como entidades independientes. Desde que el ser humano existe, la naturaleza y el ser humano se influyen mutuamente».

Seres humanos y naturaleza están completa y dialécticamente interrelacionados. No se trata de que, por un lado, esté el ser humano y lo social (la sociedad) y, por otro lado, la naturaleza. Hacer esa separación es puro idealismo. Como consecuencia, no existe frontera entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Para Marx, esa frontera es completamente imaginaria. Este es precisamente uno de los problemas teóricos que caracterizan nuestra actual posmodernidad burguesa, donde las ciencias y las distintas disciplinas humanísticas sufren de fragmentación, de la pérdida de unidad y de un sentido de totalidad.

Consecuencias de la fractura: crisis ecológicas y desplazamientos ecológicos

La fractura metabólica se manifiesta directamente en forma de crisis ecológicas. Estas no deben verse como un simple problema ambiental, sino como una crisis social, intrínsecamente ligada al sistema capitalista. El capitalismo, al priorizar el beneficio por encima de todo, causa una ruptura irreconciliable entre el metabolismo social y el metabolismo natural, expresándose esta fractura en crisis ecológicas sucesivas y cada vez más graves.

Toda fractura metabólica produce también desplazamientos ecológicos. El primero y más evidente es el desplazamiento de los seres

humanos del campo a la ciudad. Este traslado de la población provoca que los residuos ya no puedan retornar al ciclo natural de la tierra, porque se acumulan en el entorno urbano. Como consecuencia directa, en el medio rural la tierra pierde fertilidad por falta de abono.

Otro desplazamiento ecológico fundamental es el modo en que el capitalismo intenta «solucionar» la fractura metabólica mediante soluciones temporales, como la importación de recursos de otras regiones, lo que genera nuevas formas de degradación ambiental y la exportación de residuos hacia regiones subordinadas, como veremos más adelante.

4. Las soluciones propuestas por Marx y Engels

Marx y Engels no se limitaron a diagnosticar los problemas inherentes al capitalismo; vislumbraron también las condiciones para una superación radical que permitiera restablecer la armonía entre la humanidad y la naturaleza. Su visión apunta hacia una transformación social profunda, en la que la gestión colectiva y racional del metabolismo con la naturaleza es la única vía hacia la verdadera libertad.

Veamos esta cita de Marx en el tercer volumen de *El Capital*, capítulo 48, titulado «*El carácter fetichista del capital y su relación con el beneficio y la renta*»:

«La única libertad posible es la regulación racional, por parte del ser humano socializado, de los productores asociados, de su metabolismo con la naturaleza. Que lo controlen conjuntamente en lugar de ser dominados por él, como por una fuerza ciega».

En esta cita vemos el claro y categórico llamamiento a la planificación racional, a la socialización de los medios de producción y a la acción de los productores asociados como el sujeto colectivo capaz de llevar a cabo la transformación. Esta es la única vía para evitar estar subsumidos de forma irracional por las dinámicas ciegas y antiecológicas del capital. La libertad, para Marx, no es la ausencia de límites, sino el control consciente y colectivo sobre esos límites. Es, en términos spinozianos, la libertad como reconocimiento de la necesidad.

En lo que respecta a esta transformación social y a la sostenibilidad, Marx defiende que la crisis ecológica debe superarse mediante una transformación radical y una superación dialéctica del capitalismo, y con la construcción de una sociedad socialista que respete el equilibrio intrínseco entre ser humano y naturaleza. La solución no consiste en adaptar el capitalismo, sino en superarlo.

Veamos otras dos citas de Marx que refuerzan su denuncia sobre cómo el proceso capitalista rompe el metabolismo entre el ser humano y la tierra. En el primer volumen de *El Capital*, capítulo 15, sección 10, titulada «*La gran industria y la agricultura*», Marx afirma:

«el proceso capitalista dificulta el intercambio entre el ser humano y la naturaleza, y perturba la condición eterna de una fertilidad duradera de la tierra».

Y otra cita, también del primer volumen de *El Capital*, capítulo 13, titulado «*La maquinaria y la gran industria*»:

«la producción capitalista desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción, minando, al mismo tiempo, las fuentes de donde emana toda riqueza: la tierra y el trabajador».

Estos pasajes demuestran que Marx no solo observó la degradación ambiental, sino que la vinculó intrínsecamente a la lógica de acumulación y producción capitalista. Su agudeza ecológica es un pilar fundamental de su crítica integral al capitalismo.

5. Marx y Engels frente a las acusaciones de productivismo y determinismo: la verdadera naturaleza de las fuerzas productivas

Uno de los puntos más frecuentemente malinterpretados en el pensamiento de Marx y Engels es la cuestión del desarrollo de las fuerzas productivas, lo que ha llevado a acusaciones de productivismo o incluso de un «prometeísmo» ciego hacia la naturaleza. Es crucial confrontar esta cuestión, partiendo de la comprensión del materialismo

histórico, que explica que las relaciones humanas están determinadas por las condiciones materiales de producción y reproducción de la vida. Engels llegó a comparar a Marx con Darwin: mientras Darwin descubrió las leyes de la evolución natural, Marx descubrió las leyes de la evolución de la historia humana. La premisa es simple, pero profunda: antes de involucrarse en la política o en la filosofía, los seres humanos necesitan resolver necesidades básicas como la alimentación y el abrigo.

El materialismo histórico es frecuentemente criticado por ser determinista o mecanicista, pero su núcleo fundamental no es una visión rígida de etapas históricas, sino la comprensión de que nacemos en condiciones históricas específicas y entramos en relaciones sociales que no elegimos, que nos son dadas por la sociedad en la que vivimos. Estas condiciones y relaciones, aunque históricamente contingentes, moldean las posibilidades de acción humana.

Recapitulando: el marxismo «ecológico», en su sentido más auténtico, integra estas dos dimensiones: la crítica de la economía política y el materialismo histórico. Añade una perspectiva que analiza cómo el capitalismo no solo explota a los trabajadores, sino también a la naturaleza, poniendo en riesgo la base material misma de la vida. Es fundamental, por tanto, comprender estas contradicciones para avanzar hacia soluciones que no reproduzcan la lógica destructiva del capital.

Como nos indica el filósofo marxista italiano Jacopo Bergamo, Marx y Engels proponen una metodología de análisis que divide entre base y superestructura, y a veces se entiende que la base es lo material y la superestructura lo no material, pero esa no es la posición de Marx. Marx adopta una perspectiva de materialismo ontológico, epistemológico y práctico; y como dice Bergamo, si se piensa que la base es lo material y las demás cosas no, se cae en una especie de cartesianismo invertido, donde la prioridad no está en la *res cogitans* (la mente), sino en la *res extensa* (la materia). Sin embargo, en el marxismo, como aclara Bergamo, todo es material, incluida la superestructura.

En la base están las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Las relaciones de producción no existen por sí solas, como

un cuerpo sin cabeza; están siempre insertas en un contexto que las fija y proyecta jurídicamente a través de las relaciones de propiedad, y también a través del poder del Estado y su monopolio de la violencia (porque si no actuamos de acuerdo con los presupuestos legales, el Estado interviene con la policía para reprimirnos). Este es un método analítico, una división conceptual, pero la base y la superestructura deben ser siempre consideradas como un bloque histórico, como una totalidad.

¿Qué son las fuerzas productivas? Deshaciendo malentendidos sobre el productivismo

Es común pensar que las fuerzas productivas son solo tecnología, pero incluyen muchos más elementos: factores sociales, como las capacidades de la población, su nivel educativo y su salud (por ejemplo, después de una guerra, el deterioro de la salud de la población impacta en la productividad). También la densidad poblacional y sus interconexiones son fuerzas productivas, al igual que lo son las condiciones ecológicas, como la fertilidad del suelo o la calidad de los ríos. Si un río está contaminado, es una forma de destruir fuerzas productivas, por mucho que la tecnología avance: no se puede pescar donde no hay peces. Esto demuestra cómo el capitalismo, al destruir el medioambiente natural, destruye también las fuerzas productivas. Contaminar la tierra es destruir fuerzas productivas.

El economista liberal Joseph Schumpeter, con su teoría de la «destrucción creativa», parece vendernos algo nuevo, pero esta idea ya estaba implícitamente en Marx. Para Marx, las fuerzas productivas están insertas en un metabolismo humano-natural, en un proceso dialéctico de destrucción (catabolismo) y creación (anabolismo). Toda interacción humana parte siempre de un elemento material y natural, lo transforma (destruyendo su forma original) y crea algo nuevo. Por tanto, siempre hay un mecanismo de destrucción (catabólico) y de creación (anabólico); es un movimiento dialéctico, de modo que Schumpeter no inventó realmente nada original con esta idea tan popular entre los economistas burgueses.

En definitiva, en el desarrollo capitalista se destruyen permanentemente fuerzas productivas, porque las fuerzas productivas deben ser analizadas desde el punto de vista humano: ellas ayudan a la emancipación humana. Por tanto, quien critica a Marx por productivista y, en consecuencia, como «anti-ecológico» por el hecho de que el marxismo hable de la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas, no ha comprendido lo que realmente son las fuerzas productivas. Marx y Engels ya advirtieron en *La Ideología Alemana* que sin desarrollar las fuerzas productivas solo podríamos socializar la miseria.

Esta necesidad de desarrollar las fuerzas productivas es un punto central, y es lo que siempre dejará al socialismo vulnerable al imperialismo, que siempre intentará destruir cualquier intento de instaurarlo, antes y también después de la toma revolucionaria del poder, ya que siempre existe el riesgo del regreso de las viejas estructuras capitalistas. Por esta razón, el desarrollo de las fuerzas productivas ha sido y será un desafío central en todas las experiencias socialistas, la contradicción fundamental a comprender y que determina lo que tenemos que hacer. No podemos elegir desarrollar o no las fuerzas productivas según nos guste más o menos; no, es realmente una necesidad histórica impuesta por las condiciones materiales de existencia.

Marx y Engels se negaron a proporcionar recetas dogmáticas para la futura edificación del socialismo. Para ellos, es algo que realmente conoceremos y haremos sobre la marcha, a medida que se construye. El socialismo se construye en el proceso histórico, aprendiendo y experimentando, incluso con fracasos trágicos.

6. ¿Ecosocialismo? Reafirmemos la centralidad de Marx y Engels

El ecosocialismo, o lo que finalmente podemos llamar el «verdadero ecomarxismo», ha atravesado distintas fases, según Jacopo Bergamo:

Una primera fase está marcada por científicos marxistas como Richard Levins (1930–2016), ecólogo, y Richard Lewontin (1929–2021), genetista, ambos profesores en Harvard. Escribieron textos fundamentales como *El Biólogo Dialéctico* (1985), y combinaron pensamiento científico, ecología y marxismo, aplicando la dialéctica materialista a la biología, la ecología y la genética. Estos autores, aunque posteriores a Marx y Engels, contribuyeron a demostrar la validez del enfoque dialéctico para la comprensión de los fenómenos naturales.

Luego viene una segunda fase, en las décadas de 1970 y 1980, en la que algunos pensadores comenzaron a considerar problemático el materialismo histórico y el desarrollo de las fuerzas productivas, acusando al marxismo de ser prometeico y productivista. Para ellos, la única forma de compatibilizar marxismo y ecología sería eliminar estos elementos, lo que en la práctica significa despojar al marxismo de su verdadera esencia. Desafortunadamente, estas siguen siendo hoy las posiciones más «de moda». Como dice el filólogo marxista italiano Sebastiano Timpanaro, para hacer a Marx compatible con la última moda académica, la técnica consiste en separar a Marx de Engels, y luego separar a Marx de sí mismo, para elegir cuál nos gusta más, si el Marx maduro o el joven. ¡Este es el reflejo de la fragmentación y el aislamiento disciplinario que realiza la posmodernidad, aplicado a la propia dupla Marx–Engels y al propio Marx! Cuando, en realidad, la potencia del pensamiento marxista radica precisamente en que es un pensamiento totalizador, y, además, un método para la acción que aplica la dialéctica para aproximar el concepto (reflejo en el pensamiento) al objeto (realidad), mediante su validación a través de la praxis revolucionaria. El pensamiento marxista no es un pensamiento fijo, acabado, una receta ni un texto mesiánico donde encontrar respuestas definitivas, sino un método para la acción que necesita incorporar de forma crítica todos los nuevos avances científicos de manera dialéctica.

Y finalmente, una tercera fase, donde se destacan quienes podemos llamar «verdaderos ecomarxistas»: John Bellamy Foster y Paul Burkett. Ambos realizaron una relectura sistemática de las obras de Marx y Engels, demostrando que el pensamiento marxista y dialéctico es

plenamente compatible con la ecología cuando se comprende y contextualiza correctamente.

Ambos autores se han dedicado a defender a Marx, quien es a menudo malinterpretado como un «productivista» o «prometeico» que glorificaba la tecnología, según los autores de la segunda fase. Foster y Burkett demuestran que estas acusaciones son incorrectas y carecen de fundamento, que Marx no tenía una visión ingenua de la tecnología, y que distinguió claramente entre el uso capitalista de las máquinas y la máquina como artefacto humano, herramienta para la liberación del trabajo.

7. El decrecimiento: otra tendencia idealista que malinterpreta a Marx

El decrecimiento es otra tendencia muy en boga en la que se ha reinterpretado a Marx, pero muchas de estas aproximaciones, al alinearse con las posturas de la «segunda fase» del ecosocialismo, separan arbitrariamente a Marx de Engels y al propio Marx de sí mismo, perdiendo así la coherencia interna de su pensamiento.

El discurso del decrecimiento, aunque se ha refinado con el tiempo, partió inicialmente de las ideas de Serge Latouche, con postulados neo-malthusianos, en la línea del Club de Roma (y su informe *Los límites del crecimiento*, de 1972). Estas ideas centraban el problema en la supuesta insostenibilidad del crecimiento poblacional, una nueva adaptación burguesa de la concepción reaccionaria de Malthus. Pero debemos recordar que Marx criticó a Malthus porque, al afirmar que la población crecía de forma geométrica y los recursos de forma aritmética, naturalizaba la miseria de la clase obrera en Inglaterra. Para Marx, en realidad, esto era una cuestión histórica, social y sistémica, que él logró explicar mediante la noción del ejército industrial de reserva: los desempleados que presionan a la baja las condiciones laborales de los empleados.

Hoy en día, estas ideas han sido refinadas y «limpiadas» del malthusianismo original, por autores como Giorgos Kallis, pero que

siguen acusando a Marx de productivista, y, tomando como punto de partida a Cornelius Castoriadis, proponen que debemos autolimitarnos y que de esta forma se liberaría toda una nueva abundancia. Sin embargo, este autolimitarse, al no tener una referencia externa objetiva y provenir del propio interior del individuo, conserva un carácter ascético y casi religioso. En el mejor de los casos, cuando no cae en el idealismo y busca causas externas, es materialista, pero no deja de ser una vuelta al materialismo contemplativo de Ludwig Feuerbach, quien esencializa lo que observa sin comprender que proviene de un proceso histórico. Como decía Marx, el cerezo que Feuerbach percibe con sus sentidos no está allí simplemente por naturaleza, sino que pudo haber sido trasplantado históricamente: lo que vemos es siempre resultado de una mediación histórica.

En palabras de John Bellamy Foster, el decrecimiento no es un principio absoluto para el pensamiento marxista, al igual que el crecimiento tampoco lo es. El verdadero principio rector del marxismo es el desarrollo humano sostenible, y el enfoque debe estar puesto en la reducción de la huella ecológica, de los residuos y derroches, en la redistribución equitativa de los valores de uso y en la satisfacción de las necesidades esenciales de las personas, comunidades y colectivos. Es decir, todo aquello contra lo que choca el capitalismo.

Desde el punto de vista del materialismo dialéctico, la idea del decrecimiento (entendido como reducción general del consumo y la producción) puede verse como una solución simplista, que puede ser fácilmente cooptada por políticas neoliberales de austeridad. Esto desviaría la atención de las contradicciones estructurales del capitalismo, buscando adaptarlo en lugar de superarlo. El materialismo dialéctico insiste en analizar las relaciones sociales de producción, no solo en aplicar soluciones técnicas o reduccionistas que podrían perpetuar desigualdades. Las leyes biofísicas y energéticas deben comprenderse en su contexto histórico-social, no como determinantes aislados, reconociendo siempre la interdependencia dialéctica entre naturaleza y sociedad.

La crisis ecológica es, para la teoría marxista, una manifestación de las contradicciones del modo de producción capitalista, que persigue la acumulación de capital y la valorización abstracta del valor. Esta lógica lleva a la privatización y mercantilización de la naturaleza, reduciéndola a «capital natural» y transformando fuerzas productivas en fuerzas destructivas, porque la producción no está guiada por la satisfacción de las necesidades humanas y ecológicas, sino por el lucro.

El decrecimiento, al subestimar el papel del trabajo humano como mediador entre sociedad y naturaleza, ignora que la alienación del trabajo en el capitalismo es una de las causas profundas de las crecientes crisis ecológicas.

8. Y, además, el imperialismo

A comienzos del siglo XX, Lenin definió el imperialismo como la «fase superior del capitalismo», en la que los monopolios industriales y el capital bancario se fusionan, y las grandes potencias se reparten el mundo para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Para él, el Estado es un instrumento de dominación de clase, que sirve a la burguesía y permite, con su fuerza, someter y explotar a las colonias.

Un siglo después, esa lógica persiste, y se ha vuelto más compleja y radicalmente más agresiva. El imperialismo contemporáneo es un sistema jerárquico de explotación, no solo entre capital y trabajo, sino también entre burguesías nacionales y naciones, e incluso entre distintos tipos de capital. Monopolios transnacionales y fondos de inversión controlan las cadenas globales de valor, pero el Estado sigue siendo una herramienta esencial para defender los intereses del capital.

El Estado burgués mantiene el orden interno (disciplinando a las clases trabajadoras y reprimiendo resistencias), garantiza la acumulación de capital (mediante leyes, burocracia y el monopolio de la violencia), y proyecta el capital nacional hacia el exterior (a través de negociaciones, tratados, sanciones e intervenciones militares). Además, estructuras supraestatales como la OTAN, el FMI y el Banco Mundial, sin ningún tipo de control popular, funcionan como extensiones de esta dominación global, imponiendo políticas que precarizan el trabajo y

refuerzan la lógica extractivista, transfiriendo valor de la periferia al centro.

Los países dependientes son forzados a organizar sus economías para suministrar materias primas, mano de obra barata y mercados cautivos a los centros imperialistas. Esto conlleva endeudamiento externo, pérdida de soberanía y destrucción ambiental. Las burguesías compradoras, aliadas al Estado, actúan como intermediarias, subordinadas a la lógica de acumulación de las potencias centrales.

Es importante destacar que esta lógica centro-periferia no se limita a la escala internacional: también se reproduce dentro de los propios Estados. Naciones sin Estado, regiones subalternas, zonas rurales, comunidades indígenas, barrios obreros o zonas empobrecidas funcionan como zonas de sacrificio, de donde se extrae valor —en forma de trabajo, recursos o impuestos— para nutrir a los grandes centros financieros e industriales (Harvey, 2003). Así, la desigualdad territorial se organiza como parte de la dictadura de la burguesía, reproduciendo a nivel nacional las mismas dinámicas del imperialismo global.

Las estructuras infraestatales —gobiernos regionales, municipales o espacios de descentralización— no escapan a esta lógica: a menudo funcionan como correas de transmisión para canalizar recursos al capital central o administrar políticas de contención social.

De este modo, el imperialismo actual se configura como una pirámide jerárquica:

- En la cúspide, la burguesía monopolista y los Estados centrales, apoyados por estructuras militares y financieras como la OTAN o el FMI, por servicios de inteligencia y por el uso del terrorismo para desestabilizar pueblos y naciones resistentes.

- En la base, la clase trabajadora y las comunidades populares, explotadas y expoliadas tanto en los países dependientes como en los centros imperialistas.

— Intermediando, una red de burguesías locales, burocracias y élites compradoras que colaboran con el orden imperialista para preservar sus privilegios.

La expoliación ambiental es esencial para el imperialismo

En medio de todo esto, la expoliación ambiental no es un efecto colateral, sino *una condición esencial del capitalismo* en su fase imperialista (Moore, 2015). La tendencia decreciente de la tasa de ganancia obliga al capital a expandir constantemente las fronteras de extracción: bosques, aguas, minerales raros y tierras fértiles se convierten en objetivos permanentes de saqueo. La contaminación y los costos ambientales se trasladan sistemáticamente a las comunidades más empobrecidas, alimentando la contradicción entre capital y naturaleza, sumada a la contradicción fundamental entre capital y trabajo.

Las leyes tendenciales del saqueo imperialista no se aplican de forma uniforme ni mecánica. El volumen e intensidad de la extracción de recursos naturales están siempre mediados por factores concretos. Entre ellos, destacan dos modificadores centrales:

Primero, a virulencia de las burguesías —en cualquier nivel de la jerarquía capitalista, desde el centro imperialista hasta la burguesía local— es tanto mayor cuanto más crítico, estratégico o insustituible sea el recurso a explotar: reservas de agua dulce, acuíferos subterráneos, minerales raros, tierras fértiles o zonas de biodiversidad única se vuelven focos prioritarios de saqueo, debido a su importancia para la reproducción ampliada del capital a escala global.

Segundo, y más decisivo aún: la correlación de fuerzas en la lucha de clases determina los límites efectivos de ese saqueo, ya que la resistencia popular puede imponer costos de oportunidad, hacer inviables proyectos o forzar reconfiguraciones. Esto puede suceder mediante movilizaciones comunitarias en defensa del territorio (como los Mapuches frente al extractivismo), alianzas inter clase entre pequeños propietarios, trabajadores autónomos, pequeña burguesía y sindicatos organizados (como el caso de Altri en Galicia), o incluso coaliciones más amplias donde fracciones de la burguesía local se alían con sectores

populares para defender la soberanía nacional ante disputas existenciales frente al capital extranjero.

En ese sentido, resulta muy interesante observar fenómenos como el de países como Venezuela o Rusia y, a un nivel supraestatal, los BRICS, donde el denominador común principal —aunque no único— es la concentración de la mayor parte de los recursos naturales del planeta, constantemente amenazados por el saqueo imperialista, y donde se trata de un movimiento soberanista que busca una respuesta multipolar y autónoma frente al imperialismo.

La expoliación a gran escala y su ritmo son el resultado directo de la compleja interacción dialéctica entre la lógica de acumulación del capital y la capacidad de resistencia y organización de los pueblos y las clases subalternas.

Para comprender esta dinámica, el marxismo ofrece una contribución metodológica invaluable. A través de su análisis, podemos entender las causas y los mecanismos de la expoliación. En última instancia, solo la organización popular y antiimperialista puede reorientar la actividad humana hacia un camino sostenible, garantizando que las futuras generaciones y los pueblos no sean despojados de sus recursos esenciales.

En conclusión

La historia de la humanidad está intrínsecamente ligada a su relación con el medioambiente. Esta interacción es una relación dialéctica, caracterizada por una tensión constante.

Dicha tensión puede, en ocasiones, comprometer tanto la capacidad de autorregeneración del entorno natural como, en consecuencia, la propia supervivencia humana.

En este contexto, los análisis de Marx y Engels son esenciales y siguen siendo plenamente vigentes en nuestros días, y el uso de sus categorías es completamente pertinente para comprender los fenómenos actuales relacionados con esta dinámica.

Es fundamental observar que la mayoría de las críticas al posicionamiento de Marx y Engels ignoran su metodología, la dialéctica, y parten de posiciones izquierdistas e idealistas típicas: determinismo, mecanicismo, productivismo... y carecen de sustento a la luz de sus textos.

Finalmente, observamos cómo el capitalismo, en su fase imperialista, ha acelerado exponencialmente la explotación de los recursos naturales, la absorción de valor hacia el centro imperialista para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia y la exportación del saqueo y la catástrofe ambiental hacia las regiones subordinadas.

Las crisis ecológicas pueden, así, ser comprendidas como una manifestación más de la lucha de clases, hoy evidenciada por el desarrollo del antiimperialismo, el multipolarismo, y por las crecientes luchas de liberación y de los pueblos.

Introducción a «Neocolonialismo — última fase del imperialismo»

Kwame N’Krumah

El neocolonialismo actual representa el imperialismo en su fase final y quizá la más peligrosa. En el pasado, era posible convertir una nación a la que se le hubiera impuesto un régimen neocolonial —el Egipto del siglo XIX es un ejemplo— en un territorio colonial. Hoy, ese proceso ya no es viable. El colonialismo de estilo antiguo no está, en absoluto, abolido. Aún constituye un problema africano, pero se encuentra en retroceso por todas partes. Una vez que un territorio se convierte nominalmente en independiente, ya no es posible, como en el siglo pasado, revertir el proceso. Las colonias existentes pueden mantenerse por más tiempo, pero no se crearán nuevas colonias. En lugar del colonialismo, como principal instrumento del capitalismo, tenemos hoy el neocolonialismo.

La esencia del neocolonialismo es que el Estado sometido a él es, teóricamente, independiente y posee todos los adornos externos de la soberanía internacional. En realidad, su sistema económico y, por ende, su sistema político, está dirigido desde el exterior.

Los métodos y la forma de control pueden asumir diversos aspectos: por ejemplo, en un caso extremo, las tropas de una potencia imperialista pueden guarnecer el territorio de un Estado neocolonial y controlar su gobierno. Más frecuentemente, sin embargo, el control neocolonial se ejerce mediante medios económicos o monetarios. El Estado neocolonial puede verse obligado a aceptar los productos manufacturados de la potencia imperialista, excluyendo los productos competidores de otro origen. El control sobre la política gubernamental del Estado neocolonial puede asegurarse mediante pagos para cubrir el

coste de la administración estatal, el suministro de funcionarios administrativos en posiciones que les permitan dictar la orientación política, y el control monetario del cambio exterior mediante la imposición de un sistema bancario controlado por la potencia imperialista.

Allí donde existe el neocolonialismo, la potencia que ejerce el control suele ser el Estado que gobernó previamente el territorio en cuestión, pero no necesariamente. Por ejemplo, en el caso del Vietnam del Sur, aquella antigua potencia imperial era Francia, pero ahora el control neocolonial del Estado ha pasado a Estados Unidos. Es posible que el control neocolonial lo ejerza un consorcio de intereses financieros que no se identifica específicamente con ningún Estado en particular. El control del Congo por grandes intereses financieros internacionales es un caso de este tipo.

El resultado del neocolonialismo es que el capital extranjero se utiliza para la explotación, en lugar de servir al desarrollo de las regiones menos desarrolladas del mundo. La inversión, bajo el neocolonialismo, aumenta, en lugar de disminuir, la brecha entre las naciones ricas y pobres del mundo.

La lucha contra el neocolonialismo no tiene como objetivo excluir el capital del mundo desarrollado de las operaciones en naciones menos desarrolladas. Su objetivo es impedir que la fuerza financiera de las naciones desarrolladas se utilice de manera que empobrezca a los menos desarrollados.

El no alineamiento, tal como lo practican Ghana y muchas otras naciones, se basa en la cooperación con todos los Estados, sean capitalistas, socialistas o con una economía mixta. Esta orientación, por lo tanto, implica la inversión externa de naciones capitalistas, pero esta debe aplicarse según el plan nacional organizado por el gobierno del Estado no alineado, teniendo en cuenta sus propios intereses. La cuestión no es cuál es el beneficio que obtiene el inversor extranjero sobre sus inversiones. Incluso puede obtener mejores resultados si invierte en un Estado no alineado que en un país neocolonial. La

cuestión es de poder. Un Estado en las garras del neocolonialismo no es dueño de su propio destino.

Es ese factor el que convierte al neocolonialismo en una amenaza tan seria para la paz mundial.

El crecimiento de las armas nucleares ha dejado obsoleta la anticuada balanza de fuerzas, que se apoyaba en una guerra a gran escala como sanción máxima. La certeza de destrucción masiva mutua impide, de hecho, que cualquiera de los grandes bloques de potencias amenace al otro con la posibilidad de una guerra de alcance mundial, y el conflicto militar queda así confinado a «guerras limitadas». Para estas, el neocolonialismo es el caldo de cultivo.

Estas guerras pueden, naturalmente, ocurrir en naciones que no estén controladas por neocolonialistas. Su objetivo puede incluso ser crear, en una nación pequeña pero independiente, un régimen neocolonialista. El problema del neocolonialismo es que impide la formación de esas grandes unidades que harían imposible la «guerra limitada». Por ejemplo: si África se uniera, ningún bloque de grandes potencias intentaría subyugarla mediante una guerra limitada, porque, por la propia naturaleza de esta, lo que se puede conseguir es, en sí, limitado. Solo donde existen pequeños Estados es posible, desembarcando unos pocos miles de marines o financiando una fuerza mercenaria, asegurar un resultado decisivo.

La restricción a la acción militar en las «guerras limitadas», sin embargo, no garantiza la paz mundial y es probablemente el factor que acabará involucrando a los grandes bloques de potencias en una guerra mundial, por mucho que ambos estén decididos a evitarla.

La guerra limitada, una vez iniciada, adquiere un impulso propio. La guerra del Vietnam del Sur es solo un ejemplo de ello. La escalada ocurre a pesar del deseo de los grandes bloques de potencias de mantenerla limitada. Aunque esa guerra determinada pueda impedirse que conduzca a un conflicto mundial, la multiplicación de guerras limitadas similares solo puede tener un final: la guerra mundial y las terribles consecuencias de un conflicto nuclear.

El neocolonialismo es también la peor forma de imperialismo. Para quienes lo ejercen, significa poder sin responsabilidad; y para quienes lo sufren, significa explotación sin alivio. En los tiempos del antiguo colonialismo, la potencia imperial debía, al menos, explicar y justificar internamente las acciones que realizaba en el extranjero. En la colonia, quienes servían a la potencia imperial dominante podían al menos esperar su protección frente a cualquier acción violenta de sus opositores. Con el neocolonialismo, ninguno de estos casos se da.

Por encima de todo, el neocolonialismo, como antes lo hacía el colonialismo, pospone la confrontación de cuestiones sociales que deberán ser abordadas por la parte plenamente desarrollada del mundo, de modo que pueda eliminarse el peligro de guerra mundial o resolverse el problema de la pobreza mundial.

El neocolonialismo, al igual que el colonialismo, es un intento de exportar los conflictos sociales de las naciones capitalistas. El éxito temporal de esta política puede observarse en la creciente ampliación de la brecha entre las naciones más ricas y las más pobres del mundo. Pero las contradicciones y conflictos internos del neocolonialismo garantizan que no puede perdurar como política mundial permanente. Cómo debe eliminarse es un problema que deberían estudiar, sobre todo, las naciones desarrolladas del mundo, porque son ellas las que sufrirán el impacto total de su fracaso final. Cuanto más tiempo dure, más seguro es que su colapso inevitable destruirá el sistema social que lo fundamentó.

La razón de su desarrollo en el periodo de posguerra puede resumirse rápidamente. El problema que enfrentaban las naciones ricas del mundo al final de la Segunda Guerra Mundial era la imposibilidad de regresar a la situación anterior a la guerra, en la que existía una gran distancia entre los pocos ricos y los muchos pobres. No importaba qué partido estuviera en el poder: las presiones internas en las naciones ricas eran tales que ninguna nación capitalista de posguerra podría sobrevivir, salvo convirtiéndose en un *Welfare State*, una nación de prosperidad general. Podían existir diferencias de grado en la extensión de los beneficios sociales concedidos a los trabajadores industriales y agrícolas,

pero lo que era imposible en todas partes era regresar al desempleo masivo y al bajo nivel de vida de los años anteriores a la guerra.

Desde finales del siglo XIX en adelante, las colonias fueron consideradas una fuente de riqueza que podía usarse para mitigar los conflictos de clase en los Estados capitalistas y, como se explicará más adelante, esta política obtuvo cierto éxito. Pero fracasó en su objetivo final, porque los Estados capitalistas de antes de la guerra estaban organizados internamente, de tal manera que la mayor parte de los beneficios obtenidos de las posesiones coloniales iba a parar a los bolsillos de la clase capitalista, y no a los de los trabajadores. Lejos de alcanzar el objetivo, los partidos de la clase obrera, en ocasiones, tendían a identificar sus intereses con los de los pueblos coloniales, y las potencias imperialistas se vieron envueltas en un conflicto en dos frentes: internamente, con sus propios trabajadores; y en el exterior, contra las fuerzas crecientes de liberación colonial.

El período de posguerra inauguró una política colonial muy distinta. Se hizo un intento deliberado de desviar los ingresos coloniales de la clase rica y, en su lugar, utilizarlos para financiar, de manera general, el *Welfare State*. Como se verá en los ejemplos que se presentarán más adelante, este fue el método conscientemente adoptado incluso por aquellos líderes de la clase trabajadora que, antes de la guerra, habían considerado a los pueblos coloniales como sus aliados naturales frente a los enemigos capitalistas en su propio país.

En un principio, se presumió que este objetivo podría alcanzarse manteniendo el sistema colonial anterior a la guerra. La experiencia, sin embargo, demostró rápidamente que los intentos de hacerlo serían desastrosos y solo provocarían guerras coloniales, disipando así las ganancias esperadas de la continuación del régimen colonial. Gran Bretaña, en particular, comprendió esto en una fase temprana, y la validez del razonamiento británico se confirmó posteriormente con la derrota del colonialismo francés en el Extremo Oriente y en Argelia, y con el fracaso de los holandeses en retener cualquier parte de su antiguo imperio colonial.

El sistema del neocolonialismo se instituyó así y, a corto plazo, sirvió admirablemente a las naciones desarrolladas. A largo plazo, sin embargo, sus consecuencias serán probablemente catastróficas.

El neocolonialismo se basa en el principio de dispersar grandes territorios coloniales previamente unidos en numerosos pequeños Estados inviables, incapaces de desarrollo independiente y obligados a depender de la antigua potencia imperial para su defensa e incluso para la seguridad interna. Sus sistemas económico y financiero permanecen ligados, como en los tiempos coloniales, a los del antiguo dominador.

A primera vista, podría parecer que el sistema ofrece muchas ventajas para las naciones desarrolladas del mundo. Todos los beneficios del neocolonialismo pueden asegurarse si, en una región determinada, una proporción razonable de Estados mantiene un sistema neocolonialista. No es necesario que todos lo adopten. A menos que los pequeños Estados logren unirse, se ven obligados a vender sus materias primas a precios dictados por las naciones desarrolladas y a comprar sus productos manufacturados a los valores que estas fijen. Mientras el neocolonialismo impida las condiciones políticas y económicas necesarias para un desarrollo óptimo, las naciones en desarrollo, estén o no bajo control neocolonial, serán incapaces de crear un mercado suficientemente amplio que sostenga la industrialización. Del mismo modo, carecerán de la fuerza financiera que les permita obligar a las naciones desarrolladas a pagar un precio justo por sus materias primas.

En los territorios neocolonialistas, una vez que la antigua potencia colonial ha cedido teóricamente el control, las mismas condiciones sociales provocadas por el sistema pueden generar revueltas. Si un gobierno local se muestra problemático, puede ser sacrificado y sustituido por otro más servil.

Por otro lado, en cualquier continente donde el neocolonialismo exista a gran escala, las mismas presiones sociales que pueden provocar revueltas en territorios neocoloniales afectarán también a los Estados que se han negado a aceptar el sistema. En consecuencia, las naciones

neocolonialistas poseen un arma lista para amenazar a sus opositores siempre que estos parezcan desafiar el sistema con éxito.

Estas ventajas, que a primera vista parecen tan reales, se revelan, sin embargo, ilusorias cuando se analizan, porque ignoran los hechos del mundo actual.

La introducción del neocolonialismo aumentó la rivalidad entre las grandes potencias, tal como ocurría con el colonialismo de estilo antiguo. Por pequeña que sea, es real que un Estado neocolonialista, por el simple hecho de su independencia nominal, posee cierto margen de maniobra. Puede no lograr sobrevivir sin un señor imperialista, pero, aun así, tiene la capacidad de cambiar de aliado.

El Estado neocolonialista ideal sería aquel totalmente subordinado a los intereses neocolonialistas. Sin embargo, la existencia de las naciones socialistas imposibilita la aplicación completa del sistema neocolonialista.

La existencia de un sistema alternativo constituye, por sí misma, un desafío al régimen neocolonialista. Las advertencias sobre los «peligros de la subversión comunista» terminan siendo un arma de doble filo, porque llaman la atención de quienes viven bajo un sistema neocolonialista sobre la posibilidad de un cambio de régimen.

De hecho, el neocolonialismo es víctima de sus propias contradicciones. Para hacerlo atractivo a los ojos de quienes lo padecen, necesita presentarse como capaz de elevar sus niveles de vida. Pero el objetivo económico del neocolonialismo es mantener esos niveles reprimidos, en interés de las naciones desarrolladas. Solo cuando se comprende esta contradicción, puede explicarse el fracaso de numerosos programas de «ayuda», muchos de ellos bienintencionados.

En primer lugar, los gobernantes de los Estados neocolonialistas reciben su autoridad para gobernar no de la voluntad del pueblo, sino del apoyo que obtienen de sus señores neocolonialistas. Por ello, tienen poco interés en desarrollar la educación, en aumentar el poder de negociación de sus trabajadores empleados en empresas extranjeras o,

de hecho, en tomar cualquier medida que contradiga la estructura colonial de comercio e industria, cuya preservación es el objetivo del neocolonialismo. La «ayuda», por tanto, para un Estado neocolonialista, es meramente un crédito rotativo, pagado por el señor neocolonial, pasando por el Estado neocolonial y retornando al mismo señor en forma de beneficios aumentados.

En segundo lugar, es en el ámbito de la «ayuda» donde se manifiesta primero la rivalidad entre los Estados desarrollados individuales. Mientras exista el neocolonialismo, persistirán las esferas de influencia, y eso hace imposible la ayuda multilateral —que es, en realidad, la única forma eficaz de ayuda.

Una vez iniciada la ayuda multilateral, los señores neocolonialistas se encuentran con la hostilidad de los intereses instalados en sus propios territorios. Sus industriales, naturalmente, se oponen a cualquier intento de elevar el precio de las materias primas que obtienen del territorio neocolonial en cuestión, o al establecimiento, en dicho territorio, de industrias manufactureras que puedan competir, directa o indirectamente, con sus exportaciones. Incluso la educación se ve con desconfianza, por considerarse capaz de originar un movimiento estudiantil. Y es, naturalmente, cierto que, en muchos países menos desarrollados, los estudiantes han sido la vanguardia de la lucha contra el neocolonialismo.

En lo que los señores coloniales siempre pueden confiar es en la «ayuda militar».

Cuando un territorio neocolonial se ve llevado a tal estado de caos económico y miseria que estalla una revuelta, entonces —y solo entonces— no hay límites para la generosidad del dominador neocolonial, siempre que, evidentemente, los fondos suministrados se utilicen exclusivamente con fines militares.

En realidad, la ayuda militar señala la última fase del proceso, y su efecto es autodestructivo. Tarde o temprano, las armas suministradas acaban en manos del pueblo insurgente, volviéndose contra el propio

régimen neocolonialista y profundizando aún más la miseria social que la provocó.

El neocolonialismo es una piedra al cuello de las propias naciones desarrolladas que lo practican. Pero, si algún día consiguen liberarse de él, no será mediante el regreso a la dominación colonial directa. Esa solución ya no es posible, y los motivos fueron bien explicados por Owen Lattimore, especialista estadounidense y consejero de Chiang Kai-shek en el periodo inmediatamente posterior a la guerra. Lattimore escribió:

«Asia, que fue tan fácil y rápidamente subyugada por conquistadores en los siglos XVIII y XIX, demuestra ahora una impresionante capacidad de resistencia contra ejércitos modernos, equipados con aviones, tanques, vehículos motorizados y artillería móvil.

Antiguamente, grandes territorios eran conquistados en India con pequeños contingentes. Los ingresos —primero por saqueo, luego por impuestos directos y, finalmente, mediante el comercio, la inversión de capitales y la explotación a largo plazo— cubrían con increíble rapidez los gastos de las operaciones militares.

Esa aritmética representaba una gran tentación para las naciones poderosas. Ahora, sin embargo, se enfrentan a una nueva realidad y a una nueva aritmética que las desalienta».

Esa misma aritmética, probablemente, se aplica a todo el mundo menos desarrollado.

Este libro es, por tanto, un intento de examinar el neocolonialismo, no solo en el contexto africano y de sus relaciones con la unidad africana, sino también desde una perspectiva mundial. El neocolonialismo no es, en modo alguno, una cuestión exclusivamente africana. Mucho antes de ser practicado a gran escala en África, era un sistema establecido en otras partes del mundo. En ningún lugar tuvo éxito, ni en elevar los niveles de vida, ni, en última instancia, en aportar beneficios a los países en los que se aplicó.

Marx predijo que la creciente distancia entre la riqueza de las clases propietarias y los trabajadores que emplean acabaría generando un conflicto fatal para el capitalismo, en cada Estado capitalista aislado.

Ese conflicto entre ricos y pobres se ha trasladado ahora al escenario internacional, pero, para comprobar lo que se reconoce que está ocurriendo, ya no es necesario consultar a los autores marxistas. La situación se expone con la máxima claridad en los principales órganos de opinión capitalista. Tomemos, por ejemplo, los siguientes extractos del *The Wall Street Journal*, el diario que quizás mejor refleje el pensamiento capitalista estadounidense.

En el número del 12 de mayo de 1965, bajo el titular «La situación de las naciones pobres», el diario analiza, en primer lugar, «qué naciones se consideran industriales y cuáles atrasadas». No existe, explica, «un método rígido de clasificación». A pesar de ello, afirma:

«Un criterio de separación generalmente utilizado fue recientemente mantenido por el Fondo Monetario Internacional porque, en palabras de un funcionario del FMI, «la demarcación económica en el mundo se hace cada vez más evidente». La separación, dice el funcionario, «se basa en el sentido común».

«Desde el punto de vista del FMI, las naciones industriales son Estados Unidos, Reino Unido, la mayoría de las naciones de Europa Occidental, Canadá y Japón. Una categoría especial denominada “otras áreas desarrolladas” incluye otros países europeos, como Finlandia e Irlanda, así como Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. La categoría de los “menos desarrollados” incluye, para el FMI, toda América Latina, prácticamente todo Oriente Medio, la Asia no comunista y África. En otras palabras, las naciones “atrasadas” se encuentran en las áreas neocoloniales».

Tras citar cifras en apoyo de sus argumentos, el *Wall Street Journal* comenta la situación:

«Las naciones industriales han añadido casi dos mil millones a sus reservas, que ahora se acercan a los 20 mil millones de dólares. Al

mismo tiempo, las reservas del grupo menos desarrollado no solo dejaron de crecer, sino que disminuyeron en unos 200 millones. Para analistas como Miss Ward, británica, el significado de estas estadísticas es claro: la disparidad económica aumenta rápidamente entre una élite muy reducida del Atlántico Norte —blanca, condescendiente y muy rica— y los demás, y eso es una herencia muy incómoda para dejar a nuestros hijos. Esta élite incluye aproximadamente dos tercios de la población mundial, repartida en cien países».

Este problema no es nuevo. En el párrafo inicial del libro *La guerra contra la pobreza mundial*, escrito por el actual líder laborista Harold Wilson, se resalta la importancia del problema global:

«La gran mayoría de la humanidad enfrenta un problema de mayor urgencia que la guerra, el comunismo o la preservación del nivel de vida, o incluso los impuestos. Es el hambre. Más de mil quinientos millones de personas —aproximadamente dos tercios de la población mundial— viven en condiciones de hambre aguda y presentan problemas nutricionales identificables. El hambre es, al mismo tiempo, efecto y causa de la pobreza, de la suciedad y de la miseria en que viven».

Sus consecuencias son, igualmente, claramente comprendidas. El corresponsal del *The Wall Street Journal*, citado anteriormente, las señala:

Muchos diplomáticos y economistas consideran las implicaciones como preponderantemente —y peligrosamente— políticas. A menos que la actual decadencia pueda invertirse, temen estos analistas, Estados Unidos y otras potencias industriales ricas de Occidente se enfrentan a la posibilidad evidente, en palabras de la economista británica Bárbara Ward, de una especie de guerra internacional de clases.

Lo que falta son propuestas positivas para afrontar la situación. Todo lo que el corresponsal del *The Wall Street Journal* puede hacer es subrayar que los métodos tradicionales recomendados para remediar los problemas probablemente solo servirían para agravarlos.

Ya se ha mencionado que las naciones desarrolladas deberían asistir efectivamente a las partes más pobres del mundo y que el mundo entero debería transformarse en un *Welfare State*. Parece, sin embargo, haber muy pocas perspectivas de que algo de esa naturaleza pueda lograrse. Los llamados programas de «ayuda» para apoyar las economías atrasadas representan, según una estimación aproximada de las Naciones Unidas, solo medio punto por ciento de la renta total de las naciones industriales. En cuanto a la perspectiva de incrementar esa ayuda, la disposición es pesimista:

«Una amplia corriente de pensamiento afirma que los esquemas de redistribución de la riqueza son idealistas y poco prácticos. Esa corriente argumenta que el clima, la capacidad humana no desarrollada, la falta de recursos naturales y otros factores —no solo la falta de dinero— retrasan el progreso económico en muchos de esos países, y que las naciones no tienen personal con la formación o determinación necesarios para utilizar eficazmente una ayuda ampliamente ampliada. Los esquemas de redistribución de la riqueza, según este punto de vista, equivaldrían a verter dinero en un pozo sin fondo, debilitando a las naciones donantes sin remediar efectivamente los problemas de las receptoras».

El absurdo de este argumento se demuestra con el hecho de que cada una de las razones citadas para explicar por qué las partes menos desarrolladas del mundo no pueden desarrollarse se aplicaba, con la misma exactitud, a las actuales naciones desarrolladas, en el periodo anterior a su desarrollo. El argumento solo es válido en este sentido: el mundo menos desarrollado no se volverá desarrollado a través de la buena voluntad o generosidad de las potencias desarrolladas. Solo podrá desarrollarse mediante una lucha contra las fuerzas externas invertidas en mantenerlo subdesarrollado. De esas fuerzas, el neocolonialismo es la principal.

Pretendo analizar el neocolonialismo, examinando primero el estado del continente africano y demostrando cómo el neocolonialismo, actualmente, mantiene artificialmente pobre a África. A continuación, pretendo mostrar cómo, en la práctica, la Unidad Africana —que solo puede crearse mediante la derrota del neocolonialismo— podría elevar

enormemente los niveles de vida africanos. A partir de este punto de partida, pretendo examinar el neocolonialismo en general, primero históricamente y luego mediante el análisis de los grandes monopolios internacionales, cuyo continuo estrangulamiento de los sectores neocoloniales del mundo asegura la continuidad del sistema.

América Latina frente el Imperialismo. ¿Independencia o dependencia renovada?

Daniel Seixo

Mientras estas líneas se dibujan sobre un trozo de papel en blanco, un espectro que recorre de nuevo Nuestra América. Un fantasma que se niega a descansar en el camposanto de la historia, renaciendo con la fuerza de Vertières o Bahía de Cochinos. Es el eco de los gritos en las minas de Potosí, una montaña que fue de plata y hoy reposa como un cascarón vacío, dibujando en sus numerosas cicatrices un monumento al saqueo que parió al capitalismo europeo. Es el olor dulzón y sangriento de los cañaverales del Caribe, donde la tierra se tragó la vida de millones de hombres, niños y mujeres de África para endulzar el té de los amos en Londres y París. Es la memoria de una independencia que prometió la libertad, pero que finalmente dejó en el continente en amargo poso de las cadenas que no terminan de romperse, apenas cubiertas por la quincalla de banderas y constituciones nuevas.

Como dibujada por la mismísima pluma de Gabo, nuestra historia es circular, una espiral donde los nombres de los verdugos cambian, pero la herida permanece latente. Esta es la región de la paradoja trágica: inmensamente rica y eternamente empobrecida. Las independencias del siglo XIX, heroicas en sus batallas e intenciones, fueron un espejismo. Rompieron el lazo político con España y Portugal, sí, pero las oligarquías criollas, esas burguesías nacidas para servir, se apresuraron a buscar un nuevo patrón ante el que someter a sus pueblos. La corona fue reemplazada por la libra esterlina y esta, a su vez, por el todopoderoso dólar. La dominación cambió de idioma, de traje y de modales, pero su esencia, la del imperialismo, se hizo todavía más profunda y voraz.

Por todo ello, la tarea de nuestro tiempo, la única que puede exorcizar a los fantasmas que todavía hoy atenazan a esta región de la tierra, es la de emprender la Segunda y definitiva Independencia. Y esta expresión no es simplemente una metáfora, un recurso literario en un artículo destinado a olvidarse. Este enunciado es la continuación de la gesta de Bolívar, traicionada por los cipayos de cada época. Es la «creación heroica» que soñó José Carlos Mariátegui, es la dignidad irrenunciable que Fidel Castro encarnó en Cuba y el proyecto de la Patria Grande que Hugo Chávez resucitó en el siglo XXI para gritar con pulmón pleno que la historia no había llegado a su fin. Es, en definitiva, la disyuntiva histórica: o consumamos la emancipación de nuestras patrias, o seguiremos condenados a cien años más de soledad y saqueo.

I. La matriz colonial y sus cicatrices

Para entender la dependencia y pobreza de hoy, debemos desenterrar el pecado original. La invasión europea de 1492 no fue un «encuentro casual» o una «tarea civilizatoria», sino que se trató del acto inaugural de la acumulación originaria de capital a escala planetaria. Como oportunamente analizó Marx, el capitalismo necesitó de la violencia, el robo y la esclavitud para nacer y desarrollarse. A Nuestra América se le otorgó el papel de víctima sacrificial en ese altar. Siéndole asignada, por la fuerza, al rol de periferia: una inmensa mina y una gigantesca plantación al servicio de un centro metropolitano que acumulaba su riqueza.

Potosí, en Bolivia, supone el símbolo más doloroso de este inmenso juego. Se dice que con la plata extraída de su cerro se podría haber construido un puente de plata desde la mina hasta el palacio real en Madrid. Y con los huesos de los indígenas que murieron en sus socavones, se podría haber emprendido el camino de vuelta. Esa es la dialéctica del colonialismo, la muerte del Sur era la vida y el lujo en el norte, la miseria de América, alimentaba la opulencia Europea. El sistema de venas abiertas que describió Galeano no es una licencia poética, es la descripción precisa de una economía de trasvase, una sangría que no ha cesado en nuestros días.

Cuando las élites criollas, dueñas de la tierra, pero totalmente supeditadas en el poder político, se levantaron en armas a principios del siglo XIX, no lo hicieron para crear naciones de ciudadanos libres. Lo hicieron porque temían más a las rebeliones de los de abajo que a la propia Corona, el digno y eterno ejemplo de la revolución de esclavos en Haití los aterraba. Su proyecto no era la justicia social y emancipación, sino el libre comercio para lograr vender sus productos al mejor postor, que a esas alturas ya no era España, sino la pujante Inglaterra industrial.

El sueño de Simón Bolívar de una Patria Grande, una sola y poderosa nación de repúblicas, fue desmembrado por los intereses mezquinos de estas oligarquías locales aduladas por el poder pujante de Londres. Prefirieron ser cabeza de ratón en sus pequeñas «repúblicas» que cola de león en una gran confederación de pueblos que ansiaban su libertad. Y así, fragmentados y débiles, fueron presa fácil para el nuevo imperialismo naciente. José Carlos Mariátegui, el marxista más lúcido y olvidado de nuestra América, lo diagnosticó con una claridad meridiana: la independencia no resolvió el «problema del indio» ni el «problema de la tierra», la estructura semifeudal del latifundio permaneció intacta, solo que ahora servía plenamente a los intereses del capital extranjero. La independencia fue una revolución política superficial que dejó intacta la estructura económica colonial. Fue, en su esencia, insuficiente.

II. La Sombra Larga del Águila del Norte

Si el siglo XIX fue el del imperialismo británico, que logró dominar con sus bancos y sus empréstitos a todo un continente, el siglo XX, fue sin lugar a dudas el del imperialismo estadounidense. La Doctrina Monroe de 1823, bajo el cínico y seductor lema de «América para los americanos», fue en realidad la declaración unilateral de que el continente pasaba a ser el «patio trasero» de Washington. Supuso un conjuro para alejar a otros imperios y reservar para sí el derecho exclusivo de intervención y saqueo sobre los pueblos americanos.

Y ese derecho lo ejercieron con una brutalidad sistemática, tal y como previamente lo habían hecho contra los pueblos nativos sobre los

que habían construido su patria. La historia del siglo XX en América Latina es un rosario de agravios, un catálogo de golpes de Estado, invasiones y dictaduras orquestadas desde el Norte. Cuando en Guatemala, en 1954, el gobierno democrático de Jacobo Árbenz se atrevió a impulsar una modesta reforma agraria que afectaba los latifundios de la United Fruit Company, la CIA no dudó en organizar un golpe de Estado y sumir al país en décadas de genocidio. El mensaje era claro: nuestros plátanos y nuestro café valían más que nuestras democracias.

La Revolución Cubana de 1959 fue el gran desafío, la prueba de que un pueblo podía decir «¡Basta!», podía mandar parar. Y la respuesta del imperio fue la invasión de Playa Girón, derrotada por un pueblo en armas que pagaría tal osadía con un bloqueo criminal que duró más de sesenta años, un acto de guerra permanente diseñado para rendir por hambre y enfermedad a una nación que cometió el pecado de la dignidad. Fidel Castro se convirtió en la bestia negra del imperio porque demostró que la verdadera soberanía era posible.

El guion se repitió una y otra vez como una maldición. En el Chile de 1973, el sueño de una vía pacífica al socialismo de Salvador Allende fue ahogado en sangre. La Moneda en llamas es el fotograma eterno de la crueldad imperialista, que no dudó ni un instante en instalar al general Pinochet, un gerente del terror, para convertir a Chile en el primer laboratorio mundial del neoliberalismo. A través de la Operación Cóndor, un pacto de sangre entre las dictaduras del Cono Sur, coordinado por la CIA, el Imperio sembró el continente de desaparecidos, torturados y exiliados. Una huella que todavía hoy sangre en demasiados corazones. Su lucha no era contra el comunismo, era contra cualquier atisbo de soberanía y libertad.

Tras la inesperada caída del Muro de Berlín, el garrote militar se vistió con los ropajes de los tecnócratas del «Consenso de Washington». El FMI y el Banco Mundial se convirtieron en los nuevos virreyes, imponiendo un catecismo neoliberal: privatizar todo lo público, abrir las economías sin protección, recortar el gasto social y someter a cualquier tipo de disidencia. Era la continuación de las venas abiertas por otros

medios. Vendimos las «joyas de la abuela» a precio de saldo a las transnacionales y a cambio recibimos más pobreza, más desigualdad y una deuda externa que es, en sí misma, impagable, una cadena perpetua al cuello de los pueblos.

III. La creación heroica

Pero en Nuestra América, la resignación nunca ha sido una opción. De la misma tierra, regada con sangre, ha brotado el fuego de la resistencia. Su muerte, su destrucción, el dolor... Dejaba en la tierra del continente la semilla del mañana, *Semente de Vencer*. Mariátegui nos propició la brújula teórica al proclamar que el socialismo en nuestra América no podía ser «ni calco ni copia», sino «creación heroica». Comprendió oportunamente que la revolución en Nuestra América debería ser marxista, pero también indoamericana, fusionando la lucha del proletariado con la lucha ancestral de los pueblos originarios por la tierra y la dignidad.

Fidel y la Revolución Cubana convirtieron aquella aportación teórica en praxis. Cuba se erigió en un faro, la prueba material de que un país pequeño y bloqueado podía erradicar el analfabetismo, construir un sistema de salud público ejemplar y enviar médicos, no soldados, ni armas, por el mundo. Es el realismo mágico de la resistencia, logrando desafiar las leyes de la gravedad geopolítica a través de la voluntad política y la firme organización popular.

A finales del siglo XX, cuando el neoliberalismo reinaba, un comandante desenterró a Bolívar y lo trajo al presente. Chávez entendió que la lucha era continental y, con una audacia histórica de los que nacen para iluminar la senda de la Revolución, comenzó a tejer las alianzas para la Segunda Independencia. Así nacieron la ALBA-TCP, una alianza basada no en la competencia sino en la solidaridad, UNASUR, un consejo de defensa sudamericano y la CELAC, el sueño bolivariano hecho realidad: un organismo de toda Nuestra América, sin la presencia de Estados Unidos y Canadá. Eran los primeros ladrillos para reconstruir la casa grande que las oligarquías habían demolido a conciencia doscientos años antes.

IV. O el Imperio o la Patria Grande

Ya en el presente histórico que nos ocupa, la espiral de la historia nos coloca de nuevo en una encrucijada. El imperio estadounidense, en visible decadencia, se resiste a perder su hegemonía y arrecea en su agresión a través de sanciones, los bloqueos, el *lawfare* y las guerras mediáticas. Los fantasmas del pasado nos susurran que la sumisión es el único destino posible para los pueblos. Perú, Chile, Argentina... Los caminos al derrotismo tiñen el presente de diferentes tonalidades. Pero las voces de los héroes y mártires de Nuestra América nos exigen la audacia de ser libres.

La Segunda y Definitiva Independencia, no puede suponer un anhelo lírico susurrado al viento, ni una página dorada en un libro de la historia que está por venir. Debe ser un conjuro de tres cantos que debe pronunciarse al unísono, un cuerpo vivo con tres órganos vitales que laten o mueren juntos. Es el acto político y material que nos permitirá por fin ser dueños de los fantasmas que habitan nuestra casa.

El primer frente es la reconquista de la Soberanía Política, que supone el derecho fundamental a decidir nuestro propio destino sin tuteladas externas. Significa la expulsión definitiva de la Doctrina Monroe, un nefasto legado imperial que por doscientos años ha justificado la injerencia y ha pretendido convertir al continente americano en un tablero para los juegos de poder de Washington. En términos prácticos, esto exige el desmantelamiento de la participación de los pueblos americanos en la Organización de Estados Americanos (OEA), ese infame «ministerio de colonias», como la bautizaría con desprecio y precisión el Comandante Che Guevara, un foro diseñado para legitimar la voluntad de Washington. En su lugar, Nuestra América debe consolidar y fortalecer la CELAC, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, como un espacio propio, la mesa donde los pueblos, en pie de igualdad, puedan forjar un consenso regional y presentar al mundo una voz unificada y propia.

Pero la independencia política es una cáscara vacía si no se sustenta en la Soberanía Económica. Esta es la tarea principal para lograr cerrar

al fin *las venas abiertas* de América. Supone tomar el control de la riqueza que emana del continente y que pertenece por derecho histórico a us pueblos: el litio de los salares, que debe ser la base del desarrollo de la clase trabajadora y no de la acumulación de corporaciones foráneas, el petróleo del subsuelo, que debe alimentar las industrias locales y no la maquinaria de consumo, el agua dulce de los ríos y la biodiversidad de nuestra Amazonía, que son patrimonio de los pueblos originarios y no commodities en un mercado global. La nacionalización y el control popular de estos recursos estratégicos es un acto de soberanía elemental para garantizar un futuro a Nuestra América. A partir de ahí se trata de construir una nueva arquitectura financiera que libere al continente del chantaje de la deuda y del FMI, lograr impulsar la soberanía alimentaria para que los pueblos coman del fruto de su propio trabajo y de desarrollar una industrialización que responda a las necesidades propias y no a los intereses del capital transnacional.

Pero ninguna de estas conquistas será duradera si no ganamos la batalla en el campo de las ideas, la guerra contra la colonización de las conciencias. Debemos combatir los espejos deformantes de la propaganda imperial y los medios hegemónicos que nos incitan a despreciarnos, a ver nuestra historia como un fracaso y a aspirar a ser una mala copia del opresor. Romper con los reflejos condicionados por el Imperio es un acto de liberación fundamental. Significa reivindicar con orgullo las diversas identidades indígenas, afrodescendientes y mestizas, construyendo una narrativa con una perspectiva propia. Y sobre esa base cultural recuperada, debemos defender la educación y la salud no como negocios o servicios, sino como derechos humanos inalienables y pilares de una sociedad justa, radicalmente opuestos a la lógica del capital que todo lo convierte en mercancía.

Tres frentes inseparables en una misma lucha, dado que no puede existir soberanía política con una economía encadenada, ni soberanía económica con una mente colonizada. Un solo nudo gordiano que debemos desenredar con la fuerza colectiva de nuestros pueblos para lograr ser dueños de nuestro propio destino.

Esta es, en definitiva, la tarea que aquí nos ha convocado. El sujeto final de una nueva gesta mediante la construcción de un bloque histórico de pueblos: obreros, campesinos, estudiantes, mujeres, intelectuales, comunidades originarias... Todos aquellos cuyas vidas son negadas por el sistema, cuyos recursos son arrebatados por las garras del imperialismo. El dilema último para nosotros es ser libres o seguir siendo esclavos, la independencia o nada, la Patria Grande o la colonia. No existe posibilidad de una tercera vía, no existe atajo posible en nuestra tarea histórica. El exorcismo final de nuestros fantasmas está hoy en nuestras manos. La lucha continúa hasta la victoria final.

Si nos unimos somos más fuertes.
Organízate, fórmate, debate, lucha!

LUME VIVO.

.AUTOORGANIZACIÓN ANTIIMPERIALISTA.